POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

XIV DE ISABA A VIANA

POR NAVARRA

Muchos de esos artículos fueron publicados en Diario de Navarra. Algunos han sido corregidos y aumentados.

Edita: Víctor Manuel Arbeloa
Impreso en I.G. Castuera, S.A.
I.S.B.N.: ISBN 978-84-614-4038-2
D.L.: NA 2780/2010

POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

DE ISABA A VIANA

XIV

NUESTRA SEÑORA DE IDOYA

Subimos por el valle de Arriasgoiti, Por el frondoso borde oriental del río Erro se extienden las casetas en torno a las cuales gentes en trajes de baño conversadoramente sobremesean o indolentemente sestean. Algunos niños juegan con balones y bicis. Chopos, fresnos, sauces, arces, robles, pinos..., dan sombra, hermosura, y a veces, al parecer, hasta licencias.

Pasamos por Aézcoa, reino del fresno y del roble, y también, ahora, de salicarias o frailes. Aribe nos recibe con una explosión de hiedras-geranio. Tras Abaurrea Alta, pueblo alto de casas altas y tejados altos, hete ahí los Pirineos, con unas motas de nieve. Todavía hay, escritos en el asfalto, *vivas* a Indurain, desde su paso en el último Tour. En Ezcároz dos pescadores se agarran a su caña interrogante sobre el Salazar.

Llegados al Puerto de Lazar, si el día está bueno, o regular, como hoy, no hay más bello quehacer que contemplar uno de los paisajes más esplendentes en Navarra. Bajamos luego tras la pista del río Uztárroz, que pasa bajo el pueblo de su nombre, apretándose a ratos la cintura. Mucha gente pasea por la carretera: la mejor señal de que los coches no son muchos.

Tras pasar sobre el Puente de la Perdiz, nos damos pronto con el murallón de peñas y hayas del Burdokoch que, además de proteger a Isaba por el norte, asegura y respalda el paso del río Belagua.

Hace unos meses el canta-autor aragonés, J. A. Labordeta, paseándose por las tierras y pueblos de España, se llegó a Isaba, recorrió el lugar, visitó su iglesia con la ayuda del párroco, e hizo así a favor de la villa más que miles de anuncios y reclamos.

En las afueras del pueblo, junto a la orilla occidental del río Belagua –que desde su unión con el Uztárroz, bajo El Castillo, se llama Esca–, y a pocos metros de una leñera, en el término de Landondoa, se abre el sendero pedregoso que asciende hasta la ermita.

Dicen los libros que el nombre de la Virgen le viene del lugar de la aparición, una balsa o charca. Que se levantó el santuario original en el medievo, se recreció en el siglo XVI y se reformó y restauró dos siglos más tarde. Que la fiesta grande es el Lunes de Pentecostés, al final de la novena. Que es imagen de mucha devoción y *tenida por abogada contra los dolores de cabeza*. Pero la letrilla de los *Gozos* va mucho más allá:

Muy unida y en concordia,
con emulación reverente,
acude a Vos toda gente
pidiendo misericordia:
líbranos de la discordia
y de la culpa mortal.

En un primer descansillo sobre el río, gozamos mirando, oyendo y oliendo el sotillo delicioso que forman en torno a las aguas fresnos, avellanos, mimbres, arces, chopos, hiedras... Una alta grúa planea futuros trabajos cerca del hotel.

El camino estuvo empedrado un día, y ahora a trozos está despedrado. Las estaciones del vía-crucis están marcadas con trocitos de madera. Subimos entre hayas, avellanos, bojes, helechos, búgulas, murajes, oréganos, mentas, limacos... y advocaciones marianas escritas a los lados. Pasamos por un puente de cemento que salva un arroyo. Se acoge el penúltimo sol a los tres picos (el más alto, 847'3 m.), que guardan por el noroeste a Isaba y son como tres faros naturales en el boscoso atardecer.

Arriba, a nuestra izquierda, una pradera y sobre ella algo como una cabaña grande de pastor. Vamos altos siempre subiendo, bordeando ahora un pequeño macizo, el de Usunukaltea, sobre el Esca, que deja ver sólo los montes al norte y oeste, con hayas y pinos silvestres. En la pared derecha del camino, muchos líquenes, musgos y culantrillos. Un matrimonio joven sube, como puede, con la criatura en el cochecillo.

– Ya queda menos.

Un malvavisco rojo grande y unos margaritones en un rinconcico del sendero. El encuentro, desde 1974, de las Idoyas de toda Navarra, algunas ataviadas de roncalesas, para presentar la ofrenda floral a la Virgen, el primer domingo de julio, tiene su constatación en una lápida al borde del camino. No sé si viene a cuento, pero al viajero le parece que Idoya o Ydoia (en vascuence: charca, balsa, agua remansada), sin más, tiene poco sentido, aunque sólo sea estético, si se pierde toda referencia a la Virgen María de Idoya (la charca de Isaba) que, si no, no fuera Idoia sino *idoia*, o nada tal vez. Lo mismo que quienes han terminado llamándose Espinos, Olmos, Coros, Puyos (Podios), etc., etc., una vez perdida, por desgana o por ganas, la referencia original, de la que muchos y muchas ya se avergüenzan, todo hay que decirlo, qué le vamos a hacer.

Hasta hace muchos años, basta ver las fotos, la ermita estaba rodeada de pradillos herbosos, con algunos árboles frutales. Hoy son un conjunto variopinto con arces, durillos, acacias, rosales, margari-

tas, claveles chinos, petunias, malvas reales, tiestos con plantas, árboles frutales diversos, entre bancos de piedra y madera. También hortalizas varias, donde sobresalen los palos desnudos de las alubias verdes. Un viejo arado hace de símbolo agrario. Todo ello, incluidos los accesos al templo, forman un precioso contorno entre huerto, jardín y parque público, por donde pasean esta tarde varios paisanos, algunos en plática con el ermitaño Felipe, residente en el pueblo, a quien se debe casi toda esta maravilla y el pequeño museo etnográfico que hoy no podemos ver.

Muros de sillar y tres contrafuertes conforman el rectángulo exterior de la ermita. El arco gótico de entrada va resguardado con dos arquivoltas. Sobre el muro testero se abre una espadaña con campana. A los pies del edificio se adosa la casa de la cofradía, que lleva fecha de 1800, a la que se le añade, unida por un pasadizo, una caseta alargada.

El interior es todo piedra limpia, que parece aún más limpia y esencial con la música gregoriana de ambiente que nos acompaña. Una bella reja, del mismo siglo XVI, terminada en lises y puntas de lanza, separa el presbiterio de la nave, con bóvedas de terceletes sobre ménsulas molduradas. Tres ventanas pequeñas le dan un poco de luz natural. Y luz natural dan también las rosas, dalias, gladiolos, margaritas y claveles blancos del altar.

Admirable talla de un Crucificado, del XVII, tras la reja. Un hermoso y brillante altar barroco en torno al 1700, que algunos quisieran que fuera del escultor local Juan Baines, autor por aquel tiempo del retablo de Garde, sirve de trono alto a la Nuestra Señora de Idoya. Parece datar del primer tercio del siglo XIII, y, a pesar de aditamentos y restauraciones, conservan Madre y Niño una sonrisa acogedora y familiar. Por eso los *Gozos* la llaman, además de *Roncalesa celestial*, *flor olorosa*, *fértil palma*, *astro*, *y hermosa como la luna*, y la colocan en el centro de un medio natural y humano, sin desechar ninguno de los lenguajes de la Creación:

Todos rindan mil tributos
a la que es Reina de todos,

y por diferentes modos
le alaben aves y brutos,
las plantas, flores y frutos
en su idioma natural.

A la vuelta, vemos, que no habíamos visto antes, unas casetas, dos burritos, unos niños y una señora mayor. Cuando llegamos al primer mirador sobre el cauce del río, bajamos unas escaleras, y con la ayuda del agua de la fuente damos cuenta de los pocos repuestos que aún nos quedan: ya merienda-cena.

Al final del camino, nos cruza una moceta morena y airosa, que viene del pueblo. Nos dice que vive en aquella casa de arriba, que tiene varios hermanos, y que tiene que volver pronto a casa por las tardes.

El río Esca sigue recitando sus gozos, aunque nadie los oiga ni los entienda.

EN LA RESERVA NATURAL DE ARBAYÚN

Entre el poblado de Usún, experiencia piloto, y el proto-monasterio de San Pedro, caminamos siguiendo la canaleta que lleva el agua a Lumbier, una obra de arriesgada ingeniería hidráulica de los años veinte. Pasamos junto a Domeño –el *Dominium* latino, capital del Valle del Romanzado (del latín al castellano pasando por el dialecto navarro)– y avanzamos hacia el oscuro y espeso busto del Arangoiti.

Roquedo fendido de la foz de Arbayún. Casas altas de Usún. Tierras de labor a un lado y matorrales, bojerales y enebrales, al otro. Chopos en el hondo corredor. Las margas asoman en cualquier descuido de la vegetación. La carretera es estrecha y solitaria pero segura y nos lleva puntualmente a nuestro destino.

Usún (también *Ausun*, *Osun* u *Oson)*, que tuvo nueve casas y ocho vecinos a mediados del XIX y alcanzó los 80 habitantes a comienzos del XX, se despobló del todo a finales de los setenta, hasta que un grupo de jóvenes intrépidos, conscientes, tras muchas peripecias, de que la "revolución" comienza por uno mismo, emprendieron una admirable experiencia social-humana y a la vez agropecuaria, queriendo dar vida a un pueblo muerto y a una comarca en progresivo deterioro y desvitalización. Hoy cuatro casas están abier-

tas, con 12 personas, que trabajan la cerámica o se dedican a la cría y cuidado de caballos y ovejas.

La carretera separa en dos el reducido poblado, muy restaurado, acomodado y enjardinado, con algunas casas a cuatro aguas, encabezado por la iglesia de San Saturnino, de origen románico. La precede la lonja del antiguo cementerio, a la que se sube por unas escaleritas. Una torre fortachona. El interior, bien restaurado hace años, con su limpio y menudo sillarejo, causa esa impresión de elemental y primitivo, que suele causar el románico rural. Sobresalen un Crucificado y una pila del siglo XVI.

Seguimos uno de los caminos abiertos, entre matorrales y pinos, hacia el río Salazar. Levantamos mucho polvo. Aparece luego el bojeral y el enebral, con muchos rosales silvestres. Hacia occidente, y sobre el cauce de las aguas, se extienden largos campos cerealeros en el Saso de San Pedro, amplia terraza parecida a un cuadro de Piet Mondrian. Al pie del cerro margoso de Tiraburros (491 m.) comienza el espacio de la Reserva Natural de Arbayún, señalado por una valla de alambre y una cinta. Un águila nos sobrevuela.

El camino que nos precipita por el Barranco del Soto (487 m) es rocoso y cascajoso, y nos dribla de continuo entre chaparros y bojes. Se oyen al fondo gritos agudos y risas frescas de chiquillería. Bajo la sombra de sauces y álamos, más acá de una cascajera fluvial, un corro de gente veraniega, echando pico y risas, da cuenta de unas cestas repletas, mientras media docena de niños, desnuditos y descalzos, corretean bullosos en derredor. Otro más pequeño duerme como dicen que duermen los ángeles.

Por un feo y mal mantenido puente pasamos al otro lado del cauce, parcialmente ocupado por rocas desprendidas y hundidas. La foz de Arbayún estrecha aquí sus fauces junto al tranquilo fluir de las aguas entre grandes peñas recortadas, horadadas, deformadas, y un bosquete variopinto de carrascas, álamos, sauces, fresnos, juncos…El sol se da un chapuzón en el remanso junto al puente.

Subimos a duras penas hasta donde pasa la canaleta, que desde la fuente de Arbayún, en términos de Bigüezal, lleva el agua potable a Lumbier, entre juncos, bojes, ésulas, zarzamoras o mentas en flor. Nos asomamos sobre un pequeño pretil al congosto de la foz, que sólo el río Salazar se atreve a atravesar. Leí hace unos meses la carta de un hijo del ingeniero Miguel Berasaluce, que fue el autor de esta aventura hidráulica. Recordaba cómo veía a su padre y a quienes trabajaban con él descolgarse por los cantiles casi verticales, mientras abrían el túnel transversal al roquedo de san Adrián –dos metros y medio de altura y medio de anchura de base– para poder colocar la tubería o canaleta de la conducción. No nos atrevemos a adentrarnos ni cinco metros más allá del pretil y preferimos seguir en dirección opuesta el curso del canalillo bajo los peñascos teñidos de líquenes grises, azuloides o rubiales, y sobre las gleras que se derraman por entre las carrascas y los espinos albares. Andamos intentando pisar bien y no resbalar por el cantizal y menos estropear aún más la canaleta de hormigón, que muestra demasiados remiendos y algunos huecos, que vamos tapando discretamente con piedras de diferentes tamaños. Tal vez haya que variar el paseo para no perjudicar más la obra, esencial para Lumbier, que, según me informan mis amigos Villanueva, venía proyectándose desde 1914 y que fue inaugurada por todo lo alto el 3 de septiembre de 1928, a una con el matadero público y la central eléctrica

La orografía nos juega malas pasadas, haciéndonos cambiar continuamente el paso, haciéndolo tardinero, pero a la vez nos va mostrando oquedades yedrosas, rocas tajantes y tajadas, umbrías inesperadas, arces, cornejos, madroños, lentiscos…

Desde aquí la tajadura de la foz se hace casi cruel y preferimos ver en ella una imagen más telúrica, amable y genesíacamente femenina. Usún saca la cabeza entre cabezos margosos. El viejo monasterio de San Pedro es una barcaza color teja-pardosa varada a orillas del Salazar. Éste se curva pronto entre chopos y mimbreras y se aparta quedamente de los ásperos faldones de la sierra, ateza su linda piel a lo largo de un kilómetro largo y vuelve a torcerse buscando tierras más llanas y cómodas que le hagan olvidar las angosturas de Arbayún. En el Saso, sostenido por un mu-

rallón rocoso sobre el foso rial, brillan las sernas cultivadas y verdiamarillean las baldías.

Un sendero descendente nos acerca al rumor de las aguas y al enigmático monasterio. Aunque no lo parezca, aquí estuvo el más antiguo edificio navarro, del que tenemos noticia documentada. El año 829, el obispo Opilano –primer obispo pamplonés conocido tras la invasión musulmana– dedicó la iglesia del monasterio o monasteriolo al apóstol San Pedro, el primero de los apóstoles. Tras la invasión sarracena, toda la Hispania del norte se llenó de cenobios *(vida común)* de todas clases, en los que se refugiaron muchos monjes, eremitas y cristianos que huían de sus perseguidores. Tal vez se levantaron por entonces los grandes monasterios navarros (entre ellos Leire) que visitó San Eulogio de Córdoba dos décadas más tarde. Y entonces o después surgieron los pequeños monasterios aledaños de Burisibar, Lisabe, Adansa, Domeño, Arboniés o Ugarra.

Pasado casi un siglo, el fatídico año 924 (en que Abderramán III demolió la catedral pamplonesa), el rey de Pamplona, Sancho Garcés I, tras intentarlo en otros cenobios, recuperó en éste su importante y quebrantada salud, aunque sólo vivió unos meses más. Pero antes, agradecido, donó la villa de Usún y el monasterio de San Pedro a la iglesia de Pamplona, seguro que también para protegerlos mejor y ponerlos a salvo La iglesia monástica sirvió de título canonical desde el siglo XII a uno de los arcedianos del cabildo pamplonés, a quien cedieron dos siglos después los vecinos de la villa el patronato de San Saturnino.

Lo que queda de todo aquello es una nave rectangular con cabecera recta y una cubierta a dos aguas, bien retejada, con cadenas de sillares en las esquinas, tres saeteras en el muro meridional, y una puerta de medio punto dovelada, sobre la que campea un crismón en alto relieve de piedra, rodeado de cuatro variadas cabezas, labrado en el siglo XII. En el interior restan algunos fragmentos de *opus spicatum*, piedras en el muro en forma de espina de pez, que podrían remontarse a los orígenes de la construcción. El bloque se alarga ha-

cia el río por un edificio posterior, de mampostería, con un pequeño desajuste de anchura, con puerta rectangular y dintel de madera, surmontado por dos ventanitas rudamente ajimezadas, no lejos de las cuales se abren también a los dos flancos dos saeteras.

Un rasillo de hierba en la parte suroeste hace de pequeña campa, cercada por un prieto matorral. Una losa alargada es el único asiento. Un senderillo se lanza hacia el río, que se desliza aquí entre sauces de hoja estrecha y álamos esbeltos.

Con el propósito de volver para la romería del l de mayo, tornamos a la senda del paseo, que se abre paso entre bojes y ollagas, ya cerca del cauce. Bulle un grupo juvenil junto a unas pozas verdiazules.

Suben dos mozuelos hacia la canaleta. La Higa desde aquí y a esta hora parece una media naranja e Izaga una quilla a punto de desaparecer.

Antes de llegar a Usún nos salen al paso unos caballos blancos y otros alazanes. Sólo el frontón verde de Domeño distrae del color piedra de la capital del Romanzado. Unas huertas con árboles frutales. Unos chalés al borde de la carretera, que fueron los primeros por estos parajes. Y campos de girasol, que ya han dejado a estar horas de girar.

SAN ISIDRO EN IBIRICU

Salimos de Ibiricu y nos metemos por un bosque espeso de encinas y robles, con toda su microclimática floración de mayo. Vamos ligeramente subiendo, dentro del término concejil que se clava como una cuña ondulada e inclinada en la sierra de Andía. Hoy, 15 de mayo de 2002.

Llegamos al tramo del hayedal y después comenzamos a descender hasta el raso llamado de la Trinidad, en el paraje llamado Allide, al otro lado montano del monasterio de Iranzu, en el último piedemonte de La Planilla (964 m.), mirando hacia Lezáun y hacia la Trinidad de Iturgoyen.

En el abrigo (que en el campo no hay ángulos) nordoccidental del raso, entre espinos y matorrales, cerca del hayedo ascendente, está la descancallada ermita de San Cristóbal, a una media hora de camino del pueblo, según los libros.

El edificio, de origen medieval, fue muy transformado a comienzos del XIX, por orden del obispo Igual de Soria, y quizás desde entonces no se ha retocado. Es un rectángulo alargado, con muros de sillarejo, cadenas angulares de sillería y cubierta de madera a dos aguas. Una puerta adintelada se abre en el muro de los pies.

Pero hoy, y éste es el comentario común, la ermita está de pena y da pena.

– Está hecha una ruina, no se puede ni ver–, nos comenta como avergonzada una de las mujeres de alma cándida que anda sacando unos bancos para la misa.

Un gran boquete hecho en el frágil tejado ha dejado sobre el suelo tejas, ramas y hojas de haya. Una pared está requebrada, y quedan a la intemperie el ara, la pila bautismal, el aguabenditera y una decoración ingenua entre azuletes y almazarrones.

– La leña está barata y no llega p'al arreglo–, dice un castizo.

– A ver si nos ayuda la Diputación–, dice un clásico, que no se ha enterado aún de que la Diputación es desde hace veintiún años el Gobierno de Navarra.

– No les haga usté caso, que son unos flojos–, me dice en voz queda pero con remango la mujer que luego nos invitará a una tortilla deliciosa.

Y yo me quedo con esta última explicación, porque a la hora de arreglar las casas del pueblo, según he podido ver y volveré a ver luego, la leña da para mucho más.

El bendito ha pasado muchos años en los Estados Unidos de América y está aquí encantado de la vida. Nos hace una misa breve, digna, alegre, como esta mañana de San Isidro, que canta la gloria del Señor:

De mañana te busco, hecho de luz concreta,
de espacio puro y tierra amanecida.
De mañana te encuentro, Vigor, Origen, Meta
de los sonoros ríos de la vida.
El árbol toma cuerpo, y el agua melodía.
Tus manos son recientes en la rosa.
Se espesa la abundancia del mundo al mediodía.
Y estás de corazón en cada cosa.

La gente ha traído para presidir la celebración al aire libre al titular de la ermita, San Cristóbal, talla romanista de finales del XVI, que se guarda ahora en el altar del Corazón de Jesús de la iglesia pa-

rroquial de Ibiricu. Antes más, cuando la ermita estaba entera, portaban la imagen en este día y la tenían hasta el 10 de junio.

Mientras los ángeles cuidan de los coches en el raso, como en su día de los bueyes de san Isidro en los pegujales de Madrid, se hacen corros sobre el herbinche y cada uno saca sus tortillas, churingas y costillas, que al asarse abren o multplican, según, el apetito proverbial de los romeros. No hay faisán que así sepa. La verdad es que hay para tomar y dar a los que no somos de la "pirroquia" ni vamos a sufragar los gastos de restauración de la ermita.

Cuando llega de Abárzuza el P. Jesús, hacemos mal en mentarle la "bicha" del parador hipotético. Por lo que veo, la gente de estos pueblos no está por esa labor. Quieren Iranzu como siempre ha sido para ellos: un templo y un lugar de reposo y de tranquila convivencia, también oficina de proyectos comunales. Otros, más realistas, creen que los visitantes de paradores no van buscando sólo montañas y pájaros; que para eso están las "Casas rurales". Iranzu está demasiado lejos de salas de fiestas, cines y "ambientes". Eso no se le ocurre ni al más porro del mundo.

– Eso es un sueño de verano–, dice el más escéptico.

Hoy es fiesta en los pueblos rurales de Navarra. Ibiricu de Yerri, el más alto del Valle, entre los montes Alabe y Altide, fue pueblo de señorío y fue pasando de mano en mano. Tenía hace siglo y medio 9 casas, 13 vecinos y 62 almas. Y era pueblo de regadío y de lentejas. El último censo da esos mismos habitantes, pero con más casas, incluido El Ventorro, 19 teléfonos y uno público.

Sobrevuela el caserío la iglesia de san Juan Evangelista, de comienzos del XIII, reedificada en tiempos barrocos, y con torre medieval prismática. Está ahora cerrada y no podemos ver la talla del Crucifijo del siglo XVI, de rostro y anatomía conmovedores.

Bien almorzados como estamos, vamos arriba y abajo las rúas Mayor, San Juan y San Cristóbal, a las que se han añadido algunos tí-

tulos toponímicos. Hay muchos geranios y rosales. Unas casonas del siglo XVI, muy restauradas, llevan escudos algo posteriores. En la parte alta, el imponente casón de los Osés lleva un blasón renacentista en clave y otro muy posterior en la fachada. El bar está cerrado y bebemos agua fresquísima de una fuente de 1840, que tiene adosada una pila larga con "babas", cerca del pequeño frontón. Están rehaciendo una casa, pero hoy nadie trabaja aquí.

Desde Ibiricu es un godeo mirar el campo, desde los huertos cercanos y sus caminales hasta Maurien en Villatuerta. Escondido en su altar o en su ermita, San Cristóbal, que es alto y le gustan los sitios altos, es el patrón natural del valle.

Mayo lo rejuvenece todo, lo transforma todo. Ya lo dijo bien el trovador lemosín Bernart de Ventadorn (c.1147- c.1170), que fue bello, cortés, instruido, enamoradizo y enamorador:

Lo gens tems de pascor
ab la frescha verdor
Nos adui folh'e flor
de diversa color,
per que tuih amador
son gai e chantador...

(El gentil tiempo de Pascua
con el fresco verdor
trae hojas y flores
de distintos colores,
y hace alegrarse y cantar
a los enamorados)

EN TORRES DEL RÍO, CON EL P. VALERIANO

Nos fuimos a su pueblo natal, al funeral que nos pareció más familiar entre los varios que se celebraron en su memoria. Sólo quien haya conocido al P. Valeriano Ordóñez (1924-2003) en sus mejores tiempos, antes de su enfermedad –¡aquellos largos pasillos de la enfermería de Loyola, aquella luz cruel, aquella doliente comunidad de ancianos y de enfermos!–, sabe bien quién era este trueno de jesuita siempre en misión; este contagiador espiritual; este profesor y autor de tantos libros; este hijo de joteros, consumado jotista, autor de innumerables letrillas e historiador de sus orígenes y desarrollo; este conversador y animador extraordinario y siempre festival, premiado al fin de sus días por el Gobierno de Navarra.

No hay un hombre tan activo
tan humano, tan cristiano,
tan amante de la jota
como el Padre Valeriano,
le joteé un día.

Sus muchos amigos no le olvidaron nunca. Fletaron varias ve-

ces autobuses para visitarle en sus últimos años. En Loyola me regaló hace unos meses su último libro sobre la jota navarra.

Al funeral de su pueblo acudieron gentes de toda Navarra, especialmente de Tierra Estella. Cantaron la misa sus amigos joteros y todos celebraron, en la misa y fuera de ella, la religiosidad, la campechanía, la contagiosa bonhomía, la generosa navarridad del P. Valeriano. No hace muchos años en esta misma iglesia gótico-renacentista de San Andrés, notable pieza de sillería y arte interior, cercana a la joya románica del Santo Sepulcro, bajo el altar romanista de los vianeses Pedro Jiménez Castrejana, presbítero, y Juan de Urra, varios poetas navarros recitamos versos sobre la muerte, la tarde de un 1 de noviembre. Ahora le digo por lo bajo otra jota:

Vive, Padre Valeriano
vive en la paz del Señor.
Todas las jotas navarras
te dicen: a Dios, a Dios.

En el jardín que flanquea el templo, en la parte suroriental del altozano por la que se derrama el poblado, primaverean junto a los pinos y las palmeras chinas, las acacias, las adelfas, los lirios, los margaritones.

Nos llevan de paso a ver, en la calle Oriente, el nuevo Centro Cívico *(Sociedad Recreativa El Mesón)*, en el primer plano de la Casa Consistorial, puesta al día por dentro y por fuera. Está siempre muy frecuentado y animado; fue antes herrería, escuelas y bar. Y volvemos, claro, aunque brevemente a la iglesia del Santo Sepulcro, (con nidos de golondrina entre los canecillos exteriores): esa sabia receta geométrica de proporciones, que estalla en perfección artística ambiental, y a venerar una vez más al Cristo románico-gótico sobre cruz

florenzada: majestad en la debilidad y rey coronado de soledad, sangre y muerte redentora.

Este pueblo, que fue tierra de romanos y ostenta en su escudo cinco torres de oro, fue liberado de los moros por Sancho Garcés I tras la conquista de Monjardín. En manos después de monasterios vecinos, señores y reyes, disfrutó la villa del Fuero de Viguera, y, como Los Arcos y otros lugares del mismo partido, estuvo durante tres siglos (1463-1753) bajo la jurisdicción de Castilla.

Subo a la tarde con José Manuel, dinámico y asendereado alcalde que se ha retirado demasiado pronto, al punto más alto del altozano, y desde el ajarafe contemplo la iglesia de Sansol, a modo de faro, fortín y atalaya; Valdetora; El Altillo, y la vega larga del Linares, que se aprieta un poco entre las estribaciones de Socuenca y Arbanta, aguas arriba de La Monjía, regadío y casa renombrados ya en la Edad Media. Veo los verdines sembríos de cebada y trigo, viñedos, olivares, muchos almendros. Me dice mi guía que en el viejo trujal San Isidro, que vemos desde aquí, se está vendiendo el aceite a mejor precio que el de Arróniz, porque es mejor.

– Oye, tú...

– Sí, sí, como lo oyes.

En el barrio de la carretera aún queda bien distinguible la antigua posada, que disponía también de caballerías para los viajeros. Subimos luego para el barrio de las Casas Baratas (calle Nueva y Las Eras), invisible desde abajo, donde vive la mayor parte de la gente del pueblo y se están renovando los accesos y mejorando la urbanización. Unos floridos jardincillos y un parque infantil. Un paseo con bancos al lado y una fuente. Ancho panorama hacia la ribera del Ebro, las vegas del Jubera y del Leza, cerrado por los montes neblinosos de La Rioja.

– Ahí irá el centro médico y ahí el campo de baloncesto y balonmano.

Ha movido un cierzo fresco pero bajo el sol es una delicia de marzo. Seguimos andurriando, calle por calle, viendo lo bueno y lo menos bueno por las calles Mayor, La Carrera, Desfiladero, Sepulcro, Plantío, San Andrés, Afuera..: los casones de los siglos XVI, XVII y XVIII, sus pretenciosos blasones –Amescuas, Fernández y Ruiz de Cabanas...– , con animalias y aves depredadoras y rapaces, árboles nobles y flores reales, pero también roleos, panelas y calderos; las nobles casas deshabitadas; las casas bien restauradas; las casas para vender a los de fuera; la casa muy abandonada de los gitanos, repleta el fin de semana; el albergue de peregrinos, de noble progenie, con su escudo clásico, su nuevos signos identificadores y la ropa tendida de los caminantes.

Debajo de la iglesia, en la calle llamada con ese nombre, está la casa natal de los Ordóñez: una casa modesta, que da al sur, dos pisos y granero, un balcón, cortina sobre la puerta, un ventanal abierto en la primera planta, y garaje. La vecina plaza de los Fueros lleva el nombre del P. Valeriano, y una calle el de su tío cura Jesús Ordóñez Ancín (1903-1963), párroco, un tanto tartaja, de Azuelo y Eulate; capellán de requetés; fundador en este último pueblo, y luego en Logroño y Madrid, de una Academia de Ortofonía, y después de dos Institutos; autor de varios libros y de un método ortofónico (para hablar correctamente los tartamudos).

Saliendo del pueblo por el Camino de Santiago, vemos un espacio baldío y tapiado, habitado por matorrales, herbazales y algún resto de árboles frutales, donde estuvo, según una inscripción, o pudo estar, el monasterio o monasteriolo de Santa María de la Redonda, de Torres, que el año 1100 se afilió al monasterio de Irache. Sobre la fuente de piedra, cerca del puente estropeado por el hormigón, dice un letrero: *Agua no potable.*

– Quiere decir que no está clorada. Toda la vida, re diez, hemos bebido, por lo visto, agua no potable.

Más allá del puente, bajo la carrretera a Lazagurría, está el olivo, recuerdo de Getsemaní, hasta donde llega la procesión del Jueves Santo.

Bella vista desde aquí, a orillas del río, de Torres del Río. Pueblo defendido por el cauce fluvial y por la colina. Dos torres defienden ahora sólo valores eternos. Torres del Río. Sobre el río. Gracias al río.

VILLAMAYOR DE MONJARDÍN

El viajero, cualquier viajero, puede cometer el error de llegarse hasta Monjardín y dejar de lado la villa de Villamayor. Visitar el arruinado castillo de San Esteban de Deyo, un día famosa *tenencia*, y olvidar a la vez la primera villa que a ella perteneció, y que, desde finales del siglo XI, hasta comienzos del XIV, estuvo ya en manos de los obispos de Pamplona, ya en las manos de los monarcas usurpadores, como cuentan los libros que no saben contar cosas más originales.

Lo primero que hacemos esta tarde los colegas de la Sociedad de Estudios Históricos es detenernos en medio de la villa, quitarnos el calor de los coches entre los plátanos, acacias y tilos del atrio, y asomarnos al reino de los soleados y opulentos cebadales, trigales y viñedos, aquende y allende el río asfáltico de la carretera que recorre el valle y que nos ha conducido hasta aquí.

La torre, barroca y ventorrera, de la iglesia románico-gótica de San Andrés se engalla sobre el airoso cuerpo arquitectural-escultural del templo, aireando muros, columnas, pilastras, vanos, impostas, óculos, pirámides... Necesita un buen retoque antes de que se rasgue aún más y críe más matas y flores.

La portada, además de los herrajes flordelisados de la puerta,

nos muestra el crismón, la Virgen con el Niño, unos animales enfrentados, y dos esforzados caballeros, que, cómo no, luchan entre sí. Todos en grave estado de piedra arenisca.

Espaciosa y refrescante nave única, bien proporcionada, con el semicírculo del ábside y el juego de ventanas bajo las que corre la imposta de tacos que ciñe las paredes.

Sobre un espejo que la recoge bien, se expone la cruz parroquial de plata –tesoro de la villa–, que todos hemos visto ya por ahí, en alguna exposición artística.

Labrada en torno al año 1200, es pieza única románico-gótica conservada en Navarra junto con el *Evangeliario* de Roncesvalles. Muy restaurada hace poco en su parte decorativa, me gusta mucho el relieve del Cordero Místico en el reverso, y sobre todo el rostro agonizante del Cristo en el anverso: vivísima representación de las arterias y venas del cuello, cabellera emplastada en sangre, costillar al aire, y el cuerpo todo huero, exangüe, exánime. La visión gótica del Hijo del Hombre se impone aquí sobre la majestad románica del Hijo de Dios.

Están limpiando, hoy sábado, la iglesia. Una moza arremangada y briosa, que anda por el altar mayor, no sabe que el santo repintado con el marranchón a los pies es San Antón, pero sabe otras cosas más importantes.

En el envés de la puerta de piedra que abre y cierra el atrio podía leerse hasta hace pocos años un letrero pintoresco: *Se admiten donativos para la restauración del castillo de Monjardín. | También se venden postales de la ermita de Monjardín | con dicho fin*. El verso final remataba la humorada.

De la iglesia vamos por el Camino de Santiago hasta el aljibe o fuente medieval. Entre viñas altas, teniendo de fondo pictórico el Montejurra, que desde aquí aparece suave y verdoso. Hace bastantísima calor.

El aljibe, recientemente restaurado, recoge el agua de una fuente próxima. Bajo una bóveda de cañón apuntado, la construcción del siglo XIII es un rectángulo de grandes piedras de cantería. Tras el doble arco ojival de ingreso, una escalera lleva hasta el fondo, ahora lleno de agua y bastante limpio.

El agua caía hasta el suelo de piedra, y de allí, por un canalillo iba al lavadero próximo, de forma cuadrada.

Sin poder beber nosotros de la estanca rehacemos el Camino, y los que no cabemos en el andariego de nuestro colega guipuzcoano emprendemos el ascenso hasta el castillo, castillo y ascenso que ya describió en su día el viajero.

El pueblo todo está empinado sobre el faldón del monte. Las casas han mejorado mucho y hay algunas nuevas, hermosas y ajardinadas en los alrededores. Calles de San Andrés, Santa María, Calvario, Fuente Chiquita, Mayor, Bajada del Roble, La Balsa y Huerto. La de San Andrés acoge las más señoriales casonas barrocas, con balcones y ventanas de rejas, y los blasones de los Arellano, Segura y otros, con sus armas, vanas e inofensivas, de árboles y animales pasantes, aspas, trébedes sobre llamas, dragones, paneras, calderos, barras, flores de lis, cruces de Malta y Calatrava.

Apenas hay casas sin huertas. Rosales sobre algunas puertas y trancales. Pasamos junto al centro de salud. Cerca del frontón está *la Sociedad*, con llamativos geranios en los balcones. Hay dos chicos que riñen junto al parque infantil. Uno de ellos rechaza con rabia al otro:

– Aiva de ahí.

El ancho camino montano sube entre carrascas y robles, batido por el sol más valentón de esta primavera, jubilante de madreselvas, margaritas, campánulas, guardalobos... Luquin y Barbarin siguen apaciblemente en su sitio, y se regocijan al sol los humildes y pueblerinos piedemontes de Lóquiz y Dos Hermanas.

Llegamos, paso ante paso, por fin, los últimos, como rabera de la excursión.

Algunos no habíamos tenido nunca llave para poder pasar más allá de las escaleras que llevan hasta la antigua fortaleza de los Banu Qasi y de Sancho Garcés (Monjardín: *¿Mons Garzini?).* Así que ahora subimos alegres a la explanada, donde encontramos sentados a nuestros predecesores; vemos la ermita de San Esteban o del Cristo; recorremos con ojos muy abiertos el silvestre espacio yerbinado, los muros residuales de la parte sur, entre pinos, densos matorrales y la acacia supérstite; contemplamos con precaución las frágiles paredes del fortín y el aljibe, y escuchamos atentos las muy atinadas y eruditas observaciones de Mikel Ramos, el de fácil explique:

– Cuando los liberales quisieron tomar Montejurra...

¿Qué mejor, después de tanto sol, tan penoso subir y bajar, y tanta desolación histórico-arqueológica, que buscar un poco de alivio en el vestíbulo de la Bodega Castillo de Monjardín?

Alrededor de las viejas *–Mainate, 1974–* y nuevas naves de piedra y ladrillo *–Los ingenieros industriales Víctor del Villar y Jaime del Villar, Monjardín, 1993–,* vemos, reales o pintados, muchos trebejos y símbolos víticos y vínicos: tinajas, cajas de madera, baldas de hierro, toneles, parras, bacos, vasijas..., y los geranios y nogales de adorno. Mapas gráficos, sobre baldosa, de las viñas en emparrado que manan hacia la Bodega, y sus lugares de asentamiento: Auza, Elisa, Rellanada y Ázqueta en Villamayor; Cayetana y Nenona en Urbiola; Agolar, Carasoles y La Grande en Los Arcos. Tantas hectáreas de Chardonnay –que se vendimian de noche–, tantas de Cabernet-Sauvignon o de Merlot. Se han olvidado de las crisis antiguas de la filoxera y de la concentración parcelaria en el Valle de San Esteban.

El vestíbulo es una bonita y útil sala de recepciones, bien abastecida de motivos vitícolas y vinícolas. Allí nos espera Angel, cónsul honorado y en activo, así como pregonero mayor de viñas, vinos y prosas lírico-vínicas. Que de casta le viene al galgo.

Su mucha crianza y cortesía, su gaya ciencia vinaria y su tan rodeada y encantante manera de decir nos coge a todos más joviales que satíricos, sacamos a plaza la risa y reímos y bebemos muy de gana. Con asaz de discretas y comedidas razones, sus hábiles artes suasorias, especialmente dirigidas a las chapadas doncellas y señoras que le escuchan, nos van convenciendo a todos de la hermosura, del buen color, olor y sabor de los diferentes caldos que vienen y ya no se van de nuestra mesa, redonda de alegrías y de parabienes.

Poculis accenditur
animi lucerna.
Cor imbutum nectare
volat ad superna.
(Con copas se enciende / del alma el candil
vuela el corazón / de vino hasta el fin),
cantan los versos goliárdicos.

Todos preferimos los blancos, aunque cada uno se decanta por su blanco particular.

Y así, sin poder esperar la llegada de los tintos, porque la pesa del tiempo nos va a caer encima, y con el gusto a cerezas, vainillas, fresas, melocotones y otras fruterías en las papilas diferentes, nos vamos unos a ver las bodegas, y otros el nuevo castillo-palacio y sus contornos.

Recorremos la fábrica, el monasterio y la cripta de la Bodega, viendo tolvas, máquinas, tubos, cubos, depósitos, barricas, frascas, botellas, que llenan 4000 metros cuadrados.

Vemos la era, llena de útiles y trastos; paseamos por los jardincillos, donde se levanta el monumento, muy mejorable, a la vendimia, y admiramos la fachada palaciana, que imita la del venerable palacio de Viguria, ahora sellado, apergaminado y seco, allí, en su soledad aldeana de Guesálaz.

El anochecer de junio se nos escapa entre oros campesinos de mieses maduras, y fugaces platas de hoces huidas.

EN EL PALACIO DECANAL DE TUDELA

Siempre que en Tudela me topaba, tras admirar la Puerta del Juicio, con el llamado palacio decanal, en la antigua calleja del Deán, mi pregunta era la misma:

– ¿Cuándo le meterán mano a este palacio?

Allí resistían a la intemperie, en la fachada de ladrillo ennegrecido, un arco de ingreso de medio punto en ladrillo encebollado; un ventanal renacentista, con visillos, entre pilastras y casetones de yeso, el friso casi desaparecido; sobre la imposta una galería corrida de arcos carpaneles, semitapiados y con ventanitas de cristales unos y tapiados del todo otros, bajo el alero de labras geométricas de estilo mudéjar.

En aquella semiruina campeaba sobre el portal un escudo de alabastro, guarnecido en una guirnalda de laurel o láurea, rodeada por cuatro cabezas de serafines en sus cuatro ángulos, con las armas del grandioso y terrible papa Julio II (Giulio della Rovére) –roble arrancado, timbrado por tiara y llaves pontificias– en un escudete, junto a dos pequeños blasones del célebre deán Villalón: dos estrellas separadas por una banda.

El historiador tudelano Francisco Fuentes nos trazó hace ya

muchos años una somera biografía del deán Villalón en relación con la ciudad de Tudela.

Don Pedro de Villalón Ambulneto nació en Calcena, provincia de Zaragoza, en torno al año 1450. Llegó a ser una de las personas próximas al papa Julio II, "il Terribile" (sobre todo para franceses y venecianos), en los cargos de camarero pontificio, protonotario apostólico y familiar del pontífice. A finales de 1507 era, además, deán de Calatayud, arcediano de Tarazona, arcediano de Álava, prior de Santa Fe de Caparroso..., con pingües patrimonios en Burgos y otros lugares En octubre de 1507 fue nombrado por bula pontificia deán de la catedral de Tudela. Pero el cabildo y el regimiento de la ciudad se le resistieron, fieles al ya nombrado, artera y engañosamente, por los reyes de Navarra, doña Catalina de Foix y don Juan de Labrit, que no era otro sino don Pedro Carrillo de Peralta, hijo del condestable de Navarra, don Alonso, y de su esposa doña Ana de Velasco.

El deanato de Tudela, dentro de la diócesis de Tarazona, comprehendía Ablitas, Castejón, Corella, Fontellas, Monteagudo, Murchante, Murillo, Pedriz, Ribaforada y Urzante, sus términos y territorios, y era bocado eclesiástico apetecido por muchos. Desde 1467, entre sus titulares hubo dos obispos de Tarazona y un cardenal, el cardenal Juan de Aragón. Así que el pretendiente don Pedro Carrillo de Peralta, instigado sin duda por sus pretenciosos padres padrinos, no iba descaminado. Pero topó con Villalón y, sobre todo, nada más y nada menos que con Julio II, típico papa del renacimiento, que lo mismo se entendía con Rafael o Miguel Angel que escalaba furioso las murallas de Bolonia.

Cayó el entredicho papal sobre Tudela. El cabildo se retractó pronto y se le remitieron las penas. Persistieron en su empeño regalista los reyes navarros que amenazaban también con penas y censuras. Un intrépido canónigo tudelano, Gonzalo Aznárez de Urroz, se atrevió a retirar del palacio y de la catedral las armas reales y a poner las de Villalón, teniéndoselas que ver con la justicia real.

Iban y venían de Tudela a Roma y de Roma a Tudela, de Tudela a Pamplona y Pau, y de Pau y Pamplona a Tudela súplicas, informes, noticias, chismes, amenazas. Micer Pedro de Villalón tomó

posesión por medio de su procurador Gonzalo Cunchillos, pero él en persona no pudo hacerlo por la cerrada y bien montada oposición de Carrillo de Peralta y los suyos, que eran muchos en el cabildo y en el municipio.

En junio de 1509, Villalón, con el respaldo pontificio desde el primer momento, hizo fijar en la silla decanal del coro de la catedral un nuevo entredicho contra la ciudad de Tudela. Años después, en la sillería que encargó al artista francés Esteban de Obray, se cuidó bien de singularizar la silla del deán, coronándola con un calado pináculo, y en la que no faltan ni los escudos ni los retratos del papa y del deán

En unas instrucciones que más tarde envió el municipio a los reyes navarros por medio de Pedro de Veraiz, señor de San Adrián, se exponía la triste situación, civil y eclesiástica, de la ciudad. No podían entrar en Castilla o Aragón para hacer sus contratos, so pena de ser prendidos y aprisionados. Se quejaban de que hacía cuatro años los fieles de Tudela no podían ni confesar ni recibir los otros sacramentos, *como si fueran moros y no súbditos tan leales como otros de su reino y más*, y de que los muertos tenían que ser enterrados *por los muladares y corrales.*

Hasta que el arzobispo de Zaragoza, don Alonso de Aragón, hijo de Fernando el Católico, recibió la confianza de Villalón para resolver el conflicto. A Zaragoza viajaron desde doña Ana de Velasco hasta los mensajeros del municipio, que, según las quejas de éste a los reyes navarros, se pasaron allí cuarenta días sin obtener nada de lo que querían..

Los reyes navarros tuvieron que revocar y anular las provisiones dadas a favor del falso deán y hubieron de dar el pase a las letras pontificias que nombraban al arcediano de Tarazona. Con eso se ablandó la terquedad de los presuntuosos Peralta, que no pudieron hacer otra cosa que someterse.

Así que, el 31 de marzo de 1511, se firmó por fin la capitulación ante el oficial del arzobispo de Zaragoza, y, el 12 de junio siguiente, el intrépido canónigo Gonzalo Aznárez, procurador del deán titular, entró oficialmente en posesión de los bienes decanales, haciendo lo mismo en Murchante, propiedad del deanato. Cinco días después, el arzobispo cesaraugustano impuso como penitencia al cabildo y al municipio de Tudela la obligación de una capa pluvial de buen damasco y a la familia Carrillo de Peralta una casulla de la misma clase, ambas para la catedral de la ciudad.

Antes había muerto Pedro Carrillo de Peralta, pero su contrincante y vencedor no abandonó Roma hasta mucho después de la muerte del papa Julio II, que entregó su alma a Dios el 21 de febrero de 1513. Sólo el 23 de junio de ese año, se personó en Tudela micer Pedro de Villalón, donde juró observar las constituciones y estatutos de la iglesia de Santa María.

La bula de Julio II, que nombraba deán a su familiar pontificio, contenía más privilegios que palabras. A los ya habituales de los deanes tudelanos desde el reinado de los Teobaldo, se añadían unos de índole canónico-pastoral y otros tan sorprendentes, como el de poder llevar báculo y otras insignias episcopales, o el de ocupar la sede principal del coro catedralicio, aun cuando estuviera presente el prelado de Tarazona.

La curia, el cabildo y el municipio turiasonenses no pudieron sufrir menoscabo tal de sus ancestrales prerrogativas y protestaron ante el Consejo de Castilla. Estaba aún en carne viva la conquista de Navarra por Fernando el Católico, y éste escribió a su Virrey, el marqués de Comares, para que impidiese al excesivo deán tudelano ejercer tamaños privilegios.

El alcalde de Tudela, Pedro de Aibar, no se anduvo en contemplaciones ni en chiquitas. El día 1 de enero de 1514, irrumpió en la catedral con sus guardias durante la solemne misa mayor de la Circuncisión, avanzó hacia el coro enrejado y conminó al deán y a sus

oficiantes a que saliesen. Tuvo que recurrir a la fuerza, y entonces tomó del brazo al excelentísimo y reverendísimo señor deán, y le obligó a salir del coro, seguido de los capitulares. Sólo la amenaza de la excomunión del alcalde y de un nuevo entredicho a la ciudad, fijados de inmediato en las puertas de todas las iglesias de Tudela, y el escándalo que se armó entre el pueblo forzaron al alcalde a permitir ccontinuar la interrumpida misa pontifical.

La apelación llegó pronto a Roma y el pleito llevó su tiempo en la Rota romana. Fernando el Católico no cejaba en su empeño, azuzado por sus fieles servidores de Tarazona. El virrey de Navarra se hartó de peticiones y quejas y dijo desembarazado que haría *lo que de justicia fuere.* Una vez más, micer Pedro de Villalón se salió con la suya.

En todas estas peripecias voy pensando mientras me enseñan amablemente el palacio decanal, un inmenso edificio entre las calles Roso, plaza de San Jaime, Verjas y la crujía occidental del claustro de la catedral. Levantado años antes en estilo gótico mudéjar, lo amplió y embelleció desde 1515, al gusto renacentista, el deán Villalón.

El palacio acaba de ser restaurado, y sobre el palacio (fachada, escalera, galerías, capilla…) y su restauración han escrito un breve y precioso libro Manuel Blasco, Julio Segura y M. C. García Gainza.

En él se han ubicado el archivo y museo eclesiásticos de Tudela y su comarca. Es ahora uno de los monumentos arquitéctónicos y culturales más interesantes de la ciudad.

OSÉS Y SAN MARTIN DE ARROSSA

Saint-Martin-d'Arrossa (Arrossa), municipio constituido a comienzos del siglo XIX con los barrios de Osés situados a la orilla izquierda del Nive, puede deber su nombre adjunto al del santo Patrono al nombre de dos casas medievales del barrio de Eihartz, denominadas Erlausa o Arlausa *(¿harlauza,* muro de contención?), que podría indicar el emplazamiento escarpado de las mismas. El actual poblado se asienta a la entrada de un amplio valle aluvial cuaternario, cercado de colinas y montes, por el que el río, primero, y después la carretera y el tren se abren paso. Por un carretil subimos hasta la parte más alta del poblado. Hay dos filas de casas con jardines perfumados de rosas, coloridos de hibiscos, y adornados de palmeras, cerezos y otros árboles jardineros. El carretil ladea más arriba el Hartzainihitza (Juncal de pastores), espeso de castaños y acacias, bajo el Pico Larla (700 m.), abriéndose en varios caminos y pistas que acceden a bordas y heredades. Encima de este rodal de nuevas mansiones verdizan unos prados de siega.

El pueblo se expande por el álabe oriental del Harizondo, hasta ocupar todo el somontano, que tiene como límite las vías del tren y el río Nive, que absorbe al afluente Laka nacido al pie del Baigura.

En un anchurón que parece la plaza central y donde está la pequeña y tradicional pared rosada del rebote admiramos unas formo-

sas casas bajo navarras. Unas pocas escaleras entre setos de aligustre acercan a casa Anchartia, que ocupa todo el espacio occidental. Sobre la puerta, en losa rectangular, con cuatro corolas grabadas en las cuatro esquinas, campea la inscripción inscrita: *Yoannes d'Egui Portalada / Haren esposa Ybanne d'Arrosa*. Y debajo: *Hunen lan egilea / Domingo Tomperiz* (Yoannes d'Egui Portalada / Su esposa Ybanne d'Arrosa… El autor de esta obra / Domingo Tomperiz, 1687). La casa, de dos niveles, lleva alerón de madera, tres ventanas laterales con persianas echadas, una ventana doble central y un balconcillo salido, lateral y de madera también. El patronímico Arrossa (también Arrossagaray) campea en otras inscripciones y casas. Oxamendi de Arrosa, citado en 1766, parece ser el bersolari conocido más antiguo de la región.

Desde la bizcarra se ve muy bien el valle aluvial, con Osés enfrente, y la parte llana y muy desparramada de San Martín, separada de la comba montana por prados y praderas. Cierro los ojos y veo estampas rurales parecidas del veneciano Jacobo Bassano, el primer pintor moderno de paisajes. Rumiantes llenan sus cuajas verdes bajo los hayedos de las lomas. La mayoría de las casas, en hastial, con muchos tiestos de flores, hortensias y rosas, tienen tejados de teja o uralita roja. Hay por todas partes muchos árboles frutales y fresnos, plátanos y chopos. Junto a la estación del tren, en la línea Bayona-San Juan de Pie de Puerto, se agolpan servicios y almacenes.

Bordeamos las vías del ferrocarril caminando hacia el antiguo barrio de Exave. Las escuelas municipales, tienen un pequeño patio interior con postes de baloncesto. Villas aisladas entre grandes árboles. A la sombra de varios cedros grandes, la pequeña casa consistorial o *mairie (Arrossaco Herrico Etchea, 1924).* En el tablón de la placita al servicio del público se anuncia con todo lujo de letras y de colores la próxima manifestación –*martxa nazionala*– frente a la prisión de Fresnes, cerca de París, en favor de los *presos vascos*. Cerca está la *Gazteen Etchea* (casa de los jóvenes), con una salón de cine. Cuatro jóvenes vestidos de blanco juegan en el frontón a mano. Los miran

unos pocos curiosos, casi todos mayores. El frontón tiene pared alta (media) a la francesa sobre la pequeña y clásica de piedra.

Subimos por un carretil hacia la iglesia, en la pendiente, circundada, como es costumbre en estos pueblos, por el camposanto. En un altillo superior han hecho una ampliación del mismo, con abedules, arces y muchas flores. Estelas antiguas y modernas en los dos, modernas sobre todo en el segundo, con lauburus y cruces. Me sorprende el número de tumbas en el cementerio antiguo con símbolos de caza. En el atrio, bajo grandes vigas de madera, una capilla tumbal familiar –un alcalde y un párroco del pueblo entre sus difuntos– incluye una imitación de la gruta de Lourdes. Monumento a los muertos de San Martín en las guerras de Francia: 28 en la primera guerra mundial y 4 en la segunda.

A un lado y otro de la carretera de Osés se concentran varios servicios, un comercio de maquinaria agrícola y otro de vasijería *(poterie)*. La mayor muestra industrial es una cooperativa agrícola (*Laborarien Etchea)* de muebles *(Denek Betan)*, creada en los años setenta gracias a la iniciativa popular.

San Martín de Arrossa tuvo hasta 1914 una explotación de hierro espático con tres hornos en acción; y, además, una calera, unas canteras de piedra, una tejería y una lanería.

Ossès (Ortzaitze) se halla documentado desde el siglo X hasta el XVII también como Ursaxia, Ursoxia, Ossais, Orsais, Orses, Oses, Ouses y Orseys. Desplegado a orillas del riachuelo Laka, entre colinas hayedosas y pinosas, frente a la mole del Halzamendi y a dos horas del Baigura, es una suma de media docena de pequeños poblados o aldeas, muy holgados entre praderas, jardines y granjas, de los que Ahaice, al sur del Laka, y Gahardou, en el centro del valle, conservan aún nombre propio. Cuenta con unos 700 habitantes.

Horça es el nombre vasco del barrio central, llamado después *Plaza*. Su raíz *urd/urz* nos hablaría, como el nombre del municipio, de

planicie y lugar plano. Aquí y en los antiguos barrios dispersos al oeste y al sur hay varias mansiones con portales de medio punto, dinteles grabados y alados socarrenes. En la casa Harizmendia, puerta gótica, fachada con entramados y ajimeces, murió el año 1681 monseñor Juan de Olce, del cercano palacio bajonavarro de Olce, obispo de Bayona que había bendecido el matrimonio de Luis XIV con la infanta española María Teresa de Austria. Sastriarena, cerca de la carretera hacia Irisarri, que ostenta fachada con saledizos y lleva en un gran dintel grabada la inscripción *Esta casa de águila 1628,* con el correspondiente escudo de armas, fue residencia de los obispos de Bayona y es un prototipo de casa rural vasco-francesa. Apalatzia (el palacio), en Gahardou, con sillares rojizos en dintel y vanos y ventanas amaineladas, luce otra inscripción en español: *Esta es la casa Apalacia***.** Voy leyendo algunas fechas en los dinteles o claves: 1714, 1783, 1788… Ibarrondoa alardea una soberbia fachada entramada de tres planos y una inscripción de 1839. Pero también algunas casas nuevas, como una construida o reconstruida en 1955, Etche Berria, son de muy buena alzada.

Al borde de misma carretera, la única vía a Osés desde el norte hasta el siglo XVIII, se suceden la *Herriko Etxea*, la ikastola, las escuelas municipales y el colegio privado Saint Michel. Detrás del núcleo de población están el campo de fútbol y el nuevo frontón (Ortzaitze, 1983).

La actual iglesia de San Julián, rodeada por el cementerio y junto al pequeño rebote, fue levantada en el siglo XVI en el emplazamiento de la capilla románica del XII. Conjunto exterior austero y macizo en greda rosada, con torrecilla heptagonal y capuchón de pizarra terminado en cruz, gallo y pararrayos, su interior es uno de los más elegantes de Ultrapuertos.

El retablo, engarzado en el joyero de la cabecera del templo y bajo la bóveda de arenisca pintada de azul marino y aconchada, fue comprado por los restauradores hermanos Decrept a la iglesia de Irún

y cedido por ellos a la de Osés, tras el incendio de otro anterior. Es un sencillo retablo barroco, fiestero, de intensa policromía dorada con fondo rojo fuerte o tonos pastel, entre dos grandes columnas salomónicas, con algunos relieves evangélicos marianos y la glorificación entre ángeles del santo titular.

Algo parece haberse salvado del retablo anterior. Por lo menos, el tabernáculo lindamente esculpido y el superior dosel de exposición, además de los dos medallones a derecha e izquierda que parecen representar a Luis XIV y María Teresa. Por lo visto el tabernáculo, así como el portal exterior de piedra blanca con la estatua de la Virgen, fue mandado hacer por monseñor de Olce y lo regaló, junto con 300 libras, a la iglesia de San Julián, de Osés, donde era párroco uno de sus sobrinos.

Aquí vi hace años la clásica procesión del Corpus Christi, en la que se exhibe un estandarte con las cadenas de Navarra sobre tela roja.

Antes de dejar Osés, voy a la fábrica de quesos Aizaguer, no por angurria sino para poder tener de un pueblo tan navarro un recuerdo sustancioso más

POR LA SIERRA DE ANDÍA

La primera vez que recorrió el viajero la sierra de Andía era febrero; había algo de nieve en los pacos septentrionales de San Donato y era un laberinto de nieblas el Valle del Burunda-Araquil.

Nos paramos en el bar Portupe de Lizarraga, en el barrio de Arriba –Goico Carrica– y compramos unos bocadillos. Allí nos dijeron que la romería más importante es la de San Adrián, la ermita que parece colgada en el escarpe, entre viejas bordas de pastores, como un nido de pájaros de riesgo, y es pararrayos benefactor en las tormentas de verano. Antes –nos dicen– la gente subía a pie y ahora casi todos en coche; además, la hacen en sábado para que vayan los jóvenes. Hablamos del pueblo, de la comarca, de los jóvenes, de los viejos, de los turistas, de los montañeros, de los casáos y de los solteros, de cómo se vivía y de como se vive, rediez.

–Igual hay ahora aquí cincuenta solteros millonarios.

Mucho nos parecía entonces, pero, en fin, millonario, millonario es, y era ya en esas fechas, poco decir. Y soltero, qué quieres que te diga.

Lizarraga no sólo tiene al sudoeste la alpina ermita de San Adrián, sino también la de San Martín, a unos tres kilómetros del poblado, en un altillo; la de San Miguel en lo más alto del caserío, junto a la que han

colocado una enorme granja, y la de San Donato en el centro de la población arribeña, junto a la carretera, con una aguabenditera exterior. En un retablo barroco se yergue el Patrono renacentista, litúrgico y predicador, con los dedos de la mano en posición trinitaria.

Lizarraga tiene en la otra parte del pueblo, en el barrio de Abajo –Beco Carrica– la iglesia de San Clemente, gótico tardío, con portada renacentista bajo un pórtico que se construyó en 1839, año en que terminó la primera guerra carlista. Es una iglesia recientemente restaurada, de muy elegante y proporcionada factura, con altos contrafuertes y corta torre primitiva que carga dos pequeñas campanas. Cerca de ella está el frontón y, un poco más alejado, el cementerio con cipreses y cedros.

Así que entre una cosa y otra subimos tarde a la sierra, y cada vez que veíamos en los alrededores de Lizarraga un paisano, nos decíamos como sin querer:

–Mira, un soltero millonario.

Tras pasar el rústico túnel y remontar el primer repecho, muy mal cuidado entonces, entre restos de la cantera abandonada, nos encaramamos hasta los 1031 metros del Alto del Puerto y nos pusimos a contemplar aquella marea de nieblas, entre las que salía y entraba el morrazo, el yunque, el pináculo, el acantilado, el arrecife… gigante de Beriain, en el que acaba periclinalmente el sinclinal colgado de San Donato, cabo occidental de la sierra de Satrústegui. La alada ermita del santo aparecía y desaparecía como una celeste aparición.

Al comienzo de la senda blanda y herbosa, pisada y mantenida por pastores y montañeros, se nos abrió la sima de Arzumbide (o camino de pastores), de 75 m. de profundidad, entre un cerco roto de piedras. La piedrecilla que tiramos de sonda resonó lúgubremente. Cerca de ella está, pero no la vimos, al borde del cresterío norteño, la cueva Useda. Más visibles eran tres pequeñas balsas, en el término de Sarasagain, junto al dolmen del mismo nombre. La primera

estaba helada, la segunda con un poco menos de agua, y la tercera era sólo barro. Por el camino, casi recto y apenas marcado, sólo hierba, brezos y a derecha e izquierda algunas ollagas.

Vimos la marca del primer kilómetro. Teníamos a la izquierda, al comienzo ligeramente levantado pero, a medida que avanzábamos, cada vez más alto un frente abrupto de crestas calizas, mitad trincheras, mitad almenas, que llegan a 1171 metros en Usabide y a 1228 poco más allá, en Escalaborro, cerca de la sima del Caballero, bastante alejada del camino Un rebaño ramoneaba detrás de los cantiles. Algunos enebros se aferraban a la tierra superficial entre los dos bordes peñascosos que nos encajaban abriéndonos paso. En el áspero tronco de un espino se marcaba en amarillo el kilómetro 2, cuando nos parecía haber andado cuatro. El espacio se ensanchaba y pisábamos ya nieve helada. Dos grandes balsas, las de Sarasa, una llena y otra vacía, entre grandes extensiones de árgomas femeninas.

En el kilómetro 3, cerca de una elevada barrera caliza que nos separaba de la vertiente sur de la sierra, había un cabañón de bloques de cemento armado, con techo y chimenea de uralita y puerta de madera. Pasaban alborotando unas chovas que se levantaban de entre los cantiles, donde tenían probablemente el nido, y a los cantiles volvían para volver a volar después. Grandes toperas se abultaban sobre la tierra blandecida por las nieves y las lluvias.

En un leve mirador calizo, con planchas de nieve en los huecos, término de Otsoparaje o Paraje del Lobo, devoramos los bocadillos comprados en Lizarraga con esa voracidad inmediata que dan el frío, la soledad y la altura. Debajo de nosotros estaba la balsa de Lator, toda rígida de hielo, la nieve última haciéndole la orla.

La niebla empezó a avanzar desde San Donato, como si de un cuartel general meteorológico se tratara, e iba escalando y ocupando el valle de Leziza. Tuvimos que arrear de lo lindo. Cuando alcanzamos el punto de partida, los coches ya no se veían hasta topar con ellos.

Volvimos una tarde de mayo, ligeros de acompañamiento, de

ropa y de bocadillos, y sin pararnos esta vez en Lizarraga. Encontramos unas yeguas bermejizas junto a las primeras balsas, ya casi sin agua. Doblaban sus cencerros a vida selvática y natural en la aldea global de la sierra. Junto a la sima de Arzumbide vivaqueaban las margaritas, las gencianas, las celidonias, las estrelladas. Bandadas de chovas piquigualdas y grajiles se posaban en la salvaje y sustanciosa dentadura de Andía. En el recorrido topamos también, aquí y allí, vacas royas, caballos castaños, ovejas lachas de patas negras y gruesas lanas, la marca amarilla en la contraoreja y los culos azules o rojos.

Junto a las balsas se apiñaban y empeñaban las verónicas, los ranúnculos, las margaritas y las violetas. Croaban tan reciamente las ranas, que era cosa recia el oírlas. Subían y bajaban por el aire, acrobáticas, las alondras que crían en los próximos pastizales y saltaba impávida la collalba por roquedos y lapiaces. Nos asomamos en Portutxar al valle de Leziza. Unanua y Torrano parecían dos campamentos de base y Beriain era un faro natural sobre el golfo local, verde y fabril de la Barranca. Por vez primera pudimos calibrar la distancia que va desde Lezizagoikoa y Amorro hasta la ermita de San Donato (1494 m), que se nos hacía mucho más alta, mientras resbalaba la sierra de Satrústegui hacia los diapiros de Ollo y Atondo.

Seguimos rodeando por el sur el macizo de Peña Blanca, entre túmulos, como el de Birzulo, y dólmenes que entonces no conocíamos, pero antes de girar hacia el Paso del Diablo, y frente a los Altos de Goñi(1266 m.), la tarde se puso hosca por la parte de San Adrián, de donde amenazaba la neblina. El griterío de las chovas no parecía augurar nada bueno, y aunque carecíamos del más mínimo don de los augures, temimos que se repitiese la escena de febrero y, de nuevo, con la sensación de un doble revés, repasamos cabizbajos y mohínos el Puerto de Lizarraga.

Esta vez, guiado y animado por mi amigo montañero navarro-alemán, que viene de hacer una correría alpina, me interno con él por Sarasagain y trotamos, de lo deprisa que bajamos, por el término

llamado de las Calaveras. Pasamos junto a las cuevas, ya conocidas, cercanas a la carretera, del Peregrino (140 m.), de los Franceses y del Carnero, hasta llegar al kilómetro 24, cerca de la cueva y dolmen de Errebeltz (fuego negro), de donde parte la pista que cruza la sierra y sigue, por el barranco de Ondam, hasta Arguiñano. Queremos aprovecharla para ir más de prisa. Hay algunos coches tras la tapia. Vamos entre yerbas altas, matorrales y majuelos frondosos, llenos de manzanicas, y algunos arces. Un matrimonio maduro acaba de poner una mesa para la merienda cena.

Puercos negruzcos y ovejas lachas buscan lo suyo junto a unas bordas, sobre la vallonada hasta la que descienden dos flancos de la sierra, entre hayas y árboles espinos salteados. Las bordas, de piedra, bloques de cemento y techos de uralita con varias chimeneas, tienen casetas para los pastores y corrales para cerdos y ovejas. Las rodean cardos, cardenchas, ortigas y montones de piedras. Están construidas bajo los pliegues horizontales de la pendiente en el flanco norte del vallecico serrano.

Andando, andando, vemos unos lavazos, donde beben unas ovejas. Unas vacas barcinas remugan prudentes a cierta distancia. Rayas de cemento sobre la pista de tierra y gravilla llaman la atención a los pastores y guardas forestales que son los únicos que pasan por aquí con sus andariegos.

La cercanía de la noche nos impide hoy también ira más allá. Así que, después de una larga y ahigadada subida, saltando entre lapiaces puntiagudos y rocas calizas tableteadas, sorteando torcas y dolinas, arribamos al dichoso y blando camino de Sarasagain. A oscuras y sin celada mi compañero me reta a volver y a llegar a San Donato, el año que viene. El año que viene, si Dios quiere.

¿POR QUÉ HERMES?

Hermes, hijo de Zeus y de la ninfa Maya, según Hesíodo, es probablemente una divinidad pre-helénica, de origen indoeuropeo. Se relaciona su nombre (*erma* = columna, montón de tierra o de piedras, túmulo) con los montones de piedras en el campo (entre nosotros, *marcueros* = mercurios), después hitos, que jalonan los caminos, indicando primeramente puntos sagrados, objetos de culto, que unen cielo y tierra, lo de arriba y lo de abajo.

Cada viajero debía añadir una piedra al pasar ante ellos, rito reverencial destinado a recabar la protección divina para el viaje y el viajero. Símbolos también de túmulos funerarios, Hermes habita esos montones de piedras como guía de los muertos hacia el mundo infernal (subterráneo).

En Arcadia, tierra de pastores, donde abundan los túmulos, es protector de rebaños y pastores desde su monte natal, el Cyllene.

Hermes es un dios pastoril pero, por su capacidad de multiplicar el ganado, más bien un dios de fertilidad. Aparece representando como crióforo, es decir, llevando un carnero a su espalda, y com-

parte con Apolo adjetivos calificativos comunes: guardián de ganado, ovejero, etc. Aunque el ámbito de su culto fue generalmente popular, al mismo tiempo, como dios pastoril, se le asociaba a los primitivos jefes de la comunidad, que solían ser pastores, y llegó a ser la divinidad tutelar de los Pelópidas, la dinastía griega más famosa.

Su condición pastoril le relacionaba con el frecuente robo de rebaños, propio no sólo de tiempos arcaicos. Por eso, como veremos luego en el himno arcaico, Hermes llega a ser protector de ladrones de rebaños. Estrechamente ligada a la anterior, es su calidad de músico, inventor de la lira y la siringe, aunque más tarde la primera sería atributo de Apolo y la segunda de Pan, hijo de Hermes, divinidades similares y competidoras.

Por pastoril, nómada, móvil y versátil, a Hermes se le atribuye la protección de caminantes y peregrinos, y de ahí, la de los comerciantes. En Grecia es el protector de los mercados, caminos y límites de los pueblos. Es en fin un dios al que se le asocia con la oscuridad y con la noche, por azarosas e imprevisibles, así como con la muerte. Una de sus funciones más populares y preferidas por el arte es la de conductor de almas en dos trancos a su última morada (*psycopompos*).

El célebre *Himno IV* de los llamados homéricos dedicado a Hermes, probablemente del siglo VI antes de Cristo, plantea, según el helenista Alberto Bernabé Pajares, el conflicto y reconciliación de Hermes con Apolo –ambos hijos de Zeus, que comparten varias tareas divinas– y que se materializa en el pintoresco robo de unas vacas (mito indoeuropeo muy antiguo) del rebaño apolíneo y en el intercambio de atribuciones. El primero logra quedarse a cargo de los rebaños de su rival a cambio de su invento, la lira, que será emblema de éste último.

El poema pone de relieve otros muchos rasgos del dios pastoril –genio precoz, artero y embaucador, inventor del fuego, mensajero de los dioses, adivino, músico…– y alude a cultos y oráculos relacionados con él:

… *La Ninfa de hermosos bucles*, tras haberse unido en amor con Zeus *en el interior de una muy umbrosa gruta… parió un niño versátil, de sutil ingenio, saqueador, ladrón de vacas, caudillo de sueños, espía de la noche, vigilante de las puertas, que rápidamente iba a realizar gloriosas gestas ante los ojos de los dioses inmortales.*

Otros autores recalcan como objetivo del poema el deseo de Hermes de adquirir el reconocimiento olímpico y su aspiración a los privilegios de Apolo.

Dios mediador de mil lances entre dioses, protector y benefactor de la humanidad –el fuego, la música, el alfabeto–, sus atributos corpóreos son verdaderos talismanes: calza sandalias aladas (velocidad), un zurrón (viajero y ladrón) y el casco de Hades, que contiene la noche y asegura la invisibilidad. El caduceo en la mano, símbolo hermético por excelencia, es una vara delgada y lisa de laurel o de olivo, rematada por dos pequeñas alas, en torno a la cual se entrelazan dos serpientes, y funge, en un tiempo u en otro, como signo de la paz, de la fecundidad, de la inmortalidad, del comercio, del equilibrio psico-somático y de la profesión médica.

La fama y el culto de Hermes desbordan las regiones helénicas. Hermes-Toth es tenido en Egipto por sabio, sacerdote, hombre y dios. Es el Trimegisto (tres veces grande). Entre otras muchas tareas, él comprueba el filo de la balanza en el tribunal de los muertos y determina las recetas adecuadas para aliviar los males que aquejan a los hombres. Es también autor del *Corpus Hermeticum*, en el que se recogen las tradiciones y funciones del dios y de donde nacieron las prácticas herméticas futuras: la magia, la alquimia, la adivinación.

El dios latino, equivalente al Hermes griego, es Mercurio, uno de los doce dioses mayores del panteón romano, de culto antiguo en la Urbe y en la Península itálica. Su templo, de forma circular, estaba relacionado con el colegio de mercaderes (*merx-mercis*, *mercari*: ¿Mercurio?), mercaderes sobre todo del avituallamiento, y la fiesta se celebraba en los idus de mayo (día 15 del mes).

Entre las hermandades que festejaban al dios estaban los *Mercuriales*, con representación en muchas ciudades del Imperio. En Roma estaban situados en las principales puertas por donde entraban y salían las mercancías. Cerca de la Puerta Capena le consagraron una fuente de agua milagrosa. Con una varita de laurel mojada solían rociar los comerciantes las mercancías que querían vender y se mojaban el pelo pronunciando una fórmula entre purificatoria y granjeril.

Las cofradías de comerciantes, revendedores, cambistas, artesanos, pescadores y demás gremios del género invocaban al dios como *lucri conservator potens* (conservador poderoso de las ganancias), *negotiator*, *repertor* (inventor) o *nundinator* (frecuentador de mercados). No sólo eso. Según los autores latinos más célebres, Mercurio es también el popular patrono de los viajeros, protector de los acueductos, salvador de los hombres en peligro, genio de la paz y de la concordia, mensajero de los dioses (*minister deorum*), conductor de almas, Preside el censo, trae la victoria y es llamado *invictus*.

Nieto ilustre de Atlas, ven –canta Ovidio en sus *Fastos*–, *una de las Pléyades te engendró antaño para Júpiter en los montes arcadios. Árbitro de la paz y de la guerra entre los dioses superiores e inferiores, que corres los caminos con pies alados, feliz tocando la lira y feliz con la palestra refulgente, por cuyo magisterio aprendió la lengua a hablar cultamente…*

El poeta latino menciona la fiesta de los idus de mayo, el incienso ofrecido por los vendedores de mercancías pensando en sus ganancias, la fuente de la puerta Capena y sus efectos milagrosos. Tras los propósitos más o menos sinceros recitados al dios Mercurio, Ovidio subraya la última parte de la plegaria del mercader:

– ¡Únicamente, concédeme ganancias, concédeme disfrutar de las ya adquiridas y haz que me sea de provecho engañar al comprador (…) *Mercurio se ríe desde lo alto del que pide tales cosas, acordándose de que él había robado las vacas de Apolo.*

POR LA AUTOVÍA DE LEIZARÁN

Acababan de reabrir por enésima vez la Autovía –la vía de los autos– tras la enésima clausura por motivo del enésimo corrimiento de tierras en el Puerto de Azpíroz o en los falsos túneles de Urriza. Así que nos animamos a partir, no fuera que la cerrasen pronto otra vez.

Después el viajero ha ido y venido por ella en todas las estaciones del año, y se le ha hecho familiar, con sus lluvias y nieblas, nieves y soles, plantas y flores, pintadas y limpiezas de pintadas.

Para muchos será una autovía más. Para otros la autovía de Leizarán fue un acontecimiento ingenieril, viario, ecológico y político de primera magnitud, de primer espacio nacional. Recordarlo es potenciar el gozo, ya de por sí intenso, del viaje.

Sarasa, la bien plantada. Erice de Iza saca el cuello de su torrecilla roja. Huidizo Aizcorbe. Resbaloso y defensivo Osquía. Chafarrinón de Irurzun que, ahora, ya habitado, parece un poco menos. *Buen viaje. Ongi ibili. Autopistas de Navarra.*

Las Dos Hermanas: tajadas y sin tajar. A Víctor Hugo se le an-

tojaron *dos promontorios enormes* (…) *como las últimas torres de la montaña por este lado sobre la llanura de Pamplona*. Reloj de sol sobre roca. Túnel de Erga, bajo la ermita romeral (252 m.). Frontón y casas altas de Galdaratz en el flanco oriental y mirador del Malkorra. Latasa que trepa escapando del río: no hubiera escapado en aquel entonces si el río hubiera estado tan encauzadísimo como hoy. El nuevo frontón no lo teme: es bonito y ribero.

La sierra de San Miguel nos da la espalda robledal y verde oscura. Al otro lado de la barrera oriental que dejamos, cavaron los forajidos la sima-trampa del secuestrado, de quien un día hablé. El Arrizubi sobre Etxarri y Aldatz. Un milano gira y gira y vuelve a girar, obseso. El caserío viejo y torreado de Lekunberri. Albiasu: un brochazo blanco y verde de pintor paisajista.

Los picos de Beloki, Irumugarrieta, Aldaón y Balerdi, altivos como dinosaurios en el parque jurásico de las Malloas.

Al llegar al puerto de Azpírotz, podemos ver de cerca la delicada operación estética hecha en el roquedo suroccidental y sus secuelas testificales: cortes, raspaduras, cicatrices, redes de retención, clavos de seguridad, color óxido claro. Buena parte del roquedo cicatriza aún de las tajaduras autoviales en las calizas arrecifales masivas del cretácico inferior.

Y mientras uno hace esta reflexión urgente, entre anatómica y estética, nos devora el túnel (250 m.), que nos deja en un abrir y cerrar de ojos, bajo las luces anaranjadas del techo, a la vuelta del Elosta, frente a Gorriti. Bajo el cerro de Santa Bárbara, y en el piedemonte occidental del Guratz, el viejo bastión fronterizo castellano-navarro nos muestra su frontón cerrado, sus casas altas, su torre cuadrada, sus tejados rojos, y también unas vacas negriblancas en el monte.

Tras contemplar los montes Mugarraundi, Pagozeleieta y Urnieta, nos llegamos al primer descanso de la autovía, en un amplio espacio abierto al oeste, muy bien cuidado y ornamentado, que incluye bar-restaurante, parqueo de coches, parque infantil y dos estaciones de servicio. Los dos viales se unen por un pasadizo volante, estructura metálica, pintada de rojo.

Descendemos ahora por la carretera. Enseguida vemos el monte Ulizar sobre Areso, la torre de la iglesia tan alta, los más altos caseríos. Al otro flanco, el Baztania que separa Leitza de Leitzalarrea, y las cimas guipuzcoano-navarras del Mandoegi y Urepel (1059 m.).

Tras el último y largo viaducto que lleva el nombre del último pueblo navarro, estamos en Guipúzcoa. El letrero, modesto, dice sólo *Gipuzkoa*. Como si fuera un *herrialde* (territorio) más de una entidad política común. La irrealidad política llega hasta el último milímetro.

Llega el río Leitzarán (valle de Leitza), bajo los dos viaductos que con él se nombran, trayendo sus aguas desde las fuentes del alto de Uitzi, y de los puertos de Bidate y Ezcurra, con colores, olores y sabores de sus doce kilómetros y medio entre hayas, robles, abedules, serbales, alisos, fresnos, acebos, arándanos, brezos, helechos y pastos de diente. Pasa bajo siete puentes hasta llegar al de Guipúzcoa, vieja frontera entre las dos Provincias –como lo recuerda el remate piramidal de piedra, aguas arriba–, y, un poco más adelante y más hacia el norte, vuelve a pasar bajo el alto puente del Plazaola, (monte minero guipuzcoano), junto al antiguo apeadero del tren desaparecido. Un día se llamó *ferrocarril de Leizarán*, corrió entre San Sebastián y Pamplona, de 1914 a 1953 por el trayecto Andoain-Amerráun-Olloqui-Areso...

En vez de seguir la cómoda ruta del tren, la actual autovía, por variadas razones, arriba aludidas, tomó la escarpada porción del cordel Ipuliño-Uzturre, en su primera mitad, torciendo a medio camino hacia Andoain en vez de hacia Tolosa.

La primera galería vial en tierras guipuzcoanas es la de Gorrosmendi (500 m.), bajo el monte que así también se llama (619 m.). Nos asomamos ahora al pequeño y bonito valle de Berástegi, por la villa que le da nombre, con su iglesia solitaria y central, y su caserío desparramado. El año 1141 el rey García Ramírez el Restaurador donó al santuario de Aralar sus collazos de Berástegui, en la fiesta de la

dedicación de la iglesia. Los habitantes se ganaron el lema municipal *Nobleza con libertad* también frente a sus vecinos navarros, que no dudaron en incendiar las casas y arrasar los campos, en 1321 y en otras ocasiones, dentro o fuera de la legendaria batalla de Beotibar, en original iniciativa o en legitimada represalia:

En aquesto acordaron
navarros e su companna
con muy grande poder entraron
por tierras de la montanna.

No por nada se llamó ésta la *frontera de los malhechores*.

Prados y huertos en la vega; helechales y argomales en las laderas, y rodales de robles, hayas y castaños en las lomas, cabezos y picachos que separan el valle del que riega el Araxes camino del Oria.

El polémico túnel de San Lorenzo (700 m.), que hizo cambiar la ruta que primitivamente llevaba la carretera al valle de Leizarán, lleva también ventiladores, teléfonos de urgencia, salidas de emergencia y semáforos internos. El túnel socava el monte (807 m.) así llamado por la ermita del santo, patrono de Berástegi y que ocupa un lugar en el escudo de la Villa. El popular *San Lorentxo* (San Lorentzo en la grafía oficial) fue santo de mucha devoción contra diviesos y erupciones, así como contra incendios. Quién sabe, sí adecuado su patronazgo y protección a otras enfermedades peores de estos tiempos y lugares, no se debió a él el feliz éxito de la obra pública, tan maleficiada en sus comienzos por los malhechores que hoy no tienen frontera.

Viaducto de Santa Cruz. Aunque de pronto nos recuerda al famoso cura guerrillero, el nombre se daba a la ermita de la Santa Cruz, perteneciente al pequeño pueblo de Elduayen, cuyos caseríos vemos repartidos por la vallonada, bajo el monte Udelar (849 m.).

En este pueblo que tiene por lema *Honor y gloria con valor y victoria*, nació Manuel Ignacio Santa Cruz y Loidi el 25 de marzo de 1842.

De familia pobre, pronto huérfano, estudió con la ayuda de un tío en el seminario de Vitoria y fue párroco de la vecina parroquia de Hernialde en 1816. Fue un cabecilla guerrillero indisciplinado, intransigente y cruel. Dotado de facultades físicas extraordinarias, pasó y repasó la frontera francesa muchas veces, perseguido por carlistas y liberales. Acabó de hermano jesuita en las misiones de Jamaica, Belice y Pasto (Colombia), donde murió en 1920 sin haber vuelto a su estrecho campo de operaciones desde 1874.

Tras el viaducto de Aitzu. entramos en el túnel de Belabieta (1828 m.), el más extenso de todos; poca cosa si lo comparamos con la aviejada galería ferrocarrilera de Huici, de 2.800 metros de longitud y sin equipamiento alguno. Ya no podemos compararnos con el joven Hans Castorp, el protagonista de *La montaña mágica*, cuando se acercaba en tren a la estación de Davos-Dorf:

Túneles negros iguales que hornos iban pasando y cuando reaparecía la luz, se abrían profundo abismos con pequeñas aldeas en el fondo. Luego los abismos se cerraban...

Los rasos de Belabieta, rematados en la cima Aznar, continúan el cordal que atravesamos torciéndose ya hacia el imponente espolón del Uzturre, sobre la villa foral de Tolosa. En los tramos en que la autovía traspasa los collados de la cordillera hemos podido entrever el intocado valle de Leitzarán, con hayedos en las cimas occidentales y pinos de repoblación en las orientales y en ambas vertientes, oblongas y ondulantes, que descienden a la vaguada, salpicada de pequeños praderíos. El río va hondo, invisible, en violentos y silenciosos zigzagueos.

Desde Urepel y Mandoegi, ya en las mugas navarras, el tiramira montañoso se estira entre cumbres redondeadas, menores de mil metros, y collados algo más bajos, hasta las cercanías de Andoáin: montes de Deskarga, Azketa, Akelarre, Argarate, Usadeleratza, Adarra (811 m.). Separan la cuenca de Leitzarán de la del Urumea, otro río navarro, que drena tierras de Goizueta y Arano. Vistos de tan le-

jos y sobre todo en días oscuros, tienen ese tinte azul tierno de pizarra, que el sol convierte en verdes graves.

De nuevo la verde y ungida luz de la hayas y los pinos nos sonríe los ojos y nos trae la figura del mundo lustral. El último túnel viario. Oindolar (500 m.), con las solas luces de posición, nos acoge en su seno húmedo antes de descender entre montes, colinas, cabezos y prados, al valle del Oria, el río más dilatado y caudaloso de Guipúzcoa. A nuestra derecha un agreste e inclinado parque infantil suele reunir en el buen tiempo niños y padres, vacas y terneros, apacible y pacienteramente.

El descanso es tan prolongado y pronunciado, que han preparado dos salidas laterales de arena y gravilla para propiciar la frenada en caso de descontrol.

Al socaire del monte Belkoain, se engalla la torrecilla piramidal de la iglesia de Aduna, con sus altos contrafuertes, sobre los tejados rojos de los holgados caseríos.

Andoáin ha crecido y se ha poblado tanto, que ni su ilustre paisano don Manuel de Larramendi le reconociera si volviese. Aquel barrio bajo de Burruntza, que hacía juego con el barrio Leizur cerca de la desembocadura del Leizarán, es hoy un conglomerado industrial –papeleras, tejidos, maquinaria, servicios…–, de donde saca airosa la cabeza la iglesia parroquial, del siglo XVI, y, al otro lado del río, la del barrio de Sorovilla, unido a la villa en 1843.

Y, de aquí en adelante, metidos ya en la carretera nacional nº 1, que recorre términos de Oria, Lasarte y Hernán, entre bosques, casas, caseríos, fábricas, talleres, depósitos, canteras, coches, camiones, señales, letreros, montes y prados, vacas, pinos, acacias, fresnos…, enfilamos por fin los foscos túneles de Ayete y Amara y nos ponemos en la avenida Carlos I de San Sebastián-Donostia.

Volvemos por Ondarreta, entre el nuevo Barrio Antiguo y los terrenos universitarios. Lo que antes era bajar ahora es subir y viceversa. La derecha es ahora la izquierda… Nos despide la misma torre de Aduna que antes nos recibía. Vemos antes Elduayen que Berástegui, y los túneles, ya ni hornos ni galerías, se nos hacen familiares. Vemos mejor los rebaños que pastan en colinas y falderíos, y en tiempo de sazón los rollos de heno que dejan las empacadoras.

Los días de nieblas, las ovejas suelen enzarzarse en ellas y es difícil distinguir unas y otras.

Se me pasó el viaducto de Aintzerga tras los dos de Leitzarán. Se mueven ingrávidos los molinos eólicos de la sierra de Corneta sobre Leitza, a donde lleva una carretera doblemente anunciada.

Una mediana escultura de siete cubos oxidados me hace imaginar caballos estéticos, escalas viajeras y soportes mentales.

Esta vez, la Comunidad Foral de Navarra, en letras rojas sobre fondo blanco proclama su realidad secular, actual y limítrofe.

Nos detenemos en el Mirador de Azpirotz. La cara norte de los dos paneles de cemento gris está otra vez limpia de pintadas. En la cara sur un bajo relieve en hierro marrón oscuro representa el tren Plazaola: una locomotora con dos vagones y unos viajeros: tres damas, un caballero y una niña, todos con sombrero, vestidos de color butano. Otro bajo relieve, en el panel cercano, representa la efigie de San Miguel de Aralar entre siete paisanos y un txistulari.

La autopista entre y Navarra y Guipúzcoa se inauguró el 5 de mayo de 1995 por el presidente del Gobierno de Navarra. Excmo. Sr. Don Juan Alli Aranguren, siendo consejero de Obras Públicas, Transportes y comunicaciones, Ilmo. Sr. Don José Ignacio López Borderías.

Un trampolín, en forma de T, pintado de blanco, nos asoma hacia el campestre valle de Araitz, bajo el abrupto anfiteatro de las Malloas. Un mapa, de mármol blanco sobre negro, en una mesa rectangular, nos indica cimas y altitudes. El jardincillo adjunto nos da en ve-

rano la sombra de sus 22 tilos y el encanto de margaritas y tréboles rojos. Mesas y bancos de piedra.

El antes alto pueblo de Azpírotz ya no parece tan alto, a mitad de ladera del Atume, con sus casonas en hastial y sus tejados rojos por donde brincan todos los gnomos de la imaginación, entre prados de siega, hayas, fresnos, robles, nogales y helechos.

Uno de los últimos días de junio de 1936, el lider carlista vasco José Luis Oriol venía desde su refugio de Francia para hablar con el general Mola, gobernador militar de Pamplona. Justo esa noche llagaron a la capital navarra numerosas fuerzas de asalto, al mando del director general de seguridad, Alonso Mallol, para requisar armas puestas al servicio de una supuesta sublevación contra el Gobierno. En mal día iba a llegar uno de los autores de esa sublevación. Pero *"a la hora convenida* –escribe Félix Maíz– *y en los altos del Puesto de Azpíroz, cubierto por una llovizna gris que se deshacía en niebla, hablaron el general Mola y don José Luis Oriol"*.

La vieja carretera se contorsiona como una culebra herida sobre el valle hondo, abierto por uno de los afluentes del Araxes. Sus pendientes de hasta un 14% de inclinación y sus mortales curvas viarias de muy reducido radio no son ya de obligado tránsito.

Dejo de mirar los montes y los bosques y veo que corremos ahora sobre los viaductos de Urriza y Larrazpil, y, poco más adelante, sobre el de Kaxarna, antes de llegar a los túneles, obras de mayor envergadura en el recorrido navarro.

Las Dos Hermanas siguen siendo hermanas de todos los caminantes y testigos cercanas de recias controversias políticas y técnicas en torno a la autopista-autovía.

La verdad es que San Sebastián-Donostia y Guipúzcoa están mucho más cerca.

Y todos estamos más cerca también.

LUTO EN ORBAICETA

Aquella tarde de agosto, crispaba el sol las rocas calizas del Berrendi, lustraba los hayedales y robledales de Aézkoa y entupía la cal de la nueva casa levantada sobre el barrio campestre de la Rochapea, en Orbaiceta.

Hacía un año que habíamos estado con Manuel Mari allí, al volver de la excursión por el Collado de San Francisco. Habían venido a vivir desde el vetustón palacio de La Fábrica, buscando un poco más de sol, de aire y sobre todo de reposo. Le encontramos débil pero enterizo y animoso, entre planos, mapas y libros forestales. Siempre con ganas de salir y de acompañarnos, ya que no podía llevarnos en el andariego, como en ocasiones anteriores.

Compartimos pan, queso y chorizo, según la tradición, y nos asomamos largo rato al balcón corrido de la parte sur para ver cómo el fuego verde del verano latía en cada hortaliza, en cada flor, en cada árbol y arbusto.

Pero ahora estaba Manuel Mari en el vestíbulo de la casa, *de cuerpo presente*, severa expresión castellana para indicar que ya no está presente la persona –sería en ese caso *presente* sin más– sino sólo *de cuerpo*, resto ya, recuerdo y símbolo patético del compuesto que un día fue, del yo completo, de la sustantividad espiritual y corpórea que es el hombre.

Acerté en meterme pronto en la pequeña iglesia del pueblo, tan conocida de visitas anteriores, porque a los diez minutos no había un centímetro sin ocupar. Estaba la calle principal, todo un paseo o anchurón –ahora Plaza del Bosque (Monte) de Aézcoa–, en obras, y había corros y corrillos por todas partes, desde el cercano cementerio hasta el atrio.

Rebrillaba de barroco y de reciente restauración el retablo de San Pedro, del siglo XVIII, toda una piadosa exhibición veraniega: los niños envueltos en follaje; las columnas salomónicas por donde trepan sirenas y se cruzan roleos de hojarascas con toscos angelotes; los frisos de ovas; las placas vegetales del entablamento; San Pedro clavero, glorioso con su clavería; Santa Bárbara bendita…

Se apiñaban las gentes en el interior y seguían en silencio en el exterior, gracias a un juego de altavoces. Pocas veces el coro alto estuvo tan estrujado.

Poco antes de terminar la misa, una moza de la parentela leyó unos versos, y un amigo hizo una semblanza profesional y humana del finado, en la que no se pasó por alto, como suele ser triste costumbre, la vertiente religiosa: *a un cristiano leal y piadoso como él no le costaba mucho creer en al resurrección total de la persona, por la gracia y fuerza de la resurrección de Jesús nuestro Salvador; acostumbrado como estaba, acostumbrado y entusiasmado, a ver el prodigio renovador y permanente de la naturaleza, de sus montes, valles, ríos y bosques, obra divina, que conocía como nadie y que nos enseñó a muchos de nosotros, con su presencia, su paciencia y su humilde sabiduría.*

Lo que importa –terminaba diciendo el amigo– *no es, como tú sabías bien, y ahora sabes mejor, que nunca te olvidaremos. Lo que importa es que el Dios vivo de vivos y no de muertos, de bosques, montes, valles y ríos, y de todo cuando vive en ellos, ni te olvidó, ni te olvida ni te olvidará. Ni la Virgen María –tu querida Virgen de Orreaga [Roncesvalles– cuya Asunción (toma amorosa por Dios) a los cielos celebramos hoy. Y por eso nosotros no te olvidaremos, ni tú te olvidarás de nosotros. Jaungoikoa zurekin. Orrengatik zu ere Jaungoikoarekin.*

Al montero Erdozain, nacido en casa Arriola, de Orbaiceta, casado con Trinidad Larrañeta, de casa Subro, en La Fábrica, le conocían en toda la montaña navarra, especialmente en toda la cornisa pirenaica, de uno y otro lado de la muga. Pastores, agricultores, montañeros, escaladores, campistas, excursionistas, gentes del pueblo y de los pueblos de Aézkoa, Salazar y Roncal, y de otros lugares del mundo, rememoraban esa tarde aquel otro anochecer de agosto, cuando un huracán lluvioso y tormentoso comenzó a tirar los tejados de las casas y arrancar en el Irati árboles de cuajo. Manuel Mari andaba de acá para allá durante toda la noche salvando a unos, indicando pistas a otros, comunicándose con todos, hombre que conocía el bosque como su casa y lo amaba como parte viviente de lo suyo, de los suyos.

Otros recordaban agradecidos aquella vez que, perdidos en el monte por la niebla, el montero Erdozain Landa les fue orientando desde Orbaiceta, por medio del teléfono móvil, hacia las hayas, o abetos, a los que debían acercarse –se sabía hasta su numeración–, y el número de pasos que tenían que dar para encontrar el sendero que podía sacarlos a la luz.

Era una señal segura en el Monte Aézkoa, en el Irati, o a lo largo de la larga muga. Un faro verde. Con la robustez sencilla del roble, con la elegancia prudente del haya, con la permanente servicialidad del arroyo, con el cotidiano realismo del monte, que ha estado siempre ahí, ahí está, y ahí seguirá estando.

Hace más de veinte años que hice con Manuel Mari, y con su amigo el ingeniero de montes José Antonio Larrea, mi primer gran recorrido por lo que entonces llamé *la Navarra desconocida*. Casi toda era entonces desconocida para mí. Aquel contacto próximo con la naturaleza bella y solitaria, con sus parajes-paisajes, con las gentes que los habitaban, visitaban o añoraban, me contagió para siempre. Y desde entonces es una de mis vidas más auténticas, uno de mis mundos sin los que ya no puedo vivir.

Recordé esa tarde todas las excursiones hechas con mi amigo, ya de cuerpo presente allí, pero entero y presente en la dimensión definitiva.

Aquella excursión a Urcullu, saliendo entre el Mendilaz y el Murucoa, parándonos en el Azpeguico Lepoa para ver los *jentil* o *maurinbaratzak*, contemplar las tierras aluviales de Ultrapuertos y, del otro lado, hasta el Sayoa, para volver por Armalda, Organbide, Idopil y Azpegui.

O la visita a Chateau-Pignon y Zerkupe, que aún se ocultan de miradas indiscretas, retornando por el camino de los pastores, de los metales, de los peregrinos, de los soldados, de los contrabandistas –Urdenarri, Elursoro…–, cuando nos venía a los ojos la cegadora despedida de la tarde y teníamos que llevarlos a cegarritas.

O, entre los viajes varios a Ultrapuertos, que los franceses llaman Baja Navarra, aquel descenso fantástico tras el Nive de Beherobie, nacido no lejos de Harpea, hasta Esterenzubi, por gozar del rumor del Esterenguibel, que lo trae desde la mágica foresta de Artekieta, cerca de las fuentes del Irati. Y seguirlo de cerca por verlo entrar, peregrino, en San Miguel de los peregrinos, y triunfal y turístico en Donibane. Y visitar después los pequeños y dispersos lugares navarros, para terminar subiendo a Saint Sauver y venerar el panteón protohistórico de Okabe.

Nos hemos quedado, Manuel Mari, sin ver por fin la cueva del Oso en Aramuño, y sin probar este verano con la Trini y tus hijos el queso nuevo, y los viejos mapas y libros que nos gustaban tanto como el queso, ahora ya en tu nueva casa, sobre el viejo barrio de Rochapea, como antes en el vetustón palacio de La Fábrica.

Pero tú ya has visto la Luz.

LA PRINCESA DE BEIRA ATRAVIESA ULTRAPUERTOS

El 18 de octubre de 1838, el periódico *La Sentinelle des Pyrenées*, que aparecía tres veces por semana en Bayona, daba la primera noticia del paso por la ciudad gascona de la princesa de Beira, camino de la corte carlista. Venía acompañada, entre otros, por su sobrino Carlos Luis, príncipe de Asturias, primogénito del rey don Carlos V, que florecía 21 años de edad.

El mismo periódico y otros de Bayona y de París añadían en días posteriores nuevos detalles de la travesía principesca.

Había partido el 28 de septiembre de la ciudad austríaca de Salzburgo. Ya cerca de la frontera franco-española, pernoctó en Urt, antiguo puerto navarro en las riberas del Adour, y desde allí se trasladó al palacio de Meharin. La mañana del 14 salió en dirección de Macaya. El 15 llegó a Bidarray, tras remontar el río Nive a hombros del célebre contrabandista macayés, Garnich (Juan) Archondoqui.

Al día siguiente, su guía, aprovechando el entierro de una joven del lugar, hizo vestir a la princesa, que viajaba con el nombre de Madame Custine, y a su dama de honor, Pilar de Arce, a la usanza funeraria de las mujeres del País, y así caminaron a pie por buena parte del territorio municipal.

El collado de Ispeguy –escrito Esteguy–, subido a lomos de caballerías, debió de ser el lugar del paso fronterizo. ¿La acompañó también un oficial francés? No sería nada de extrañar, si, como afirmaban órganos legitimistas franceses, la princesa viajaba por Francia con el permiso oficial, y su pasaporte había sido visado en Viena por el embajador francés. Según otras fuentes, el cónsul español, Gamboa, ofreció a los guías pirenaicos una recompensa de 5.000 francos para quien pusiera en manos de las autoridades a tan ilustres viajeros, mientras el partido carlista había prometido mucho más (20.000 francos) a quien asesinara al guía que fuera infiel, y otro tanto a quien sufriera algún daño por salvar a los príncipes.

Parece que el príncipe de Asturias, futuro conde de Montemolín, rebasó la frontera por otro paraje, guiado por los hermanos Archondoqui, de la casa Morkhorenea, de Bidarray. Según algunos reporteros, acompañaba también a la princesa un legado papal, de nombre Ramírez de la Piscina, al que otros llaman *l'abbé Amat*, el confesor del rey carlista.

La princesa de Beira pasó a España, probablemente, a primeras horas de la tarde del día 16 de octubre. Según una de las versiones, un grupo de contrabandistas, bien avezados al terreno, cubrían desde Bidarray la seguridad del trayecto por medio de signos convenidos, vigilando cualquier movimiento de los agentes aduaneros o de los gendarmes.

Guardia horic ditugu
etsai andiac.
(Tenemos entre estos aduaneros
grandes enemigos),

dice una antigua canción bajo-navarra sobre contrabandistas.

El reciente libro de Joseph Zabalo, nuevo en algunos extremos, nos ha reverdecido el clásico trabajo del conde de Rodezno, re-

verdeciendo a la vez la historia y la leyenda de la segunda esposa de Carlos V.

María Teresa de Braganza había nacido en Lisboa el 29 de abril de 1793. Era nieta de la reina María I e hija del príncipe heredero Juan VI y de la infanta española Carlota Joaquina, hija de Carlos IV de España y hermana de Carlos María Isidro y de Fernando VII. Hermanos de María Teresa fueron el emperador de Brasil, Pedro, y Miguel, caudillo de los legitimistas portugueses, abocados pronto a una guerra civil.

Tras la invasión napoleónica, huyó con su familia a Brasil, donde casó, a los 17 años, con el infante Pedro Carlos, que murió dos años después. Más suerte tuvieron sus hermanas María Isabel y María Francisca, casadas, respectivamente, con los españoles Fernando VII y Carlos María Isidro (Carlos V). Pronto las acompañó a Madrid, a donde vino, el año 1822, con su hijo el infante Sebastián Gabriel.

Cuando murió María Isabel, y Fernando VII se casó con María Cristina de Nápoles, las dos princesas viudas tuvieron que regresar, junto con Carlos M. Isidro y familia, a su país natal, de donde los arrojó hacia Inglaterra la derrota de los *carlistas portugueses*.

A las pocas semanas de su exilio murió la tercera hermana, María Francisca, dejando los tres hijos habidos con el pretendiente carlista al trono español al cuidado de María Teresa, princesa de Beira. Esta fue a vivir entonces a Salzburgo, donde tenía bienes y podía educar mejor a los niños.

En París, año 1839, el conde de Custine publicó su relato, que completaba y a las veces rectificaba lo publicado por los periódicos unos meses antes. Jaime del Burgo lo tradujo y editó en 1946.

En Salzburgo se enteró el conde legitimista francés del matrimonio por procuración, que el día 2 de febrero de 1838 había contraído el pretendiente carlista con su cuñada y sobrina María Teresa, de 44 años –*blanche, belle et distinguée*, la llama Chao–, deseosa de encontrar a su flamante esposo.

Dicho y hecho. El día de San Miguel comenzó la aventura: Salzburgo-Innsbruck-Constanza-Zurich-Ginebra-Chambery. Desde aquí las rutas de la princesa y del infante se separan, pero vuelven a encontrarse en Bayona, el 12 de octubre. El empeño queda desde entonces en manos –¡y pies!– de algunos contrabandistas. Custine no habla de legado papal o confesor alguno.

Dos días más tarde, a las cinco de la madrugada, la pequeña comitiva embarca en el Adour hasta el puerto fluvial de Guiche, donde esperan guías expertos, entre ellos el jefe contrabandista Batiste Etchegoyen. El grupo gana Bidache, cuna y sede de los Gramont-Agramont; atraviesa el bosque de Mixa, y por Orègue –es la hora de salida de la misa dominical– y Amorots llega al palacio del vizconde Carlos de Belzunce en Meharin, uno de sus cuatro mansiones.

El lunes día 15, el legendario Ganich, contratado por el marqués de Labande, se hizo cargo de la operación. Se vistieron los viajeros con trajes apropiados, y por Armendaritz e Iholdy llegaron los varones a Organbidea, la casa de Ganich en Macaya, y las mujeres a casa de un pariente del mismo.

Para pasar por Osés con tranquilidad, la princesa de Beira y su dama de honor se unieron al cortejo fúnebre del que nos hablan los periódicos situándolo en Bidarray. Desde el cementerio, conducidas por sus hombres de confianza, hicieron buena parte del trayecto a pie; pasaron a espaldas de los contrabandistas el Nive, y a las cuatro de la tarde del día alcanzaron la frontera, por Ispeguy, pernoctando en una borde de la vertiente española. El príncipe Carlos Luis y el marqués de Custine las siguieron un día después.

El día 17, a las ocho de la tarde, entraron en Elizondo. Y desde la capital del Baztán hasta Tolosa, por el valle del Ezcurra.

Según el periódico *La Phare de Bayonne,* Ganich y uno de sus hermanos acompañaron a los infantes hasta la ciudad foral, donde embolsaron su soldada de 5.000 francos.

Para recibir a su nueva esposa y a su heredero, el rey Carlos se puso en marcha el día 20, y a medio camino tuvo lugar el dulce y esperado encuentro. Fueron testigos ilustres del monarca su ayudante de campo, el ministro de la guerra y el general Sanz.

En el salón de etiqueta del palacio de Azcoitia quedó ratificado el matrimonio, celebrado en Salzburgo, y, seguidamente, pasaron a la iglesia parroquial, en presencia de toda la corte y entre el alborozo popular. Se cantó el *Tedeum*, que entonó el obispo de León, don Joaquin Abarca, y, regresados a palacio, hubo besamanos general.

Por la noche estuvo la villa iluminada. Hubo fuegos artificiales, serenatas y otros números de público regocijo.

Alrededor del viejo y abandonado palacio de Meharin hay un jardín con castaños enfermos, higueras, aligustres y tres espléndidos, fúnebres, cipreses.

Tras la ventana más hermosa del primer piso, con un cristal roto, una cortina color rosa.

Veo asomarse a ella a la pobre princesa de Beira, cansada de viajes, destierros, guerras, muertes, niños... Su deseo por encontrar a su nuevo esposo se le nubla en un horizonte borroso de espesa incertidumbre.

La princesa mira un momento el bello panorama otoñal en torno a la iglesia, el cementerio y el frontón del pueblo. Luego cierra la ventana y descorre con sus dedos primorosos la cortina color rosa para que entre la luz.

Es, hoy, domingo, 14 de octubre de 1838.

BEINTZA-LABAIEN

Nos metemos por la carretera de Eratsun, pensando que de allí es más fácil llegar a Saldías, pero no, tenemos que volver, como nos indica un paisano que vive en una de las últimas casas del pueblo. Junto al frontón abierto (1932), mi compañero Julio cree ver venir a un Retegui por la calle y acierta; pega la hebra con él y hablan los dos de parientes y parentelas.

Vueltos a la carretera de Leitza-Santesteban, pasamos el puente de Saldías sobre el río Ezkurra y por un carretil reciente y empinado, abierto entre acacias, castaños, fresnos y robles, remontamos *en primera* (recalca mucho mi compañero y conductor) el áspero repecho.

Entramos en casa de Tomás, pero allí no hay nadie. Eso sí, muchos pares de botas de montañero y andarín, y muchos periódicos viejos en el vestíbulo. Vemos la capilla, recorremos los pasillos del primer piso, llegamos hasta el despacho lleno de libros. No hay nadie. Pero ahí viene el hombre, sudoroso, tocado con un gorrito blanco contra la calor de estos duros días de junio que ha adelantado las calores de los meses calenturientos. Nos esperaba a la entrada del pueblo, pero en la carretera de Orokieta, y nosotros hemos venido, menos ecológicos, por la autopista.

Don Tomás, párroco de Saldías y de Beintza-Labaien, fue el primer profesor de música del viajero en el seminario de Pamplona (do, sol, la, sol, mi, sol, la, sol, mi do, re, mi, fa, sol, la. si, do, re., mi…) y el viajero le guarda desde entonces mucho cariño. Ultimamente anda de "corazonista" entre médicos, y por eso se libró del homenaje que un grupo de condiscípulos rindieron hace unos meses a sus últimos profesores en pie. Hoy nos acompaña a ver estos dos preciosos barrios, dos antiguos señoríos realengos (un Municipio desde mediados del XVI), en Basaburúa Menor, de los que nadie suele hablar y de los que el viajero tampoco ha escrito nunca aquí, incluso cuando lo ha hecho de los pueblos circunvecinos.

Los dos núcleos de población están tendidos en el muelle hamaca de una cubeta sinclinal, entre bosques y pastizales muy mayoritariamente comunales, con parcelas de maíz, judías, nabos, patatas, remolachas, manzanos, cerezos y ciruelos. Un paisaje panorámico de los que le hubieran gustado al renacentista flamenco Patinir. Desde un altillo oriental, junto a una granja reciente de vacas, vemos los dos poblados con esa serenidad y dominio que da la altura lejana y discreta. Al costado sur corre una cordillera verdioscura de hayas, pinos, castaños y helechos, con algunos verdes claros de pequeños prados, donde pastan rebaños de ovejas lachas y vacas pirenaicas. Los principales picos llevan, de oeste a este, los nombres de Gora, Bonozorrotz y Ainzinguturce. Pero el Zuazpi o Soratxipi (1069 m.), al extremo sur del término, es el más alto de todos, con su pico de margas negras Al norte del mapa local, pasada la carretera de Leitza, se encuentran tres pequeños núcleos de caseríos.

Es ya frase hecha que Beintza se esparce por el declive de una loma, y que Labaien, a un tiro largo de piedra hacia el oeste, se acomoda en una leve hondonada. Utilizo la metáfora de la piedra, porque en las frecuentes peleas a pedradas entre los dos pueblos casi siempre ganaban los de Beintza, que estaban más altos, aunque fuesen menos. Sobre una loma se alza la iglesia de San Pedro, reconstruida a lo largo del siglo XVII sobre la iglesia-fortaleza del siglo XIII, de la que se conserva una parte de muro y la portada principal. Dos siglos más tarde se recreció la torre de fuste cúbico, a la que se añadió un cuerpo de campanas para que se oyeran en *el barrio más alejado de la parroquia*.

Cerca de Labaien, al pie del monte Gora, se levantó en 1569 la ermita del Salvador, o de la Ascensión del Salvador, *siendo Pio V Pontífice Máximo y Felipe Rey de España*, por mandato de don Domingo de Labayen, canónigo de Pamplona y abad de Beinza-Labayen, como reza la inscripción latina. Fue este ilustre paisano teólogo y humanista, latino, griego y hebreo, y llegó a ser, entre otros oficios, abad del monasterio de Yranzu, siendo nombrado del de La Oliva, pocos días antes de su muerte, en 1581.A la ermita peregrinan anualmente dos romerías, el día de San Marcos y el día de la Ascensión. En el extremo norte de Labaien una granja longa y blanca rompe el juego regular del caserío de los dos pueblos: casonas exentas, en hastial, de dos o tres alturas y ático, con muchas flores, tejados grises de doble vertiente y alerones de madera.

Voluminosa la fábrica exterior (–El reloj de la torre va retrasado, don Tomás), el interior del templo es espacioso, alto, claro y limpio, con bóvedas estrelladas, decoradas con claves, y venera pétrea sobre pequeñas trompas en cabecera, lo que le da un aire renacentista, que ha confundido a muchos sobre el tiempo de la construcción. Ha sido bien restaurado hace una decena de años. Cinco retablos barrocos, especialmente el mayor, son cinco hogueras vivas de decoración vegetal, con algunas excelentes tallas renacentistas, resto de un antiguo retablo, como la del patrono San Pedro, que ha prestado sus llaves al escudo del municipio. La talla renacentista lo presenta catedrático y clavero, pontifical y glorioso, que deja muy chiquito al clérigo arrodillado, por muy rector de la parroquia y promotor del retablo que fuera.

Notable es el cementerio cubierto *–el zimitorio,* dice el actual rector–, adosado a la parte sur de la iglesia, con suelo de madera, algunas inscripciones tombales de las casas (s. XVII-XIX).

Debajo del templo, al suroeste, se abre el nuevo frontón (1998), con capa exterior de mármol. Y tras pasar la calle Udaletxeko karrika (del Ayuntamiento), se impone el restablecido caserón municipal, de

tres cuerpos y entrada por dos calles, construido con muros de mampostería, vigas y madera de roble. En la fachada norte se anuncia el *ostatu-albergue*. Junto a la calle de la Iglesia, que va de la carretera a templo, está la llamada Harritzuri Karrika (calle de la piedra blanca), que alude al suelo de Beintza, de piedra muy dura, color crema.

La mayoría de las casas de los dos pueblos fueron construidas en el siglo XVI y reconstruidas en el siglo XIX y XX Junto a la carretera casa Arraitzenea, de balcón corrido y amplio alero, ostenta un escudo barroco entre leones tenantes y tres aves en campo. Cercana a ella, otra vivienda lleva fecha inscrita de 1833, año del principio de la primera guerra carlista. En el extremo sur del barrio, Itxaurdi, florecido de hortensias y geranios, casa Dolarea, tres niveles y ático, gran arco de medio punto en la puerta y ventanas de antepecho moldurado en el segundo piso, luce otro escudo barroco, más pequeño, con torre, jabalíes pasantes, sirena y árbol arrancado. Encontramos a su dueño, *corazonista* también, vaya por Dios, como Tomás, y hacemos bromas sobre su hidalguía rural y venatoria, por lo que se ve.

Entre los dos barrios, con casas y huertos dispersos, prados y piezas de pan y maíz traer, no lejos de las escuelas, en Gurutzondo, sobresale un crucero sobrio y sólido, con inscripción, esta vez en castellano, hecho construir por otra gloria local, rector de esta parroquia y luego canónigo de Pamplona, don Hernando de Labayen: *El canónigo Labayen enfermero me fizo. Año 1599*. (Enfermero era entonces un oficio canonical). Representa un calvario en un lado y en el otro la Virgen con el Niño. Los remates de la cruz terminan en una especie de florones. La tradición dice que el calvario selló la paz entre los dos barrios contendientes.

En Labaien, algo más poblado que Beintza, el edificio más llamativo es el frontón antiguo (1932), de una pared, que hace de plaza, en el barrio llamado de La Tejería, que estaba a medio kilómetro. Aquí también las casas se sitúan en torno al viejo camino, hoy carretera. Al otro lado de ésta, Tomás nos enseña complacido la casa de sus mayores en el n. 41 de la calle Urradiko (de la Avellaneda, nombre

de un monte próximo), casa de sillar, con balcón corrido, donde se lee la inscripción: *Soy de Fernandonea. Año 1834.* Un poco más alejada, entre huertos, leñeras y grandes fresnos, llama la atención la torre o casa-fortaleza medieval, casa Arretxea, –la primera casa construida de piedra, como indica su nombre–, de grandes sillares, puerta de arco apuntado, ventanita alta también apuntada y algunas saeteras. La compró recientemente *un señor de San Sebastián* y la ha restaurado bastante bien: tejado en hastial, de cristal y madera Vemos también a lo largo del barrio otras casas con arcos de medio punto, decoraciones geométricas y cruces en las claves, una de ellas con fecha de 1849.

Beintza-Labaien, o la villa de Labaien, compuesta por estos dos barrios, continúa su vieja tradición agrícola-ganadera, pero ya muy superada por el trabajo de sus jóvenes en fábricas y talleres de Leitza, Santesteban y Pamplona. En el municipio hay una serrería. A la concentración escolar de Santesteban acuden los pocos chicos que hay y que estudian la enseñanza secundaria obligatoria. Otros mayores acuden al instituto de Formación Profesional de Lecároz y a las universidades navarras.

Beintza-Labaien, municipio pacífico, sosegado, en cuyos muros no he visto una sola pintada agresiva o grosera, se ha modernizado como todos, sin perder lo bueno que había recibido, como recibimos todos, por tradición. No me cabe duda de que mi profesor y amigo don Tomás, músico, escritor y poeta euskérico, hijo del pueblo y párroco del mismo desde hace 20 años, ha contribuido no poco a ello.

Yo le deseo, *bihotz-bihotzetik* (muy de corazón) que aguante mucho tiempo todavía ese gran corazón.

EN SAN ZOILO DE CÁSEDA

Corremos entre campos preparados para el maíz. Hace rato que tenemos ante los ojos el promontorio defensivo de Cáseda: su tejerío rojisco, su caserío blanco y anaranjado. Han crecido mucho los chopos que cercan ecológicamente la fábrica Viscofán, nutricia de la comarca.

Antes de acercarnos a la villa, nos saluda un letrero insólito, que va más allá del nombre del pueblo, o de sus gloriosos hermanamientos. Dice nada menos*: Cáseda: villa aforada en 1129*.

En ese año de gracia nuestro aguerrido rey don Alfonso el Batallador concedió fueros al lugar: que sus habitantes tuviesen los fueros de Daroca y Soria, y aun mejores; que fuesen ingenuos ellos y toda su posteridad; que no pagasen jamás las novenas que acostumbran a dar al rey; que los pobladores de la villa fuesen infanzones y todos sus descendientes; que, si un vecino casedano matase a otro, o a cualquier forastero, pagase 30 sueldos, pero si el forastero matase al villano, debiera pagar 1.000, la mitad para el rey y la otra mitad para los parientes del muerto... Así que uno entiende bien que los vecinos de Cáseda recuerden a las puertas de la villa el gracioso aforamiento de aquel año de gracia.

El puente del lugar es un señor puente, por muy remendado que esté. Dicen que mide 200 metros y que sólo el de Tudela es más

largo que éste. Los nueve arcos circulares llevan tajamares a ambos lados. Es tan macizo y ancho, que parece que ha ensanchado al río Aragón, y no al revés. Los copiosos choperales cercanos y humanísimos contrastan con la crueldad de los cascajares de las orillas.

Pasamos junto a las rendidas murallas de la villa *castellana* y alcaideña, entre casas nuevas y bloques nuevos de casas, algunas villas, y algunas viviendas viejas y pobres al costado oriental.

Caminan algunas mozas, mujeres y varones, sueltos o en corrillos carretera adelante. Algunos muchachos en bici. El cementerio está espeso de pinos y cipreses. A la vuelta de la curva se nos aparece la ermita de San Zoilo, anidada en un vallecico, junto a unos chopos señoriales, entre dos montículos de baja vegetación. Recuerdo que desde el año 1979 había cada año en los presupuestos generales de Navarra una misma enmienda, presentada por un parlamentario natural de Cáseda, que siempre pedía lo mismo: el arreglo y adecentamiento de la ermita, a la que colmaba de méritos. Visto lo visto en años posteriores, o aquella enmienda no se tomó nunca en consideración, o se la iba tomando tan parcialmente, que la cosa no ha ido dando para más.

Está ya la imagen del santo en un ángulo del yerbín lleno de margaritas. Lo llaman san Zoilico, para distinguirlo de la talla grande que hay en un retablo de la parroquia. Lo traían antes los chicos en andas desde el pueblo. Lleva una espiga en la mano, y le rodean ramos de rosas con hojas de rosal.

Zoilo (Zoellus) fue martirizado en Córdoba durante la persecución de Diocleciano (c. 303). Su fiesta se celebró pronto un 27 de junio. Al acabar el obispo de Córdoba, San Eulogio, su visita a los monasterios navarros, a mediados del siglo IX, el obispo de Pamplona, Wiliesindo (c.845-860), le pidió el envío de reliquias de san Zoilo, con la promesa de levantar una basílica en su honor. Con Galindo Íñiguez, hijo de Íñigo Arista, se las remitió el obispo cordobés, junto a las de san Acisclo, compañero mártir de Zoilo. Los restos de

éste último fueron trasladados, en el siglo XI, a Carrión de los Condes, donde se le dedicó monasterio y basílica.

En la campa contigua a la ermita, a la vera del regato o barranco, que lleva el nombre del santo mártir, entre sauces, zarzales, mimbreras y saúcos, unos plátanos y acacias jóvenes darán un día sombra a quienes se sienten en los bancos de piedra o maniobren en el asador de tres fogones y tres chimeneas, o se laven en la fuente de agua no potable, dicho esto postrero en cuatro idiomas.

Va llegando la gente. Un grupo se para delante de una camioneta, que ha tendido una exposición de ropas, juguetes de cartón, sortijas, cintas, chucherías... Los buhoneros son de Zaragoza y han venido acá por primera vez. Llamaron al ayuntamiento para poder traer todo esto.

– ¿Y cómo llaman a todo esto?

– Baratijas.

Al otro lado del puentecillo hay otra camioneta vendiendo helados.

Pasa el riacho, que baja hoy con remango, cerca de los muros de la ermita y bien cubierto.

Parece que este templo basílica se levantó en la segunda mitad del siglo XIV. Intervino de un modo u otro el obispo de Pamplona don Arnalt de Barbazán, *constructor* del claustro gótico de la catedral de Pamplona, junto al canónigo hospitalero don Pedro Olloqui, a cuya dignidad estaban agregadas las iglesias de Cáseda y de otros pueblos. En Aviñón, sede entonces de uno de los papas que dividían y escandalizaban a la Cristiandad, el obispo pamplonés consiguió de catorce de sus colegas la concesión de abundantes indulgencias para quienes frecuentasen el templo o diesen limosnas, ornamentos, cálices, libros, vestidos, etc. para el mismo. Los donativos de todo género fueron muchos, pero también las disputas sobre su destino

entre el obispo, el hospitalero, la iglesia de san Zoilo y el concejo de la villa. Dejémoslos entretenidos con eso.

Destaca desde aquí la cabecera pentagonal, más estrecha y más baja que la nave, con macizos contrafuertes que rodean todo el edificio, en buena parte cubiertos por la yedra. Varios cristales de las ventanas están rotos a pedradas. El tejado de lajas ondula al ritmo de las bóvedas.

Al sur y al oeste de la basílica se enlazan cuatro cuerpos de casas pequeñas y viejas, con huecos sin cristales. Son sin duda la vieja habitación del ermitaño y la *venta muy cómoda*, de la que hablan los diccionarios del siglo XIX. Una de esas casuchas, destartalada, está sostenida con vallas de alambre y vigas de madera. Me dice una señora que antes más vivieron unos frailes y después una familia que vive en el pueblo, que vendió los terrenos circundantes.

Nos quedamos mirando la portada de arco apuntado, con nueve baquetones, donde se encajan los escudos del obispo Barbazán y del canónigo Olloqui. En el tímpano la figura central bendiciente parece ser la del Salvador, pero algunos ven en ella a san Zoilo. En los frisos corridos a manera de capiteles, un tropel de seres humanos en su ruda cotidianidad, que podían ser las comunes gentes de Cáseda: mujeres atareadas, guerreros en acción, jugadores de dados, cazadores...

Los bancos de la iglesia están casi llenos y subimos al coro alto, de madera, donde hay unos mocetes sentados acabando de chupar los heladitos. Nos dice un paisano, que ha subido también al coro, que cuando cae la fiesta en sábado o domingo, tienen que hacer la misa en la campa, del gentío que va.

Va entrando la gente con sus bolsas de comida, gorros y sombreros en la mano, y mucho habladera. Dos paisanos cotorrean con Julio sobre el alcalde anterior y el actual. Cuando les preguntamos sobre las obras de restauración de la basílica, los dos dicen lo mismo:

– Mucho abandono.

Traen en andas cuatro jóvenes al santo, y les siguen tres sacerdotes con alba y estola. Un coro de mujeres dirigidas por una joven y muy templada acordeonista cantan el himno de San Zoilo. Veo llegar a mi amigo Amador, pensieroso, con la aureola invisible del alto jubilado foral, y encuentra por suerte sitio debajo del coro. Un señor da unas palmadas a la puerta y entran cansinamente los rezagados. Dos o tres se quedan más allá del umbral, como de guardia.

Alegre la mañana
que nos habla de Ti.
Alegre la mañana.

Desde el coro se ven bien las bóvedas de nervios góticos y las claves de las bóvedas. Entra la luz gótica de mayo por ventanas y ventanales así como por el rosetón que tenemos a nuestra espalda.

El párroco, que preside la celebración, aplica el modelo de San Isidro labrador a todos los trabajadores de hoy día, labradores o no.

Cuando la gente sale con sus bolsas de comida, gorros y sombreros, nos ponemos a ver los capiteles de las pilastras y las ménsulas de los arcos en los cuatro tramos de la nave: vegetales, animales, monstruos, seres humanos, ángeles... No falta un castillo, que pudiera ser el famoso de Cáseda. Todo está muy deteriorado, incluso el retablo mayor y los retablos menores, y no digamos las pinturas murales que apenas se ven. A Carmen le duele que el único día en que se hace la liturgia en San Zoilo se celebre la fiesta de San Isidro, quedando muy preterido el patrono de la basílica. Pero antes no era mejor: por la mañana se celebraba aquí a san Zoilo y a la tarde, en la parroquia, a san Isidro, con otra procesión también. Todos lamentan el estado de la ermita. Cuando vinieron a preparar la fiesta de hoy, estaba el suelo lleno de piedras, que tiran chicos o grandes, malagradecidos y patones, por las ventanas de los cristales rotos.

A la salida del templo nos dan desde una camioneta un bollo de pan (–¿De Cáseda?– No, el pan no es de Cáseda) y en la puerta del recinto una tableta de chocolate. Cuando llevo comido casi medio bollo y dos tabletas de uno de mis vicios, me encuentro con viejos amigos casedanos. El buenmocísimo alcalde me lleva luego a ver una cercana fuente con arco de piedra, del siglo XII, que acaban de encontrar y adecentar. El agua la llevan por tubo hasta el asador que hemos visto.

Las mesas preparadas sobre el yerbín de la campa están ya abastecidas y los comensales se agitan alrededor. Pero la mayoría se ha ido con el rancho a comer a la Bardena, a la Bardena de Cáseda, que es grande y varia. Otros han vuelto al pueblo.

Hace calor y se mueve el bochorno. Malo para la fogarera del condumio familiar.

EN ZENARRUZA

En Bermeo, donde paso unos días en casa de mis primos mejor que en mi propia casa, he llegado a aprenderme a pie barrios, montes, caminos, paisajes de la histórica villa vizcaína. Siempre con el mar como horizonte, referencia sentimental o medio de vida, el huerto y el prado limitan con la fábrica y viceversa, la tradición con el adelanto, el ayer con el mañana, dejando al hoy siempre en un difícil equilibrio, entre la nostalgia y la aventura.

Inolvidables las playas, las costas, los paisajes terrestre-marinos de Bakio y Górliz; el santuario y mirador de Itziar; los puertos de las villas pesqueras y turísticas de Lekeitio, Ondárroa o Mutriku, a pesar de todo, que no es poco. Inolvidables la fiesta de San Juan en Gastelugatxe, al otro lado del Machichaco; de San Pelayo en la ermita de su nombre, con bersolaris, txalaparta y pinchos de tortilla con sidra; y la fiesta de San Pedro, paisano y patrón de pescadores, con la procesión oficial de autoridades y cofradía por las viejas calles portuarias de Bermeo, inundadas pocas semanas después.

Hoy me lleva Joseba a Zenarruza, único monasterio de monjes contemplativos actualmente en Vizcaya.

Desde los tiempos del P. Mariano en La Oliva y de los Amigos del Císter en Navarra, tenía yo el deseo y el compromiso –no cum-

plido– de visitar la nueva fundación del monasterio navarro, que llegó poco después de la fundación cordobesa..

Dejamos el mar de Bermeo y la isla de Izaro, la bahía y ría de Mundaka. Pasamos por Sukarrieta o Pedernales, Axpe de Busturia, Gernika-Lumo. Se suceden pueblos, casales, quintas, pinares, prados con ovejas y vacas, algunas nieblas, maizales, cipreses de Lawson, ailantos, huertos, árboles frutales.

Cruzamos el río de Golaco y por terrenos boscosos, accidentados, rurales, con plantaciones de kiwis, manzanales y pinares, vamos dejando atrás Loyola-Elejalde, Olabe, Berreño, y llegamos, sin ver hoy la ermita de Santiago, que nos queda a un lado, a Arbacegi-Munitibar. La carretera se curva, adaptándose al terreno montano.

El pueblo último, a dos kilómetros del santuario, es La Puebla de Bolibar, pueblo de los antepasados del Libertador, que tiene dedicado aquí un monumento. Sube la carretera entre avellanos. Hay unos caseríos esparcidos por los montes. Junto a la vía, una taberna en hastial, con muchas ventanas. Cerca, una casa rural.

La colegiata de Zenarruza ocupa la cima plana de una colina entre las varias que forman las estribaciones septentrionales del macizo que tiene su punta más alta y rocosa en el pico de Oitz (1026 m.), de infausta recordación en la historia de nuestra aviación civil.

Los datos más fiables, confirmados por las recientes excavaciones, sitúan los inicios de la vida religiosa aquí entre finales del siglo XII y comienzos del XIII. En 1379 Zenarruza quedó erigida como colegiata, al dotarse de la primera constitución que regulaba la vida de un reducido grupo de clérigos seculares bajo la obediencia de un abad. Desde ese año hubo abades buenos y malos, presentes y

ausentes, clérigos y laicos. La vieja torre desmochada y yedrosa, con su moderna espadaña campanera, fue quizás la vivienda antigua del señor, el abad laico. Entre los mejores abades clérigos estuvieron los Irusta, naturales de La Puebla.

El hospital, llamado después *refugio de peregrinos*, acogió a pobres y caminantes a Santiago. Zenarruza fue un punto de reposo en el Camino dentro del tramo vizcaíno de la cornisa cantábrica, que venía desde la cuenca del Artibai y continuaba hacia Guernica. El hospital y refugio se quemó al menos cuatro veces, la última en 1954. Un yerbín con cuatro cipreses y una losa (1532) con altos relieves, que representan la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro, lo rememoran.

La iglesia, gótico-renacentista, alta y esplendente, dedicada a la Asunción de Nuestra Señora, comenzó a levantarse, sobre los restos de la anterior, a mediados del siglo XIV, pero posteriormente fue realzada, ampliada y decorada. Testigos de varios siglos de prestigio, confianza y devoción, son las laudas sepulcrales que vemos delante del presbiterio: de los Múgica y Butrón, los Unzueta, los Bolíbar-Jauregui. Los medallones de las claves, los tímpanos, los arcos de triunfo, los cruces de los nervios de piedra abiertos en abanicos a los dos lados, las columnas adosadas, el ábside y sus tres altares, el coro, las decoraciones de las capillas... le dan a la imponente nave, bien amarrada por fuera, un delicado aire de movimiento interior, en juego arquitectural múltiple y permanente.

Cuando mi sobrino Imanol toca el órgano restaurado del coro, el más antiguo del País Vasco (1686), o incluso el próximo al presbiterio, hecho a semejanza del anterior, el movimiento se hace música, laude, plegaria, gratitud y arrebato. Júbilo de unión transcendente.

Contiguo al templo, resiste bien las inclemencias de los tiempos, entre ellas la humedad oscureciente, el doble claustro renacentista, único en Vizcaya, austero y solemne, que luce la cruz trebolada y la venera jacobea, armas del abad Diego de Irusta I, que dejó su marca por todas partes.

Cobijo fue también para pobres y peregrinos el ancho pórtico de 1560, con entramado de vigas de madera, decoradas con signos

astrales y populares pre y post cristianos, y donde cuelga una madero en forma de cabeza de lobo, ya sin dientes, que divierte mucho al personal.

La colegiata terminó su vida en 1851. Desde entonces quedó convertida en iglesia parroquial, con su cementerio adjunto. En 1948 fue declarado todo el conjunto monumento nacional. Hace catorce años a instancias de la diócesis de Bilbao, y con el apoyo decidido de la Diputación Foral de Vizcaya, la antigua colegiata se transformó en monasterio cisterciense con monjes provenientes de La Oliva.

Paso unas horas veraniegas recorriendo esta larga historia y esta corta geografía espiritual, abierta más allá de este corro redondo de montañas verdiazules, con pinares, prados, caseríos y ermitas.

La colegiata de Zenarruza ha recuperado su prístino fin contemplativo, litúrgico y hospitalario, adaptado a los tiempos actuales.

Después del desayuno, nutriciamente campesino, voy un rato a la tienda del P. Eduardo, que fue mi hospedero en La Oliva y sigue siéndolo aquí. La tienda tiene para vender muchas cosas buenas, bonitas y baratas, propias y llegadas de otros Císter españoles, desde vino y queso hasta libros y cerámicas variadas.

El P. Patxi, el prior actual, me invita a perderme unos días *por estos valles y riberas* de Zenarruza, y a refugiarme en la recogida hospedería cisterciense.

EN UZTÁRROZ

Hay muchos coches a los dos lados de la carretera, quizás porque no hay otro aparcamiento mejor ni más barato. Un bar cercano invita con su sola presencia a liberarse del calor de la tarde de verano. El río Uztárroz arrastra poca agua pero clara sobre grandes losas, bajo la umbría de los plataneros. El río hace de foso y defensa del castillo comunal de casas que cubren el monte de San Cristóbal, de arriba hacia abajo, que así se comenzó. El arroyo Amucu o Amuco se abre paso entre huertos por el costado sur del pueblo. Varios objetos tirados en la desembocadura la afean grandemente.

El río Uztárroz y de Uztárroz nace al oriente del Puerto de Lazar y recibe como afluentes los barrancos Doronjuane y Landalonga, el Burguiarte, y el Olerrea, que trae aguas del monte Burgui (1.542 m.).

El Barrio Iribarne o Barrio de Abajo está bien empedrado, como todos, y sus casas y casonas presumen de rosas y gladíolos. Nuestro sendero pirenáico pasa entre las últimas casas, las más altas del Barrio. "Casa Bortiri. Club Vasco de Camping" tiene una puerta pintada de rojo con picaporte. Entramos en un buen camino que se desliza entre pinos, robles, fresnos y avellanos. Ëstos entrelazan una larga pérgola, umbrosa, de jardín romántico. Vadeamos un regato y nos plantamos ante la ermita.

Es una maciza estructura, levantada en 1756 y reedificada dos siglos más tarde. Muros enlucidos, cuatro contrafuertes y tejado a cuatro aguas, una nave y sacristía adosada a la cabecera. Puerta en arco de medio punto y una espadaña con campanita. Está cerrada a estas horas. En el atrio gallardean arces y acacias. Hay un muchacho sentado mirando para el pueblo con un perro atado a una cadena.

Adjunto, calla hermético un cementerio con puerta de hierro y un rosal de rosas blancas. Apellidos bien conocidos: Orduna, Marco, Anaut, Ederra… Altas lápidas y cruces. En la base de una cruz los nombres de los 11 muertos en la guerra civil.

El atrio es el mirador por excelencia de la villa. El lugar elegido para su protección, contemplación y hasta su dibujo o fotografía. Las casas parecen derramarse desde arriba o escalar desde abajo, según. En la cima están las más pequeñas, cerca de un prieto pinar. Predomina en los tejados a cuatro y dos aguas el color teja, rojizo oscuro, pero algunos son pardos y unos pocos de chapa gris. Unos hocinos se aprietan a orillas del río, y se reparten las alturas rodales de pinabetes, alerces, y algunas hayas.

Descendemos por un cómodo camino empedrado, el camino del cementerio y de la ermita, entre airosos pinos silvestres. Tras pasar junto a otro bar y a unas casas corridas y caleadas, con breves jardincillos delanteros, tomamos el viejo camino de Ochagavía, al que le hacen grato avellanos, robles, pinos, fresnos, bojes, mostajos, endrinos…No es difícil cruzar el barranco Mendibeltza (nombre del monte), ahora seco. El camino se hace luego trocha y transitamos por uno de los tramos más abandonados, cubiertos de bardomas, junto a una casa cerrada (¿almacén?), donde se pudren hasta somieres oxidados. El suelo está resbaloso y aguachinado. Hay huellas de cascos en el barro. El barranco Larra sí trae algunas aguas.

Estamos ya junto a la carretera a unos pasos del Puente Viejo, en el término de Zubiberrieta, o sitio de puentes nuevos, ahora vie-

jos ya. El puente es un arco central sin pretiles y en forma de lomo de camello.

Mi compañero se va a ver a unos parientes y yo continúo el recorrido tomando un camino que al otro lado de la carretera asciende hacia el poblado.

Además de pinos, avellanos y fresnos, alegran también la travesía saúcos, retamas, lampazos y rosales silvestres, y en los ribazos zanahorias silvestres y fresales sin fresas. Encuentro a dos señoras que bajan paseando. Me informan de que este año se celebra en Uztárroz la fiesta anual de mugas con los vecinos fronterizos de Larrau, es decir, de *reconocimiento y recorrido de la Línea divisoria*, que en años alternos se celebra en el punto fronterizo pirenaico de Zilo-Handiko Lepua, en cumplimiento de lo estipulado en Bayona el 2 de diciembre de l856 y 28 de diciembre de 1858. Se lamentan de que Uztárroz decrezca y decrezcan también las posibilidades de vivir: ya no quedan más que tres ganaderos (ovejas y vacas), pero hay también cinco casas rurales, una empresa de carpintería, unas bodegas y destilerías, y una quesería

– ¿Y usted de excursión?

– Ya ven.

Al cabo del camino un claro sin abetos ni alerces dejan paso a la vista de la ermita y del paisaje que cierra Uztárroz por el norte: tres pequeños prados, robles, hayas, pinos y las aristas grisáceas de los Pirineos roncaleses.

Las últimas casas arribeñas están casi todas desocupadas. Bajo por el callejío empedrado, estrecho, intercomunicado, del Barrio de Irigone o Barrio de Arriba, humano laberinto que no tiene secretos para los que viven dentro. Casi todas las casas se reformaron en el siglo XIX. Algunas llevan el escudo del Valle(cabeza de rey), anagramas de Cristo en la clave y portadas de medio punto. Jardincillos o tiestos con rosas, petunias, gladíolos, geranios. Un venerable nogal en

un rincón típico enaltece una casona lateral. Inscripciones en clave con fechas de 1796, 1816, 1840 ó 1842.

Me asomo desde el atrio con guardia de plátanos a la iglesia de Santa Engracia, la joven, animosa y popular mártir zaragozana. Puro siglo XVI. Sobre la puerta un tejaroz y sobre él un hueco alto con barandilla de hierro. Bóvedas estrelladas polícromas cubren la nave muy bien iluminada y al fondo resplandece el retablo mayor, tardomanierista, de Juan de Huici y Juan de Berroeta, de un color tostado que el sol anaranja en vivo contrate con el castaño claro y oscuro de la tarima, los púlpitos, los altares laterales, los bancos y la tribuna del coro. En el cancel se anuncia un concierto de órgano, en el hermoso órgano barroco de Matías de Rueda.

No puedo no recordar aquí al célebre hijo de Uztárroz, don Andrés Martín, párroco de esta parroquia y antes abad de Badostain, colaborador de Espoz y Mina contra los franceses en la Guerra de la Independencia, cabecilla en la Guerra Realista. e historiador de la División Navarra.

Cerca de la iglesia están la casa consistorial, con las antiguas escuelas, el nuevo centro de salud, y el frontón cubierto (1965). El suelo está sucio de pipas y de bolsitas de chucherías (*chuches*). Dos chicas juegan con una paleta.

– En el viejo se jugaba mucho más. Ahora no hay afición; algún partido en fiestas y basta – me dice un paisano.

Delante del frontón juegan y se siguen unas chicas y chicos, entre diez y doce años, alrededor de los columpios. Le pregunto a una de las chicas:

–¿De dónde eres tú?

–De Roncal.

–¿Y cómo son los chicos de allí?

–Menos brutos que aquí.

Les digo a los chicos qué les parece la respuesta; se ríen y hacen gestos bravucones. Luego todos corren hacia una pequeña huerta, y los chicos y chicas mayores cierran la cancela a los más pequeños. Estoy en el Barrio de Espandoya que se extiende por debajo de la iglesia. Veo una posada, una carnicería, el estanco. Me asomo al regacho Amucu, del que se aprovechan unos hortancos; lleva hoy tan poca agua como cuando lo dibujó y pintó Javier Ciga. Bajando hacia la carretera llego al barrio de Zabalea o barrio del Ensanche. En todos ellos hay casas de bella factura popular, con escudos, portadas y fechas similares. Paso por el puente llamado de Uztárroz: dos arcos de mampostería de piedra, completado con vigas de hormigón aguas arriba, con barandilla de hierro.

Mi amigo y sus parientes me esperan en el bar cercano. Siguen estacionados los coches de los anfictiones que vinieron al encuentro entre delegados de Uztárroz y Larrau, ese lindo lugar de Sola (Soule – Zuberoa), de donde partían las incursiones y ataques franceses durante la guerra de la Convención y que en su día describió el viajero. Los monjes de Sauvelade, sus dueños, construyeron, varios siglos antes, un priorato y un hospital en el camino hacia Navarra.

Larrau, con su iglesia románica, el *gave* que lleva su nombre, sus buenos servicios gastronómicos y sus atractivos alrededores de fama bien merecida, siempre nos espera cuando nos descolgamos por el flanco norte del gigante Ori.

REQUETÉS EN LA BARRANCA

En Lizarraga-Bengoa, Francisco Aristorena, los ojos aún dormilones, había subido con las yeguas a la sierra, aquel domingo, día 19 de julio de 1936. Cuando terminó sus labores, bajó al pueblo y en la calle le dijeron que estaban en guerra, que Abárzuza y toda la tierra Estella estaban bajando, y que todos sus amigos habían marchado ya a Echarri. En casa le dijeron lo mismo. Así que se mudó, comió un poco y marchó él también a donde habían ido sus paisanos.

Manuel Arbizu, de Bacaicoa, era uno de los requetés más activos de la Barranca, pero sólo supo de la movilización definitiva cuando vio pasar frente a su pueblo los camiones del cuartel de Arapiles camino de Alsasua. Dejó –*ris, ras*– la hierba que tenía bien colocada, cogió la bicicleta y voló a Echarri-Aranaz. Allí se encontró con la gente de la zona y con una partida de requetés de Lezaun. Volvió a su pueblo, avisó casa por casa a la gente, y también a los comprometidos en Iturmendi. Pero entonces no se llevó consigo a nadie. Luego se incorporó a la partida de Barandalla.

Son recuerdos todavía muy vivos que vivamente se los contaron sus protagonistas, hace sólo unos pocos años, al historiador y sociólogo Javier Ugarte Tellería, y que con toda viveza los reprodujo en su libro *La nueva Covadonga insurgente;* libro que, pese a sus carencias, desorden, y sobre todo erratas, es una de las historias más

veraces, más inteligentemente concebidas y humanamente escritas sobre aquella gesta.

Las guerras carlistas eran todavía un episodio cercano en la Barranca. Muchas personas vivas habían visto al rey Carlos subir y bajar los caminos de la sierra, a donde subían con las yeguas. Otros le habían hospedado en sus casas o hasta habían combatido en sus filas.

Cuando don Carlos reine en España,
con regocijo de la nación...

Los primeros años del siglo, con sus políticas anticlericales, su agitación social y política, habían hecho del carlismo la primera fuerza, masiva y popular, en Navarra. La unidad católica en España, reafirmada en el santuario de Aralar en 1889 por millares de navarros, era una bandera que estaba más alta que nunca y junto a ella todas las banderas católicas y fueristas que la acompañaban.

El Círculo Carlista de Echarri Aranaz (1907) había sido uno de los primeros en abrirse en Navarra a comienzos del siglo. Volvería a constituirse en 1922 y era el centro carlista de toda la zona. Sólo en 1937 se abriría el de Huarte-Araquil.

La Segunda República, con su cruda política anticlerical, fijada en la misma Constitución, dejada en manos de ministros y gobernadores, o actualizada en leyes y normas represivas, especialmente en Navarra y Vascongadas, había vuelto a dar al carlismo centenario un espacio central en nuestra tierra. Los episodios antiguos se hacían cada día más presentes.

En 1931 la Juventud Tradicionalista de Echarri Aranaz era una de las seis que se habían organizado en Navarra. Un año más tarde se constituían en Echarri y en Arbizu las Margaritas, y cuatro años después en Lacunza y Huarte Araquil.

Mayorías católicas municipales, mayormente tradicionalistas, rigieron los ayuntamientos de Arbizu, Arruazu, Bacaicoa, Echarri Aranaz y Ergoyena. Rotundos triunfos electorales obtuvo el Bloque de Derechas en 1933 y 1936 en todos esos municipios y, además, en Huarte-Araquil e Iturmendi. Más ajustados fueron en Ciordia en 1933 y en Olazagutía en 1936, así como en esas dos ocasiones en Urdiain, todos ellos con ayuntamientos republicano– socialistas. Sólo en Alsasua triunfaron siempre las candidaturas izquierdistas.

La preparación para un golpe contra el régimen venía de lejos. Se hizo más intensa tras la llamada Revolución de octubre (1934), sublevación montada por la izquierda y que fracasó tras varios días de incertidumbre. Entre los jefes locales de requetés, que nos da Antonio Lizarza, aparecen en esta zona los nombres de Benedicto Barandalla, el segundo alcalde de Echarri, y José María Garciandía, en la misma villa; Agustín Goicoechea, en Iturmendi; Saturnino Goñi, en Arruazu; Lorenzo Ondarra, en Bacaicoa; Pedro Arbizu, en Arbizu; Agustín Larrea, en Torrano, y, en Lizarraga, Luis Otamendi, secretario del ayuntamiento de Ergoyena.

De las 899 patrullas que sumaban 5.394 boinas rojas, en marzo de 1935, 3 se encontraban en Bacaicoa; 2 en Arbizu; 2 en Arruazu, y 2 en Lizarraga. No se dan cifras sobre Echarri. Cada patrulla solía tener cinco hombres bien dispuestos, pero podía llegar en pueblos pequeños hasta 10. En junio de 1936 las boinas rojas eran ya 8. 400 y La Barranca era uno de sus primeros reductos.

Como ya escribí en su día, Arturo Campión eligió la villa de Echarri Aranaz, bajo el nombre de *Urgain*, para situar los forzados personajes de su novela *Blancos y Negros* (1898) y defender su tesis de que un nuevo partido fuerista y católico debía desplazar en Navarra a negros (liberales) y blancos (carlistas), todos ellos malandrines, follones y vestiglos, indignos de regir el Viejo Reyno.

Villa por los años treinta en torno a los 1.500 habitantes, en las elecciones a Cortes de 1933 el Bloque de Derechas consiguió en

Echarri Aranaz 2.274 votos, el PNV 575, el Partido Radical 78, el Partido Radical Socialista 67, el Partido Socialista 65, y el Partido Comunista 23. En las elecciones de febrero de 1936 el Bloque de Derechas alcanzó 2.177 votos, el Frente Popular 801, y el PNV 167.

Su vida económica dependía en gran medida del monte. Una buena parte de los habitantes se dedicaba a la explotación de ganado vacuno, caballar, cabrío y porcino. Pero sobre todo a la obtención de madera para traviesas, carboneo, leña, serrerías, carpinterías, ebanisterías y fábricas de muebles. A lo que hay que añadir una fábrica harinera y los servicios comarcales de costumbre: herrería, carrocería mecánica, establecimientos de comestibles, tejidos, etc.

Uno de los interlocutores echarrianos de Ugarte le recordaba como causa de la mayor tensión durante el período republicano la quema de conventos y otras fechorías, cuando la República *empezó a tocar el magro, el corazón... Aquí se entramó* (tocándose el pecho). Los requetés de la Barranca comenzaron entonces a vigilar las iglesias y hubo no pocos altercados a cuenta de la religión.

Un suceso sonado fue la pintada, durante la noche, de cruces en las escuelas de Echarri, de donde habían sido, dos años antes, retiradas. El concejal carlista y a la vez conserje del Círculo, Fernando Ijurco, y el sereno del Ayuntamiento, autores de la muchachería, no se fueron sin pintar unos bigotes a la alegoría de la República, que presidía el centro escolar. El gobernador, al que nadie quiso contar lo que todos sabían, destituyó al alcalde carlista Esteban Orce y ocupó entonces la alcaldía su teniente de alcalde, Benedicto Barandalla.

Aunque el mismo comunicante recuerda también la falta de jornales y cómo encontrarlos en las bolsas de trabajo les era mucho más fácil a los de izquierda y a los de UGT que a los carlistas, lo que iba amontonando odio, vuelve sobre la causa religiosa del conflicto, como causa principal: *Si la República no hubiera atacado a la religión, no cae... Si hubiera atacado más fuerte al capitalismo, hubiera sido otra cosa.*

El mismo 19 de julio les llegó la ansiada noticia del alzamiento a los carlistas de Echarri Aranaz. Barandalla y sus amigos Vicente Bacaicoa e Inocencio Escalada subieron a la sierra de Urbasa, uno de los lugares habituales de las prácticas militares de los requetés, a probar varios fusiles ocultos en el monte. A la vuelta se encontraron con los voluntarios que subían de Lezaun hacia Pamplona con el cura párroco don Mónico Azpilicueta. Algunos continuaron viaje y don Mónico quedó en Echarri con algunos requetés.

Barandalla se gallardeó en una silla del Círculo Carlista con militar apostura e hizo un llamamiento a todos los jóvenes del pueblo para que acudieran a salvar a España. En la fonda Carasatorre comieron ese día 138 personas. La fonda era propiedad de una familia nacionalista, familia de muy populares gaiteros, y uno de cuyos hermanos, Fermín, fue luego cabo de la Partida Barandalla, donde le acompañaron otros nacionalistas. La Partida quedó constituida inicialmente en ese primer almuerzo colectivo.

Allí se sentaron junto a don Mónico y el alcalde, el secretario de Ergoyena, Otamendi, el activísimo Ijurco, el farmacéutico de la villa, Juan Gayarre, y otros cabecillas de la zona. Todos se levantaron con levantados ánimos y con el propósito de un levante de hombres decididos en toda la comarca.

Un vapor amarillo calidecía los mansos campos de La Barranca, bajo los altos canchales dentados de la sierra.

Comenzó luego la leva al viejo estilo. Por las casas, bares y campos de los pueblos vecinos. Eran días de mucho trabajo, de recogida de hierba y trigo, y algunos pedían retrasar la marcha hasta rematar la siega. Otros se alistaban incontinenti.

Parecían tiempos de romance:

Los labradores arrojan
de las manos los arados,
las hoces, los azadones;
los pastores, los arados.

A veces los padres decidían la suerte de uno u otro hijo. Los comprometidos se reunían, entre 80 y 120 personas, en el Círculo de Echarri a desayunar bien temprano, y salían luego, briosos y madrugueros, de patrulla por los alrededores.

Aquel domingo, 19 de julio de 1936 – escribía muchos años más tarde J. M. Jimeno Jurío, que había vivido aquella gesta siendo un chico carlista en Artajona–, *la Navarra labradora, católica, española, monárquica y foral, cambia hoces y trigales maduros por crucifijos, fusiles y frente de combate* (...). *En la edad, los ideales y el entusiasmo, aquellos campesinos navarros se parecen como dos gotas de agua a los voluntarios de 1872.*

Era mucho más que una patriada.

Pero que el carlismo activo y combativo, de la Barranca y de toda Navarra, y aun de las Vascongadas y otras tierras de España, arrancara de las guerras civiles del siglo XIX, y uniera a varias generaciones con sus cultos religioso-patrióticos, sus símbolos y lemas, no quiere decir que el carlismo de los años treinta de este siglo fuera, como algunos lejanos y mal enterados historiadores quisieron verlo, un residuo del siglo XIX y hasta de los tiempos de la Reconquista.

Navarra, al decir del autor de *La nueva Covadonga insurgente*, que cita a Manuel Iribarren, era un territorio bastante representativo de la España no industrializada y urbana y a la vez de la clase media de provincias.

Era también aquél un carlismo bien operativo y adaptado a su tiempo. Su habilidad electoral, por ejemplo, consiguió lo que nadie en España: que en las dos decisivas elecciones a Cortes, en 1933 y 1936, los siete diputados correspondientes a Navarra fueran del Bloque, otro de los éxitos políticos en aquellos días turbulentos, similar al conseguido en muchos ayuntamientos, lo que les daba un claro predominio en el mapa municipal navarro, fuera de algunos islotes republicanos y republicano-socialistas. Algo parecido, aunque en menor medida, puede decirse de Alava.

Bajo un ideario claro, sencillo de decir y exigente de cumplir, el de *Dios, Patria y Rey*, los carlistas se adaptaron con soltura al tradicional aunque intrincado mundillo de las solidaridades locales, al ser

ellos mismos parte sustancial del pueblo, así como a las redes de jerarquía, clientela y amistad, sin las cuales no era posible llegar a parte alguna en aquella sociedad rural.

Navarra era, al decir de los carlistas navarros, como *la síntesis de España*, y el requeté carlista *la encarnación del antiguo caballero español*, pero en nuestros días. Navarra era la nueva Covadonga que reconquistaría España. *Progesivamente* –escribe Ugarte– *el Requeté se situó en el centro de aquel cruce de ideologías y disposiciones vitales, de voluntades y actitudes emotivas que fueron concitándose durante la primavera de 1936. Era la militarización de la política que se observó en toda la Europa del momento.*

Hijo de vendedores ambulantes, había nacido en Tafalla el año 1900. Pronto se instaló la familia en Echarri Aranaz. Por parte de madre, hija de pequeños industriales carboneros, enlazaba con un general carlista.

El muchacho, campechano, parlanchín, corpulento y *echáo p'alante*, se hizo ya famoso en un congreso celebrado por los carlistas en Zaragoza, en 1920, cuando se dirigió en vascuence a la asamblea. Un año más tarde hizo el servicio militar en Africa. No sólo sabía tocar el acordeón y vender lotería, sino que, viniendo o no a cuento, era capaz de abofetear al sargento de la compañía, lo que le hacía pasar dieciocho meses en un calabozo inmundo.

Vuelto a su pueblo en 1925, aguzó el ingenio, apicaró la cara y comenzó a ejercer el oficio familiar de la compraventa de alimentos y objetos caseros. Recorría con su coche los pueblos de la Barranca, en los que conoció y trató a todo el mundo, lo que le serviría de perlas para sus actividades políticas futuras.

Orador en vascuence, y de verba acalorada, durante las campañas electorales de 1933, fue elegido ese año concejal y, meses después, como hemos visto, alcalde de la villa. En 1935 llegaba al Consejo Foral. Pero no se le cayeron los anillos cuando siguió siendo uno de los activos conspiradores en las tareas más arriesgadas que le fue-

ron confiadas por su amigo y jefe de requetés, Antonio Lizarza. (Un hijo de éste último, Francisco Javier, acaba de escribir unas notas en la revista *Aportes* sobre la Partida, que completan y clarifican lo escrito por Ugarte.)

Así que en julio de l936 Barandalla tenía todas las bazas para proclamarse capitán del Requeté de La Barranca y para que así lo confirmase el jefe accidental del Requeté en Navarra, Esteban Ezcurra Arraiza, alcalde de Echauri, el mismo l9 de julio. No había tiempo que perder.

Estaba la Partida compuesta inicialmente por 191 voluntarios. De Echarri eran 40. Seguían 10 de Artavia, 7 de Lezaun, y el resto de Arbizu, Arruazu, Bacaicoa, Ergoyena, Erroz, Garisoain, Guesálaz e Iturmendi. Eran tenientes de la Partida, Luis Otamendi Ugalde, el secretario de Ergoyena, y Manuel Ongay, de Arbizu, recién venido de Francia. Alférez, Hermógenes Huarte Aramendía, de Lezaun. Capellanes, don Mónico y el párroco de Torrano, don José Legarrea. Tenían dos practicantes, Patricio Clavería y Pedro Oñatibia. Un burro hacía las veces de la ambulancia. Llevaban tres lavanderas, de Echarri y de Lacunza. Vestían al comienzo como Dios les daba a entender, hasta que las *margaritas* de Tolosa les hicieron después unas cazadoras con las mantas de los secaderos de las fábricas de papel.

Una de las primeras acciones fue subir hasta el puerto de Lizarrusti, sin valor estratégico pero sí simbólico (muga con Guipúzcoa), donde hicieron huir a un grupo de miqueletes. El día 23 de julio llegó a Echarri la columna de Malcampo. La Partida le suministró media docena de pastores guías para avanzar hacia Ataun, que cayó fácilmente. Barandalla instaló entonces su cuartel general en la fonda Casa Isabel del puerto, desde donde desplegó sus hombres por la sierra de Aralar, hasta cerca de Amézqueta, guarneciendo el santuario de San Miguel, capitán de la milicia celeste, y cuidando la hospedería. Estuvieron de guardia en la Casa Forestal desde el 25 de julio hasta final de mes.

Las sierras de Andía y Urbasa, tan bien conocidas, eran otros espacios de patrullaje. Las armas fueron al principio pistolas y escopetas, pero el día de Santiago, patrón de España, Barandalla trajo de Pamplona una camioneta con fusiles, que dieron seguridad a sus bizarros portadores.

El 29 de julio, a petición del teniente de requetés, Amadeo Marco, alcalde de Navascués y ex diputado foral, que marchaba en la columna Malcampo, estacionada en Lazcano, envió la Partida como refuerzo un grupo de 23 hombres, al mando del sargento Fernando Ijurco, que fueron sorprendidos y atrapados en Lazcaomendi. Fueron llevados a Villafranca, donde un griterío punzante pedía que los ultimasen, y de allí a la cárcel de Ondarreta de San Sebastián. Ijurco se hizo responsable de todo y salvó a sus hombres. Murió fusilado al día siguiente dando recios vivas al triple lema carlista que llevaba en su alma mística, como todos lo recuerdan. Los demás fueron trasladados a las cárceles de Bilbao. Los liberaron sus compañeros del Tercio Mola, antes Roncesvalles, en San Esteban de Galdames, cerca ya del límite con Cantabria. Sólo faltó entonces Andrés Rázquin Marín, de Lizarraga, que fue muerto en el asalto a su cárcel del Carmelo, el 4 de enero de 1937.

Desde la Junta de Guerra de Guipúzcoa se pidió a Barandalla que cobraran los fielatos de los productos provenientes de Navarra para su venta en Guipúzcoa, en el puesto de miqueletes de Lizarrusti, el cuartel general de la Partida. Pero la Junta de Guerra de Navarra se opuso a ello. Para al escribiente de la Partida, era *la marxista y antiespañolista Guipúzcoa, la que naturalmente, al menos en parte, está llamada a desaparecer*, quien pretendía perjudicar a *nuestra inmortal Navarra*.

Y el capitán Barandalla, ya gallo polainudo, apostillaba socarrón: *San Ignacio fue consejero de San Francisco (muchas gracias), pero fue espiritual. Le dices que con los judíos nada queremos. Mándalos a la puñeta.*

Fue a primeros de agosto cuando, llamada por el comandante de Estado Mayor, Jesús Esparza Arteche, llegó la Partida a Legorreta.

Hasta entonces apenas si habían salido de las lindes de La Barranca natal, su espacio de identidad, que dominaban como gatos lareros. Ahora llegaba el momento de dejar de *hacer fronteras*, como solía decir el capitán, y de trasponerlas; de dejar atrás la *muga* navarra y de adentrarse en la vecina Guipúzcoa, que conocían peor, y que se les antojaba, como hemos visto, una tierra antes familiarmente tradicional y ahora degradada por el marxismo y el separatismo.

Les habían cobrado la cantidad de 1.876 pts. por los gastos ocasionados durante su estancia (el pupilaje diario era entonces de 3'50 pts.). Pero Barandalla supo poco después que *los rojos habían abandonado muchos víveres, como garbanzos, alubias, aceite, azúcar, bacalao y otros artículos de primera necesidad por valor de 3.000 pesetas*, de los que se sirvieron quienes les dieron de comer. Es decir, que les cobraron por las viandas que los nuevos ocupantes y dueños de la villa consideraban como suyas. Por todo lo cual el capitán de la Partida se personó el día 3 de septiembre y recuperó lo pagado, según él, injustamente.

No quedó ahí la cosa. En un oficio redactado por el escribiente de la Partida, el ex seminarista Vicente Zubieta, de Huarte-Araquil, para ser enviado al ayuntamiento de Legorreta, se les afea su conducta, llamándoles *espíritus egoistas, raquíticos y ruines*, que miran más por su bien particular que por los grandes ideales de Dios y Patria; por la *justicia social tan proclamada por nuestro inmortal León XIII*; por *la religión de nuestros abuelos, a los que tan adictos se sienten ustedes*, y por *la vida de nuestro pueblo español y vasco*. Consideran lo ocurrido un "*robo*" y les piden que preparen las 1.124 pts. que quedan por entregar y que irán pronto a buscar.

A Barandalla los considerandos del borrador de Zubieta se le antojan demasiado caballerescos y andantescos y le ordena, *calamo currente* que los reduzca a uno solo: *Considerando que son ustedes unos malos hijos de España y dignos sucesores de Pernales, el próximo domingo se personará a las once de su mañana nuestro capitán para darles el merecido de vellacos ymadrines* (sic).

Al pagador de la Partida, Francisco Urrestarazu, de Echarri Aranaz, debieron de alegrársele las meninges.

Desde Tolosa hicieron los mílites andantes de la Partida navarra una excursión por los alrededores, y, tras pasar cerca de Albistur, siguieron por una estrecha carretera hasta el pueblecito de Beizama, a unos 25 kilómetros de la villa foral. El párroco y muchos feligreses los recibieron con gran contento y alborozo y hasta con repique de campanas, creyendo que era la llegada definitiva y no una arriesgada incursión de prueba o cuña, siguiendo los planes del comandante Esparza. Hubo, en cambio, un paisano que los acogió equivocadamente al grito de *¡Gora Euskadi!*, lo que pudo costarle muy caro, si no hubiera puesto a tiempo los pies en polvorosa.

Barandalla preguntó por el alcalde y fue a verlo a la casa consistorial, donde encontró, según su propio testimonio, al pleno municipal de rodillas y entre lágrimas. El alcalde, para congraciarse con el capitán de requetés, le dijo que también su abuelo había sido carlista, aunque él ahora era nacionalista vasco.La Partida siguió hasta Nuarbe, donde no consiguió destruir el puente sobre el Urola, y volvió después a su base.

En Tolosa, villa de larga tradición carlista, se hizo cargo Barandalla de un espadín, llamado *el espadín de Beotibar* (pelea sangrienta entre navarros y guipuzcoanos el año 1321), que le fue arrebatado a un general carlista en el siglo anterior y que solía exhibirse en las fiestas de la localidad como trofeo bélico. Barandalla se la ofreció, lozaneando, a la Junta Carlista de Guerra de Navarra, que le agradeció tan *navarrísimo* gesto, pues se evitaba así que el espadín pudiera servir en adelante *como símbolo de victoria obtenida sobre los navarros, aparte de que dicha victoria y batalla no están suficientemente acreditadas.*

De Tolosa, y ya bien vestidos por las *margaritas* de la villa, como hemos visto, aquellos gallos moceros continuaron hacia Hernialde – el pueblo del que fue párroco don Manuel Santa Cruz, *el cura Santa Cruz*–, Alquiza, Villabona, Aduna y Asteasu, donde sufrió el grupo su primera baja mortal, Pedro Berástegui Mendinueta, de Arbizu. En Asteasu un curioso suceso trajo a las mientes de muchos la

estampa del famoso cura guerrillero. Uno de los mozos de la Partida escamoteó un reloj. En cuanto lo supo, el capitán Barandalla formó a sus hombres en la plaza de la villa y obligó al trincador a levantar en alto el objeto trincado y a decir por tres veces que lo había robado él. Fue condenado a picar dos toneladas de leña con un letrero a la espalda que decía: *Por ladrón me veo castigado de esta forma*. Le cortaron el pelo al rape y lo expulsaron de la Partida.

Esta, apoyada siempre por los pueblos de los que eran originarios sus componentes, y donde no faltaba nunca ni anís, ni café ni tabaco, tenía hasta un pequeño rebaño de ovejas, que pastoreaba Martín Ijurco, de Lizarraga, a las órdenes del sargento echarriano Marcelino Jáuregui, encargado de recoger ganado y alimentos. En cierto momento, las l2 de reses que llevaban al salir de la última localidad se convirtieron en 62.

–¿Qué has hecho? –le preguntó Barandalla.

–Si me siguen ellas solas, ¿qué voy a hacer?,

fue la respuesta *cándida* de Ijurco.

Tras la acción militar de Asteasu, la Partida quedó afecta, el día l8 de septiembre, a la columna del teniente coronel Pablo Cayuela Ferreira, que mandaba la Agrupación de Columnas de Guipúzcoa, con cabecera en Andoain. Ese día y el siguiente, participó en la operación de envolver el monte Hernio, al oeste del monte Pagoeta, y en tomar el Indamendi.

Desde allí marcharon hasta Cestona. Y prosiguieron hasta Iziar, desde donde acometieron las posiciones del monte Arno, o Arnomendi. José Mendizábal, de Echarri, izó la bandera española en la cima, a 610 metros. Estuvieron después en la toma de Motrico, el 27 de septiembre. Y acabaron llegando a Ondárroa.

Además de los tres muertos antes mencionados, murieron en esta breve campaña Sebastián Mozo Bacaicoa, de Lizarrraga; Vicen-

te Maiza y Pedro Huici, de Echarri, así como Enrique Aguirre, de Iturmendi.

Con fecha 30 de septiembre de 1936, la Junta Central Carlista de Guerra de Navarra ordenaba la incorporación a sus respectivos cuerpos de todos los voluntarios de los reemplazos de 1935, 34, 33 y segundo semestre del 32. El capellán don José Legarrea –don Mónico se retiró en Hernialde– escribía que *por falta de requetés, que eran llamados por quintas, la Partida quedó sin hombres*. Por otra parte, una orden exigía que todas las unidades militares fueran mandadas por capitanes del ejército.

Lo cierto es que el 6 de octubre fue disuelta la Partida por orden militar. Constaba en su última acción de guerra de 173 voluntarios. Marcelino Jáuregui fue entregando en los meses siguientes 193 fusiles, con su correspondiente munición. Barandalla atribuyó la disolución a la inquina anticarlista de Cayuela y a la "pelusa" que tenían los militares por la valentía de sus hombres. Cuarenta de éstos se presentaron en el cuartel del Requeté en Pamplona, con el oficial Joaquín Navarro al frente, y se alistaron, el 21 de diciembre, en la quinta compañía del Tercio de Doña María de las Nieves. Los voluntarios comprendidos en quintas se incorporaron al ejército. Algunos otros volvieron a sus casas.

Sobre este Joaquín Navarro, *(el más valiente de todos*, según Lizarza) me dejó, hace años, una página escrita el entonces párroco de Huarte-Araquil, Eugenio Ulayar, uno de los seminaristas mayores del pueblo –el otro era Fernando Goya–, que estuvo en la Partida con él. Sargento en la guerra de Africa, socialista en Alsasua por amistad con Salinas, Navarro se presentó a Barandalla al comienzo del Alzamiento. Cuando un día le preguntó Ulayar por qué no se retiraba siendo casado y teniendo edad para ello, le contestó el oficial que había ofrecido su vida a Dios por su mala vida anterior: *Si muero, se habrá cumplido mi ofrecimiento, y, si no, volveré a casa cuando termine la guerra*. Murió en el frente de Lérida en 1938.

LAS AGUSTINAS DE ALDATZ

Del ruidoso nudo de comunicaciones que se aprieta junto a la Venta de Muguiro parte una cómoda y curvosa carretera que, entre praderíos y bosques mixtos, llega al lugar de Aldatz. En los praderíos pastan vacas blanquinegras y barcinas.

El caserío de este antiguo señorío realengo se recuesta al socaire del macizo de Aritz, cerca de los puertos Otsabe y Bidarte, debajo del cementerio adosado a una enorme capilla –antaño iglesia parroquial– y alrededor del templo actual, dedicado, como el anterior, a San Martín, que da nombre a calles, callejas, callizos y costanas del poblado.

A un lado y otro, y a la natural distancia, granjas de ovejas y vacas.

El convento de las Agustinas es el primer casalicio a la entrada de Aldatz. Frente a él hay dos chalés recientes.

Está abierta esta vez la iglesia parroquial, ahora en obras. Dos

hormigoneras hacen su trabajo en el anchurón o plazuela. Encima de la portada y bajo el pórtico, una inscripción recuerda el patrocinio económico de los hermanos Juan Francisco y Juan Martín Juanmartiñena (dos indianos enriquecidos en Méjico), así como la aportación de don José María Huici (20.000 reales) y del señor Eraso (6.000) para la construcción del templo, levantado en 1829. Ha sido restaurado en 1994.

Sustituyó al anterior, hoy ermita cementerial de Santa Lucía, fábrica del siglo XIII: poderoso bloque cúbico, con portada, bastante deteriorada, de arco trilobulado, tres arquivoltas, capiteles figurativos, y puerta con los herrajes originales.

De factura neoclásica, la iglesia actual tiene un amplio y luminoso espacio interior, cubierto con bóveda de lunetos y cúpula sobre pechinas en el crucero. Un retablo rococó, revolado de angelitos altos, y con lindo sagrario, expone unas bellas imágenes de los siglos XVI y XVIII. Sobre la torre cuadrangular, gallea un templetillo con cruz, custodia, pararrayos y veleta.

La cercana escuela para niñas y niños fue inaugurada el mismo año que la iglesia, y financiada con lo que le quedaba de la fundación Martín Iribarren, otro indiano oriundo del pueblo, y con lo conseguido por los buenos oficios de abogado testamentero de Juan Martín Juanmartiñena. El edificio, de tres plantas, ahora muy recompuesto, acoge varias viviendas y en el entresuelo el centro social.

– La Sociedad le llamamos –me dice un vecino– y arriba vive también el alcalde.

Hay muchas, casi todas, casas espléndidas en Aldatz, con graves y doveladas puertas; claves con cruces, flores y guirnaldas; largos balcones, algunos aún de madera, con muchos tiestos floridos. Casa Arreguía, por ejemplo, la más próxima a la iglesia, en hastial, con los tres cuerpos clásicos, y cinco ventanas enrejadas, balcón de hierro con soportes del mismo metal, mano por picaporte en la puerta y gran es-

cudo. Algunas llevan fechas de los siglos XVII y XVIII. Es una pena que por aquí, como por tantos otros pueblos pequeños, los beneméritos autores de la serie *La casa en Navarra* hayan pasado de largo.

Al otro extremo de la plazuela se semiesconde entre abedules y nogales la "casa rural", donde no falta un asador en el jardín. Más allá, un silencioso bosque de fresnos frondosos.

De las tres casonas que cierran la hipotética plaza la más grande es la de Loperena, construida por Ramón Astiz en 1815, con cuatro cuerpos, escudo, dos longos balcones corridos al sur, dos grandes puertas orientales y una tercera en la fachada norte, junto a un pasadizo alto hacia la huerta.

Por la parte más empinada del lugar hay varias rampas para llevar el heno a los henares, así como varios silos adosados a las casas. Cántaras y vasares aguardan para la recogida de la leche cerca de las entradas. Muchas pilas de leña partida. Y varios perros sueltos y ziquiñosos.

Veo placas del Corazón de Jesús en muchas puertas. En una de las casas mejor renovadas, en la punta noroeste, la imagen sacra se hace bajo relieve dentro de un óvalo que preside en el segundo piso de la mansión.

Algunas viviendas están vacías. Otras en plena restauración.

La vieja casa de Goldaracena fue ampliada en 1772 por Miguel Francisco Juanmartiñena hasta los tres pisos de altura, con piedra sillar en la planta baja, esquinas y vanos, arco de medio punto con intradós cajeado y escudo del Valle de Larraun. Durante la guerra de la Convención las tropas francesas, que ocuparon el valle, quemaron puertas y ventanas, destruyeron los vallados de las heredades y devoraron ganados y frutos.

Cerca de la casona, adornada por un pequeño jardín, está ya sin agua la fuente de piedra, erigida en 1883, a expensas de Don José

M. de Juanmartiñena, que sufragó también la traída de aguas hasta aquí, así como la carretera abierta hasta la Venta de Muguiro.

Fue este José María el fundador del cercano monasterio dedicado a la Santísima Trinidad, cuyo molino de campanas está ya llamándonos a la fiesta.

Nacido en San Sebastián el año 1822 y muerto en San Juan de Luz en 1895, fue, por vía materna, nieto de aquel licenciado Juan Martín, que llegó a ser un importante hombre de leyes, negocios y de influencia política en Méjico, e hijo de Martín Isidoro, también emigrante al mismo país americano, retornado en 1822. Ingeniero civil, formado en Francia, Inglaterra y Bélgica, construyó en 1857 una importante y novedosa fábrica de hilaturas de lino en Rentería.

Casado con su prima carnal Juana Josefa, tuvieron un niño que murió a los pocos meses. Adoptaron entonces una niña, hija huérfana de un obrero de la fábrica, Josefita, que entró en el convento de agustinas de la misma villa guipuzcoana.

Cuando Josefita pidió a sus padres adoptivos la fundación de otro monasterio de la Orden en Aldatz, éstos no pudieron negárselo. Si habían sido tan generosos con el colegio de Lecároz, o con los seminarios de Pamplona, Vitoria y Bayona, amén de otras cien obras pías, ¿cómo iban a oponerse a levantar una casa religiosa en el pueblo de sus antepasados?

Al convento de Aldatz se unió, cuatro años más tarde, la fundación de otro de clarisas en Lecumberri.

Con la solemnidad propia del tiempo, se inauguró el monasterio agustino, aquel día de Dios, 11 de noviembre de 1891. Se había construido en una finca de José Francisco, dueño entonces de la casa Goldaracena. Carlista fervoroso, había sido miembro de la Diputación del Reino de Navarra desde 1872 a 1876, y representó durante la guerra, en la localidad fronteriza de Urdax, los intereses de don Carlos, a quien había hospedado dos veces en su casa. Pio IX le otorgó, por su parte, el título de caballero de la Orden pontificia de San Gregorio Magno.

Es un vasto edificio cuadrado, de dos plantas, abierto interiormente en galerías sobre el claustro y huerta de tres robadas, con muro de cerca. Al templo, de estilo neorománico, se adosa una capilla sepulcral, con dos tumbas de mármol, de las canteras locales, destinadas a los fundadores y familiares, cuyos nombres y fechas de defunción quedan inscritos allí. La donación comprendía también un capital de doscientas mil pesetas nominales en ocho títulos de la deuda perpetua interior de España, al cuatro por ciento anual. . .

Más de 1.200 personas, llegadas de Navarra, Guipúzcoa y sur de Francia pasaron aquel día bajo el arco frondoso y el saludo *Ongi etorri: Bienvenidos,* alzados a las puertas del cenobio. Una ausencia notoria: los dos fundadores se quedaron en Rentería. No quisieron acaparar la gloria de la jornada.

Era todo un estilo. Caballero también de la Orden de San Gregorio, José María nunca lucirá la medalla ni vestirá el traje de etiqueta. Conde de Aldaz por concesión de Carlos VII, el 9 de mayo de 1874, como premio a sus cuantiosas contribuciones de todo género a la causa carlista, y beneficiario, cinco meses más tarde, de la medalla de Carlos VII, de plata, jamás hará uso del título ni ostentará la condecoración sobre el pecho. La humildad le impedía todo emperifollamiento.

Cuando los invitados se fueron por la tarde y se apagó el último rumor del festejo, quedaron en la clausura siete religiosas, llegadas del convento guipuzcoano, bajo la dirección de la hija adoptiva de los fundadores, ahora Josefa de la Presentación de María. Entre ellas estaba la jovencísima Paula, hija de José Francisco Juanmartiñena, y Antonia, antigua sirviente de la casa. Cinco novicias entraron al día siguiente.

Pero hoy hemos venido aquí a la profesión de Conchita, natural de Lecumberri, que pasó muchas temporadas en Mañeru, el pueblo de su madre, muerta muy joven. De las 87 religiosas que vivieron y viven en el monasterio, ella es la última en profesar. Aldatz, Erasun, Arrarás, Leitza y Oroquieta son los pueblos con más vocaciones en esta casa.

Hermanos, parientes, amigos, vecinos, llenamos la iglesia, y seguimos la conmovedora liturgia de la profesión solemne, desde la petición de la profesa hasta la entrega del velo y del anillo.

Aquí están muchos de los vecinos del Valle, cristianos viejos, que asistieron a la conmemoración de los centenarios del convento (1991) y de la muerte del fundador (1995), cuando se presentó el libro del periodista Félix Carmona, *José María de Juanmartiñena,* bien compuesto sobre la base de trescientas cartas conservadas, y de la *Crónica*, dejada manuscrita por la agustina Paz Labari, natural de Urzainqui.

Terminada la esplendorosa ceremonia, que nos evocaba los antiguos relatos de las santas abadesas, Conchita, nimbada por el fulgor eucarístico de su nuevo nombre ha querido darnos a todos, con su cara de bendición, algo de la gracia divina que la desborda.

En el reducido locutorio gustamos luego, apretadamente, unas delicias merendiles, que tal vez ha traído de tapadillo algún ángel, en guisa de dama elegante y devota.

A la vuelta, los pastizales nos parecen más verdes aún, más pingües.

Los bosques más animados.

El sol vesperal de septiembre derrama una luz contagiosa y jocunda, como en los días de las grandes festividades de los santos, cuyas vidas conocemos.

OTOÑO EN LA GRUTA DE MASSABIELLE

Aquella mañana diciembreña, alborozada de otoño, había mucha gente en la catedral de Pamplona. La campana grande sonaba a solemnidad extraordinaria, de ésas que caen fuera de la gallofa, dejando una voz profunda en el alma.

Recordaba yo aquella otra mañana de 1946, nueva y gloriosa, siendo todavía un niño traído a Pamplona por mi madre a ver la fiesta de la coronación de Santa María la Real. Venían las Vírgenes, como decíamos entonces, de cada pueblo y de cada ciudad de Navarra a Pamplona, en coches engalanados, o en andas, con mucha gente vestida de trajes típicos o de fiesta, en filas o en corros, cantando y rezando. Y después, aquella concentración multitudinaria en la plaza del Castillo –¿en qué balcón estaba yo?– oyéndole al tío Agustín, canónigo recientísimo, gritar en el *sermón* aquel *Real, Real, Real Santa María*… entre el silencio entusiasta de la gente. Y allí, en el altar central el obispo don Marcelino, al que le había visto en mi pueblo, y el conde de Rodezno, que decían a mi alrededor, y yo no sabía quién era, y el nuncio del Papa poniéndole la corona a la Virgen. Después de muchos años y de haber visto tantas concentraciones y peregrinaciones por el mundo, todavía confundo en mi memoria aquella plaza del Castillo de Pamplona con Roma, Jerusalén, Guadalupe, Lourdes, Fátima, Loreto o Chestokowa.

Ahora, en tiempos ya postconciliares, técnicos y democráticos, todo fue mucho más sencillo, cotidiano y hasta vulgar. Habían traído discretamente a la catedral, *en embalajes y transporte adecuado*, con seguro contratado, el Ángel de Aralar, la Virgen de Roncesvalles, la del Puy, la de Codés, Santa Ana de Tudela –que nunca había dejado su altar tudelano–, la del Yugo, la de Ujué y una reliquia de San Francisco Javier, representando así los ocho templos jubilares de Navarra. Eso sí, todas la imágenes eran las auténticas y las recibía, como hace 54 años, Santa María la Real, ya coronada y anfitriona de la peregrinación jubilar.

El arzobispo, piloto de tres naves de oro y luz, aclamaba también *Real* a Santa María. Las cinco tallas peregrinas eran *cinco resplandores de la misma Estrella*, *cinco latidos del corazón de Madre*, *Madre de nuestra fe*, *de nuestra vida y de nuestra esperanza*.

Del cielo ha bajado
la Madre de Dios…

cantaba la Capilla de Música de la catedral. Y plegarias, textos parenéticos, históricos y musicales intentaban unir tradición y actualidad, lo popular y lo sublime, la fe, las galas del arte y las realizaciones de la historia. Para, en definitiva, volver a la nueva Jerusalén:

Qué alegría cuando me dijeron
Vamos a la casa del Señor…

Y siguió torrencial el órgano.

Casi dos meses antes organizamos un viaje familiar a Lourdes, probablemente el último viaje familiar de un cierto aliento.

Lourdes está ahora a un paso, y no lo digo sólo por mi amigo de Orbaiceta que acostumbra a ir allá apeonando o pedaleando en cualquier ocasión del año. Cuando la primera peregrinación de mi pueblo a ese santuario mariano, a todos les pareció una aventura viajera, no apta para niños ni muy mayores. Viaje imborrable. A pesar de nuestro patriotismo antifrancés, hacíamos aspavientos de lo que íbamos viendo y oyendo, que no entendiendo: los pueblos de Francia tan bien cuidados; las carreteras tan bien coordinadas; aquellos platanazos de los bordes, cinco veces más altos que los de Mañeru; las estaciones de servicio… Sólo que el hotel al que íbamos estaba ya lleno y hubo que pasar la noche donde se pudo. Hubo un alboroto general, y nuestro patriotismo español subió de grado.

–Una noche no es nada,

decía el buen párroco queriendo hacer pasable el salchucho.

–Una por una es una en toda tabla de multiplicar,

respondía enojado el cortador, que era grueso y tenía a veces malas purnias.

Vamos ahora recordando todo aquello como si hubiera ocurrido hace dos siglos. Está la mañana otoñal ancha, florecida y olorosa. Llegamos en un santiamén a la Venta de Mugiro. De nuevo está pintarrajeáo el panel del mirador de Azpíroz. Pronto, los variados pasos de la frontera. Amargas peripecias quedaron después borradas por el gozo de entrar en *la dulce Francia*, hoy entrañable terreno común europeo, unos de los muchos paraísos del mundo. San Juan de Luz y sus verdiazules delicias, campestres y marítimas. Reaparecen una y otra vez los gigantescos plátanos de aquel primer viaje, que tantas veces contemplé después, tan altos o más, en la Orangerie de Estrasburgo y a orillas de otras carreteras antiguas.

Dax, la ciudad termal y cruce de direcciones, está plenamente otoñeada, y alcanza su mayo gradación en los arces y tilos. Su paseo principal es un oleaje de colores. Entramos pronto en ese mar interior de maizales del sudoeste francés, con algunas pequeñas islas de colinas con fenadales, bosquetes y pueblos camineros, guiados por sus torres. El paisaje es una gran ave exótica posada en tierra que a veces parece levantar el vuelo. Pasan caudalosos y ya calmados los ríos pi-

renaicos, fríos y nivales, buscando las llanuras que les den sosiego y forma de llegar al mar. Las últimas hojas de los chopos parecen pájaros. *Les vignobles de Béarn*, en los que sólo quedan los redrojos. Entramos en tierras de los Albret, donde pueblos y palacios, sotos y caminos nos recuerdan alguna aventura guerrera o amorosa del *vert galant*, nuestro último rey Enrique de Borbón y Albret.

Sauveterre, Navarrenx, Orthez. Y después Lescar, Pau, Morlaas, Nain, Coarraze,… lugares históricos borbónico-albretianos que el viajero ha ido visitando con mimo y describiendo con nostalgia

Indicadores de la entrada a Pau por los cuatro costados. Galería frente a los Pirineos centrales, es tan luminosa la ciudad, tan acogedora, que es mejor no verla, si no se puede entrar en ella. A sus innumerables y ejemplares jardines de plantas y flores el otoño de sus muchos árboles les gana en intensidad y en melancolía creadora. Dirección a Bétharram: me evoca la reciente visita a la tumba de san Miguel de Garicoits, nacido en el caserío de Ibarre. Nos paramos en las cercanías de Lourdes para meter algo al coleto.

Villas con rozagantes cedros y místicos abetos. Parras vírgenes en tapias y cercas decoradas por el *óxido de octubre*. Cientos de tilos lineales chorreantes de otoño en las avenidas y calles de entrada. Hacia el cielo, bóvedas coronadas de cruces, torres y altos bloques de viviendas. Y defendiéndolo y vigilándolo todo, el castillo dominador –ahora castillo museo–, arrebujado entre nieblas, de los condes de Bigorra.

Estampa verde gris de una pequeña ciudad turística, comercial, deportiva, religiosa, a la vera del río pirenaico (*gave*) y acampada entre altas montañas boscosas. Iglesias neogóticas, aparcamientos, hoteles *(hotel d'Espagne, hotel d'Albret…)*, buganvillas, residencias, museos, hospitales, macizos de hortensias, bancos, huertas… El clima no es aquí esta tarde el de esta mañana en Pamplona o Dax. Hace frío y cuelgan desde el cielo finos telares de lluvia a punto de descoserse.

La primera vez que vine a Lourdes, cuando desconocía el mundo por completo, me escandalizó la extensa calle de la Gruta –*rue de la Grotte*– hasta el puente de San Miguel, prieta de tiendas, hoy comercios o establecimientos comerciales, en una especie de muestra permanente de *souvenirs* (recuerdos afectivos hechos objetos venales): vírgenes de Lourdes, cristos, santos, crucifijos, papas, cruces, estampas piadosas, rosarios, grutas, bernardettes… Y las inevitables fotos, máquinas de fotos, postales, álbumes, cuadros, libros, vídeos… Ahora bien, en una ciudad libre de un país libre y rico, el único rigurosamente laico de la Europa occidental, con pluralidad de valores y creencias, hecho a comprar y vender, a elegir lo mejor y dejar lo peor, ¿quién quiere y puede impedir tamaño despliegue?

Pero Lourdes no es sólo una hilada de comercios de *objetos religiosos* en la calle de la Gruta. El camino hacia ella y su entorno junto al río hacen un espacio atractivo donde el otoño ha hecho su exposición anual de castaños, tilos, tuyas, cedros, pinos, cipreses y abetos, solemnes aquí como árboles sagrados. Encuentro esta vez todo muy nuevo. El año santo jubilar ha sido sin duda un estímulo para la renovación y actualización de toda clase de servicios, desde los higiénicos y organizativos hasta los de información.

La tarde se vuelve cada vez más fría, casi desnuda, y comienza a molliznar. Poco previsores, no hemos traído ni paraguas ni ropa suficiente. Vamos hasta la enorme explanada de las procesiones, donde se espesa un gentío. Es el *día* de unas cuantas ciudades italianas y francesas. Desfilan grupos compactos con sus trajes castizos y sonoro aparato musical. Jinetes montan caballos enjaezados y se colocan frente al altar. Muchos estandartes y banderas al aire. Sonorean campanas innumerables Comienza una paraliturgia jubilar con saludos, lecturas, plegarias, canciones. Arrecian la lluvia y el frío. El ser más frágil de nuestra comitiva está a punto de desfallecer y hay quien se quita el chaquetón para impedirlo, sin tener que llamar a la enfermera del equipo más cercano.

Nos refugiamos en el espacio sacro de la Gruta de Massabielle, bajo la roca maternal y ahumada, en su silencio acompasado por el suave salmo del río, bajo el encanto de la Inmaculada Concepción, que arrobó a la niña Bernadette Soubirous y ha seguido arrobando –el mayor y mejor de los milagros– a muchos millones de personas desde entonces: cinco cada año ahora mismo. Bajo la talla de la Virgen, dalias y lirios, margaritas y claveles, cirios llameantes, y una densa presencia de convicciones y propósitos, de memorias y esperanzas, de sueños y emociones.

Del cielo ha bajado
la Madre de Dios…

EN EL HOSPITAL SAN JUAN DE DIOS

El hospital de San Juan de Dios, regido por los Hermanos del santo fundador, levantado sobre las Ripas de Beloso, tiene, a la entrada, un aire de plaza de pueblo con balcones, donde entran y salen las gentes y los coches; centro de un poblado de pinos, cedros, y acacias de Constantinopla, y unas villas nuevas, cercadas de jardines galantes.

En algunos ratos libres salgo y paso entre las parras vírgenes y los castaños de Indias de la estrecha calle Ripaburua y me llego hasta Mendillorri, ya acabado y cabal, y subo hasta el viejo palacio y el lago nuevo, entre hayas que otoñean en el resbaloso verdor de los yerbines.

El otoño nos circunda y nos asciende por las cercas del alma. En uno de los balcones toman el sol, alegres, unos jóvenes que sorben la vida a chorros. Entre las jardineras de la entrada juegan unos chicos, hijos, nietos o sobrinos de algún enfermo, que les ha dejado la vida para que le sobrevivan lo mejor posible.

Cuando mi abuelo estaba grave en la casa del pueblo, el tío Agustín, su hijo, a quien ahora acompañamos, escribía las páginas de uno de sus libros. Ahora escribo yo estas páginas cuando mi tío y otros

muchos enfermos como él se restablecen de su enfermedad, o se preparan, serena y lúcidamente, para la hora bendita de la muerte.

No nos consuela y, menos, nos explica algo la logomaquia del viejo Epicuro, aducida, muchos siglos después, por Feuerbach: *La muerte no puede afectarnos en nada, pues lo que ya ha perecido carece de sensaciones, y lo insensible no es nada para nosotros.*

Para ellos y todos sus discípulos el valor supremo al que hay que subordinar cualquier otro valor es el hombre-humanidad, *la eterna juventud de la humanidad.* A la devaluación de la persona sigue lógicamente la devaluación de la muerte y de la inmortalidad personal.

Pero, al negar o dejar a un lado la supervivencia, lo que se niega o se deja a un lado es la entraña de la muerte, de la propia muerte. Sabemos bien que mueren *los otros.* ¿No tendré yo nada que ver, no tendremos nada que ver *nos-otros* con eso?

Muchas pensadores de nuestro tiempo, desde Heidegger a Ricoer, desde Bergson a Bloch, han abordado las vacías dimensiones de la muerte, que, tras la segunda guerra mundial, no ha dejado de ser una actualidad en el escaparte filosófico y cultural.

Porque la pregunta sobre la muerte es ante todo la pregunta sobre el sentido de la vida.

El hombre no es sólo un ser biológico que va hacia la muerte sino que él, y sólo él, sabe que muere. Por ende su vida tendrá sentido en la medida que lo tenga la muerte, y viceversa. ¿Pasión y resurrección o *pasión inutil? ¿Para qué todo esto* –se preguntaba noblemente el filósofo neo-marxista Adam Schaff–, *si al fin hemos de morir?*

La pregunta no sólo se cierne, como se ve, sobre el sentido de la vida personal sino sobre el sentido de toda la aventura humana. Hay una muerte personal y una *muerte total*, como le llamaba Engels, de la humanidad entera. ¿Prevalece, pues, y definitivamente, la naturaleza sobre el hombre?

¿De qué sirven los imperativos absolutos de dignidad, justicia, libertad o solidaridad, si los sujetos son contingentes y mortales? ¿Qué son todos esos valores para los hombres que mueren sin ellos y hasta por ellos? ¿Qué derechos tendremos los que quedamos aquí? Con razón se interrogaba Garaudy: *¿Cómo puedo ofrecer éticamente un mundo nuevo para todos, si no ofrezco a todos la oportunidad de disfrutar de este mundo?*

El *reino de la identidad* (Bloch) del futuro queda bloqueado mortalmente por la muerte. ¿Seremos capaces de desbloquearlo o de adelantar esos contenidos del futuro al presente? ¿Podremos ser sujetos de la esperanza o sólo inútiles objetos de la esperanza de otros? ¿Será sólo la especie humana futura la que podrá esperar por todos los que hayamos sido?

Si la muerte deja a un lado o niega la inmortalidad, ¿qué se ha hecho de la persona? Si el ser humano no es aquél irrevocable e irreversible, que analizaron los filósofos y exaltaron los artistas, cuánto tiempo perdido por todos ellos. Si la persona ha sido reabsorbida por la naturaleza, estamos ante una peripecia más del natural otoño del mundo. Nada de aquella *tragedia absoluta* de la que habló Kadakowsky.

La razón parece impotente frente a la necesidad de la muerte y la necesidad de la victoria sobre la muerte, y busca otras vías transracionales. Porque, como decía Unamuno, que de esto sabía algo, *ni el sentimiento logra hacer del consuelo una verdad, ni la razón logra hacer de la verdad un consuelo*.

Si la aniquilación o la sobre-vida fueran certezas racionales, no habría lugar a la esperanza, que es la fe activa y anhelante.

Muchos filósofos de nuestro siglo, agnósticos o ateos, hablan de la *trascendencia* como alternativa a la idea de la muerte, de ese *anhelo de no desaparecer totalmente*. Pero *¿quién* trascenderá la mortalidad?

La Biblia no habla de la salvación espiritualista del alma sola.

Habla de una salvación del hombre entero –cuerpo y alma– y de la comunidad humana. De una salvación histórica y cósmica.

La muerte del hombre –según Juan Luis de la Peña, nuestro máximo teólogo, escatólogo, recientemente fallecido– compromete seriamente no sólo la identidad del hombre, sino también la identidad de Dios: del Dios que ha creado al hombre por amor, del que lo ha conservado y salvado. La fe en la resurrección surge en la Biblia de la fe en el *Dios de vivos y no de muertos*, que no puede dejar en la estacada a los mártires macabeos, ni a Jesús, el mártir entre los mártires; de la honda convicción de que la libertad y la justicia no son valores perecederos; de que el amor es más fuerte que la muerte.

La mañana ha sido, como todas en clínicas y hospitales, trajinera y veloz, con el desayuno y la comida tempranos y frágiles, y las cien visitas de médicos, enfermeras, y los múltiples servicios de la casa, además de las visitas externas, casi nunca anunciadas. Apenas si el enfermo, que ha ojeado a primera hora los periódicos, ha podido descansar un rato seguido.

La tarde ha sido un poco más reposada, entreverada de visitas de gentes amables, empeñadas algunas en considerar al enfermo un miembro normal de la comunidad ciudadana. Hemos podido leer un poco, rezar otro poco y ver un informativo de la televisión: ese mundo normal, ya tan lejano. Por el balconcillo que da a occidente nos invitaba a la vida la belleza romántica del atardecer otoñal.

La noche se nos viene pronto entre los altos de Goñi y la sierra de El Perdón y nos vende baratas las máscaras tradicionales de la muerte. Pero ya hemos quedado en que la muerte, en una u otra visión, no es así. Es de color otoñal maduro.

Mejor, de mañana de otoño con sol.

CAMPOSANTO JUNTO AL RÍO

Junto al río Duero, en su dilecto Portugal, comenzaba don Miguel de Unamuno, el 26 de junio de 1907, un poema con ese mismo título:

Corre a tus pies el río, camposanto,
y su eterno rumor el sueño eterno
–¡reposo al fin del río de la vida!–
mece a tus muertos.

Vuelvo una vez más al camposanto de Pamplona, junto al río Arga, donde tengo enterrados o cremados tantos familiares, amigos, compañeros y conocidos. Con ellos se enterraron o cremaron parcialmente zonas enteras, tal vez las más íntimas, de mi vida. Hecha jirones la tengo también yo a fuerza de despedidas y desgarros: memorial de lápidas, soto de cruces.

Pero de todos esos seres queridos y de muchos otros que reposan en otros campos santos recibí y conservé tantas herencias, vivencias, ejemplos e incitaciones, que soy rico de ellos, me siento poblado y repoblado por ellos, mientras espero encontrarnos pronto en el mismo cielo, en el seno paterno-materno de Dios.

Llega noviembre y los que aprendimos de la liturgia católica a vivir nuestra fe en la secuencia natural de los días, los meses y los años, particularmente visibles y tangibles en los pueblos agrícolas, siempre lo vemos y lo veremos como el *mes de los difuntos*, que comenzaba con la sombría *novena de las almas* y terminaba con los clarores esperanzadores del Adviento, que anunciaba la luminosa Navidad.

Ahora que los cementerios se van haciendo cada día menos necesarios y que en los lugares más recónditos y lejanos se ocultan las cenizas y el recuerdo de muchos muertos queridos, igual de lo que sucede en otras latitudes culturales, la pálida e irisada amarillez de noviembre no nos concentrará sólo en los piadosos y eternos ritos del día 1 y del día 2, sino que nos hará extender la atención mucho más allá: hacia el sentido vivo y ejemplar de la muerte, que es la primera lección, a veces difícil de aprender, de nuestra condición humana.

Leo unas sorprendentes páginas de Salvador Dalí en un capítulo titulado *La muerte*, ahora que comenzamos a celebrar el centenario del genio. En ella da la vuelta a lo dicho por el poeta Rilke, que todos morimos de nuestra propia muerte, para sostener más bien que todos vivimos de nuestra muerte propia. Influido por el ateísmo de su padre y su formación materialista, se declara católico sin fe, que se va por las ramas de la ciencia para acabar volviendo al dogma. La física le enseña poéticamente la vida eterna, pero duda que sea una vida eterna individual, que tenga una forma concebible para nuestra naturaleza viva.

Como muchos años antes Unamuno, y, por qué no decirlo, tantos de nosotros, que necesariamente dudamos con la sola razón y creemos hondamente con nuestra débil fe, el pintor y escritor de Figueras, tan español, lucha contra esa duda:

Visceralmente me rebelo. Exijo una vida en el más allá pero con permanencia de la memoria (...) *Deseo la inmortalidad, sin duda alguna, pero también el deslumbramiento, la dilatación, la magnificencia abstracta.*

Sin embargo, la idea de que yo pueda adquirir otra forma, aunque sea gloriosa, me resulta francamente desagradable.

Tal vez el autor del *Cristo de San Juan de la Cruz* no llegó a ver del todo compatibles la doctrina paulina del *cuerpo espiritual* resucitado con la sencilla fe de la Iglesia de que resucitaremos *con los mismos cuerpos y almas* que tuvimos. O quizás esa imposible representación no alcanzaba a sus ojos la plasticidad que como artista le exigía.

Dalí, aunque la desea escondida, ve a la muerte cada día más desconcertante, fabulosa y extraña. Piensa en ella sin cesar y la relaciona con todos sus actos creadores. Cuanto más consciente es de la sublimidad de la existencia, más siente la presencia de la muerte, y cuanto más se afirma esta presencia, mejor vive y más crece su alegría fundamental.

No de modo esencialmente diverso sintió y vivió la muerte don Miguel, quien, tres años después que el poema antes citado, escribe otro a la muerte, *la santa muerte*, a la que pide –*¡tu seno es dulce, tu mirada horrible!*– que venga para apretarnos a oscuras a su seno, pero sin dirigirnos la mirada:

¡Oh Muerte, casta Muerte, madre de la vida,
ten piedad de nosotros!
¡Ven con paso pausado y silenciosa
escoltada del sueño
y en tus brazos aduérmenos!

Extraño a mis reflexiones, el río sigue su ruta, espejo de la vida, símbolo común y literario de los que un día amaron y esperaron, y al fin hubieron de morir.

CARRASCAL DE RÍPODAS

Dejamos atrás las choperas temblorosas del Irati, el otero con la villa de Lumbier, la ermita blanca de la Trinidad. Unas juguetonas nubes bajas rozan casi la dura piel del azulenco Arangoiti.

Vamos hacia Rípodas entre viñas rojizo-moradas, que van tomando el color de los lagares.

Junto al doble puente, de piedra y cemento, sobre el Areta, que se abre paso horadando ripas margosas, un soto de plátanos, chopos y acacias celebra la plenitud otoñal. El barranco de los Conejares desagua aquí y es ahora sólo un remanso entre juncos.

La pista amplia y ascendente hacia el plano coincide en su inicio con una cañada (traviesa T-13) a la vera del barranco, arañado de aliagas, endrinos, matorrales y algunas zaborras del viejo vertedero, ya clausurado.

Las aliagas, los enebros, los tomillos, los agavanzos y sobre todo los bojes nos acompañarán por buena parte del trayecto. En el plano unas alondras regocijan el aire. Dejamos de lado un corral

abierto, hecho de bloques de cemento y de chapa. A un terreno baldío siguen, en una vasta extensión, otras tierras sementales, un campo de girasol y viñas nuevas de parras altas.

A nuestras espaldas, piezas de tierra blanca y un pinar incipiente sobre un cerrillo, alrededor de un depósito de aguas. Más allá, las arboledas otoñadas a los pies de San Vicente, que el viajero visitó amorosamente hace poco, y próximo al lugar de Rípodas, que veremos después.

Balan como dolidamente unas ovejas desde otro aprisco montado en un altillo, entre acacias, con tejado y puerta de uralita y montones de pacas de paja cubiertas de lona negra. Nos separa un largo bojeral con algunas aliagas y algunos grandes enebros.

Un poco más adelante, junto a un barranquillo, encontramos un rebaño con un pastor joven, que deja trasparecer la cansera del día, y un pequeño perro azuzador, que va aculando y arrechuchando al rebaño retuso hacia el corral cercano.

– Buenas tardes.

– Buenas tardes.

Una discreta senda nos abre el portillo del carrascal casi al comienzo del mismo.

Dicen los libros, y también este folleto de Iñaki Cortés, Mikel Madoz y José Etxegoyen, dentro de la excelente serie de *Senderos por el Pirineo Navarro*, que la encina-carrasca *(quercus ilex ssp. ballota)* es muy resistente en suelos someros y resistente a la inmersión, tiene mucho temperamento y vitalidad, rebrota en caso de incendios o talas, su madera es densa y compacta y de gran poder calorífico.

Desde el primer momento una turbamulta de moscas molestas y zumbonas, gente soez y mal nacida, nos tratan como a rehenes y no nos dejarán hasta que salgamos de su dominio mosqueril. Ni manos ni pañuelos ni el trote ni el galope nos libran de ellas. Así que con ellas y contra ellas tenemos que recorrer el corto y divertido– si no

fuera por las moscas– laberinto carrasqueño, con su sotobosque de bojes y enebros, viburnos, ollagas, ruscos, musgos, escabiosas, ranúnculos y setas grandes y blancas. Si no fuera por las moscas, sería cosa de detenerse y deleitarse en todo ello.

Salimos del carrascal con las últimas moscas aún encima, y retomamos la vía pecuaria, que, muy borrosa, discurre entre pequeños bojes al borde del cerrado boscoso, sito en el término llamado Berbinzana. La concentración parcelaria no ha dejado un mal árbol en todo el espacio campal que divisamos, ni una ezponda, ni un matorral; sólo una ligera tira de tierra elevada salva un breve boscaje. Brillan las luces recién encendidas de Lumbier y las de algún coche en la carretera hacia Domeño. Unas nubes se refugian en las templadas cumbres de Izaga y unos cúmulos color vino clarete van desvinándose en el extremo occidente.

La primera luna grisplateada se escurre entre nubes erráticas que conduce algún viento alto y desconocido. Lo cierto es que, una vez vista la luna, entendemos mejor el paisaje lunar del que habla nuestra guía manual: una superficie margosa y acarcavada, formada de mogotes y canalillos abiertos por el agua, resultado de una sobreexplotación que llegó hasta la quema de arbolado para el pastoreo. Si uno mira bien, encuentra figuras animales de marga hasta componer un inquietante tablado zoológico, sobre todo a la luz de la luna. Caminamos ahora por el fondo de la barranca y enderezamos a dar con la pista mientras oímos los quejumbrosos balidos que parten del próximo corral.

El Areta es ahora sólo un rumor, y el doble puente, el del viejo ferrocarril y el de la actual carretera, toda una aventura, cuando se agota la sincera luz del día:

Nox atra cava circumvolat umbra

(La negra noche vuela envolviéndonos con su sombra).

El viajero no puede dejar de visitar el lugar de Rípodas, antes o después de recorrer, con moscas y todo, su carrascal.

Hay unos jóvenes jugando en el frontón, verde despintado, al que separa de la carretera una especie de era verde vivo con juncos y agua. Muy cerca se alza un crucero gótico rematado en una cruz con dos figuras muy rústicas de Cristo y de la Virgen.

Documentado en siglo XII como *Arripodas*, nombre de pura raíz latina, estuvo el lugar, como dicen los libros, en manos de Carlos de Beaumont y sobre todo de Carlos de Artieda, que era el señorín de la zona.

En pie queda el palacio, cabo de armería ya a comienzos del XVI. Fue después, entre otros, de los Raja y Liédena, y, a partir de 1695, de los Ramírez de Baquedano, señores de San Martín y Ecala. Lo llevaron como uno de sus títulos a las Cortes navarras hasta 1801.

Compuesto de sillar, sillarejo y ladrillo, y muy reformado, es un bloque de tres plantas y tres torreones muy menguados en las esquinas. Un portalón de medio punto y escudo destruido en la clave rasga la fachada principal, que mira a poniente. Sobre la puerta de madera aún dura una placa de una casa de seguros, con sede en París. Las ventanas del primer piso y del ático están cerradas y con cristales. Se asoma una ventana enrejada por el lado norte.

El palacio está bien cercado de saúcos y yedras y espera sin duda a su señor del siglo XXI.

El poblado actual, con una treintena de habitantes, se divide en el Barrio de Arriba y en el de Abajo, con sus serpenteantes calles respectivas. Del listín de teléfonos, tres son del primero y cuatro del segundo. Un amplio espacio, con cardos silvestres, ortigas y juncos, los separa.

En el Barrio de Abajo está la iglesita protogótica, con un bonito atrio exterior, con cerca de piedra y tres puertecillas de hierro forjado, la oriental arrancada. Yerbín espeso, tréboles blancos, acacias y viburnos. La cabecera recta está oculta por el frontón adosado, de donde resuenan tremendos los pelotazos. Me gustan sobre todo el Crucifijo renacentista, traído de Marañón; la también renacentista Virgen con Niño, de factura popular y vestida de dama cortesana, y

sobre todo la pila bautismal gótica, decorada con motivos bíblicos, y en la que los Baquedano dejaron, pretenciosos, su escudo de tres fajas y flor de lis.

Cerca de la iglesia hay una casona noble con el anagrama de Cristo en la clave de la portada, rodeada de plantas y flores, y con terraza nueva hacia el sur. Fronteras a ella dos casas unidas, sombreadas por un aligustre, lucen en sus claves de entrada sendos escudos con las armas de los Baquedano. Unas cadenas férreas de Navarra, sin corona, pretenden ser un escudo *sui generis* en la pared oriental.

En el Barrio de Arriba, más descuidado, hay unas casas nuevas y otras rehechas entre huertos, árboles y plantas. Sobre la chimenea de una de ellas, una bruja piruja con escoba. Al final de un callejo al sur del palacio hay una casa abandonada, con el anagrama susodicho en escudete y la leyenda de 1646. Tan abandonados como ella parecen unas higueras, unos saúcos, una carretilla...

Sube un ruido atronador desde el río Areta, alanceado de choperales y ribeteado de huertos, donde un hombre riega sacando agua con motobomba.

Al oriente del pueblo cuelga el cementerio de un altillo, con dos cipreses en vela.

ESPÍAS CONTRA HITLER EN NAVARRA

Sir Samuel Hoare visitó muchas ciudades españolas. Pero, según sus memorias, *la más interesante* de entre las visitas al Norte de España fue quizás la que hizo a Pamplona durante las fiestas de San Fermín de 1941. Para el embajador británico Navarra era *la patria* de los *mejores amigos en España* que tenía el Reino Unido. Según el mismo diplomático, los navarros, que viven de la historia romántica de su pequeño país, no olvidan que la princesa Berengaria (Berenguela) fue reina de Inglaterra, ni la época en que el ducado británico de Anjou era su vecino inmediato. Una prueba de esa estrecha intimidad lo había visto en el orgullo con se mostraba en el museo provincial uno de los manuscritos más antiguos del rito de la Coronación inglesa.

Pero a Hoare le interesaban más las relaciones Navarra-Inglaterra en tiempos más próximos. Recordaba que en la guerra de 1914 el pretendiente carlista don Jaime de Borbón tuvo el rango de coronel de un regimiento ruso e indujo a una gran parte de sus partidarios a ponerse al lado de los Aliados, frente a los pocos partidarios de Alemania, encabezados por el tribuno carlista asturiano Vázquez de Mella.

Como el hotel estaba lleno cuando llegó el embajador, se hospedó en casa de don Joaquín Baleztena, *el jefe militar y civil de los tradicionalistas y cabeza de una de las familias más respetadas de Navarra*. A tan ilustre huésped le llamó la atención las boinas rojas y las grandes patillas de los hombres mayores de la casa, imitando a sus antiguos caudillos; los innumerables hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas que le rodeaban noche y día, y la religiosidad intensa y cotidiana de todos ellos. Le sorprendió asimismo la simpatía que mostraban por Gran Bretaña, y hasta tuvo que declinar de mala gana, por razones de discreción política, una exhibición de danzas que pretendían ofrecerle un grupo de *bailarines* (probablemente de la *Peña* pamplonesa, el Muthiko Alaiak) y el brindis de un toro por el torero triunfador de la Feria, al que recibió después en su residencia pamplonesa.

Entre encierros, actos religiosos, corridas de toros y otros festejos, Sir Hoare mantuvo conversaciones con todas las autoridades: el gobernador civil, un *falangista joven* (José López-Sanz Alamán); el alcalde de Pamplona (Justo Garrán Moso, escritor católico y foralista, monárquico independiente); el general (el madrileño José Los Arcos Fernández), *un monárquico ferviente;* el conde de Rodezno (Tomás Rodríguez Arévalo), *presidente del consejo regional y la principal figura política de Navarra*, y el obispo (Mons.Olaechea), *uno de los enemigos más convencidos del nazismo en el episcopado español*.

De las conversaciones con el conde y otros dirigentes carlistas sacó el embajador la impresión de que los carlistas navarros en su mayoría se hallaban *completamente dispuestos a aceptar a don Juan*, pero querían juzgarlo antes *por sus actos y sobre todo por los consejeros de que se rodeara*. El obispo, por su parte, le habló extensamente *de la amenaza que significaba el nazismo para la cristiandad*. Le ponía *particularmente nervioso el temor de que se intentase arraigar el nacionalsocialismo en España*, y llegó a confiarle que, si se realizara tal intento, *los obispos españoles deberían luchar abierta y colectivamente contra él*.

Durante los cuatro días de estancia, el representante británico afirma haber visto sólo un uniforme falangista, el del gobernador civil, y una bandera de Falange en un Instituto. Según sus informaciones, poco finas como se ve, en una población como Pamplona de

40.000 habitantes, solamente había cien falangistas, y a eso atribuye el que Franco no hubiera osado intervenir en el gobierno local de Navarra. Parece sorprenderle que *los fueros* permanezcan intactos y que *el consejo regional* tenga todavía a su cargo la educación, los hospitales y la administración local.

En ninguna parte de España, según Sir Hoare, había *un sentimiento antitotalitario tan enconado*. Aquel pueblo devoto y decidido no sólo consideraba al totalitarismo *como obra del Anticristo alemán*, sino que además lo detestaba *como la repudiación traicionera de todo aquello por lo que habían luchado en la guerra civil*.

Pocos testimonios tan favorables, fuera de algunos de fuente eclesiástica, tenemos en lengua inglesa sobre el carácter de la guerra civil en Navarra como el de este representante de Su Graciosa Majestad: *Fueron los navarros quienes iniciaron el Movimiento varios días antes de que cualquier otro moviese un dedo en España. Cualesquiera que fueran los motivos que lo impulsaron en otras provincias, el espíritu que inspiraba a los navarros era claro e incontaminado. Para ellos se trataba de un movimiento en defensa de Dios, el Rey y la Patria y de sus libertades históricas*. De ahí su amargura cuando vieron que se trataba de destruir sus ideales y de substituirlos *por la tiranía anticristiana del nuevo orden. Cuando salí de Pamplona* –termina diciendo Sir Samuel Hoare–, *lo hice con la convicción de que los navarros se hallaban todavía dispuestos a morir por su fe y de que si en cualquier momento se extendiera la guerra a la Península, los tendríamos de nuestra parte*.

Hitler no olvidaba, aun en medio de la durísima campaña en Rusia, su plan *Fénix* sobre la toma de Gibraltar con la posible participación española. Para oponerse a ese u otro plan parecido, el Gobierno británico trataba de montar una organización clandestina con

el objetivo de preparar, en colaboración con los franceses, y tras un desembarco en el golfo de Vizcaya, una invasión en el paso de Hendaya-Irún, que cerrara o dificultara la marcha de los alemanes hacia Gibraltar. Era la operación *Azor*, a la que se añadió después la *Peregrino*, que planeaba la ocupación de las Islas Canarias.

Lo cierto es que el cónsul inglés en San Sebastián enlazó con un ex miembro de la Junta Carlista de Guerra en Guipúzcoa, José Garmendia Aristi, natural de Zaldivia, que se trabajó especialmente a cierto clero en Guipúzcoa, Álava y Navarra. Garmendia quiso confiar la dirección de las milicias clandestinas a un joven ex capellán navarro de Requetés, párroco entonces de Añorbe y antes de Esquíroz.

El encuentro en Las Pocholas de Pamplona del bravo curiape con Garmendia y Bernard Malley, brazo derecho de Hoare y segundo jefe del departamento de la embajada británica, no fue muy afortunado. Ante las primeras reticencias de don Fermín Erice, Malley, un inglés católico, que hablaba un perfecto castellano y había pasado durante la guerra por una cheka marxista en Madrid, intentó hacerle ver que Franco jamás restauraría la Monarquía carlista y que sólo poniéndose de acuerdo los carlistas con Inglaterra podrían conseguirlo; le hizo ver también que en el Consejo Nacional del Movimiento, junto a siete carlistas había diecinueve monárquicos alfonsinos, y que frente a Vázquez Mella, invocado por Erice, Don Jaime había sido anglófilo. Al final de la entrevista el párroco de Añorbe se salió, patriota español al fin y al cabo, con Gibraltar:

– *Cuando nos devuelvan Gibraltar a España, me entenderé con ustedes.*

Pero se entendió mucho antes.

Al terminar el almuerzo en Las Pocholas, los dos comensales se encontraron con un amigo carlista de don Fermín Erice, natural de Estella y propietario de una tienda de ultramarinos en Pamplona. Poco después éste último puso a Garmendia en relación con un ex miembro de la Brigada de Información Antimarxista, afecto a la Di-

rección General de Seguridad, Antonio Moscoso y Roda, y le dio el nombre de un amigo cura, párroco de Ujué, José Castillo, *como idóneo para la organización de milicias*.

El comerciante navarro y Moscoso fueron enviados al punto estratégico de Tánger, donde disfrazaron su espionaje con una instalación mercantil de bicicletas, aparatos de radio y objetos similares. Todos los problemas técnicos y económicos les solucionaron desde la embajada británica, y los administrativos desde el Gobierno de Franco, donde el carlista guipuzcoano tenía buenos amigos desde sus tiempos de la Junta de Guerra. Pero concretas circunstancias políticas impidieron la continuación regular de la aventura y decidieron trasladarla a Navarra.

El amigo del párroco de Añorbe acogió en su casa estellesa a un supuesto *Antonio Martínez*, polaco de nacimiento, argentino de nacionalidad, huido de un campo alemán de prisioneros, bien equipado de emisoras portátiles, las mejores de aquel tiempo. Quedó entonces Moscoso como ayudante de Martínez y se alojó en la Fonda de San Julián. Todos los jueves, a las 3'30, cuando disminuía en la plaza de San Juan el rumor y el trapicheo del mercado semanal, *el Polaco* comunicaba en francés con la Base. Solía ser discreto, pero no podía evitar en aquella Estella pequeña y familiar la extrañeza de muchos, y más cuando le veían con alguna moza indígena o posando con una a cada lado delante de un fotógrafo ambulante.

Al polaco se añadió en la trama navarra poco después un *gallego de Vigo*, llamado *Francisco Pérez*, en realidad un joven agente inglés, radiotelegrafista en Dunkerke durante la guerra, a quien el comerciante estellés le había recogido en la Venta de Lizarraga y le había llevado al Molino de Mugaire y después al pueblo de Ororbia.

Al secretario comercial de la embajada británica E. Maclaurin le interesaban, a la hora de la recluta, personas que anduvieran teniendo que pagar alguna deuda, por ejemplo en el agobiador mundillo de las apuestas de frontón. Tales eran, según David Jato, el cura de Añorbe y su amigo el de Berriozar, José María Solabre (*Salobre,* escribe él).

El 29 de julio salió Garmendia de San Sebastián en coche hacia Pamplona y de nuevo en Las Pocholas se encontró con los dos activos párrocos carlistas. Después del almuerzo se llegaron a Puente la Reina, donde les esperaba el amigo y coordinador estellés. Allí metieron en un nuevo coche dos maletas de aspecto corriente, pero reforzadas para llevar una pesada carga, y un maletín-caja, más pequeño y de color negro. Condujo el coche cargado un amigo común, Domingo Balza Arrastia, sabedor de qué iba la cosa. Viajaron hasta la casa parroquial de Berriozar, pueblo entonces diminuto, colgado del monte San Cristóbal, bien defendido de miradas indiscretas y buen observatorio a la vez.

Don José María Solabre alojó al *gallego* Francisco Pérez en el piso alto de la casona y comenzó a recibir lecciones de alfabeto Morse con un sencillo aparato compuesto de una pila y de un manipulador.

El 5 de mayo, el general norteamericano Eisenhower instaló en la Roca su cuartel general como comandante en jefe del teatro de operaciones del norte de África. Los conjurados pro británicos en Navarra recibieron entonces el encargo de redactar un informe completo sobre campos de aterrizaje en la región vasco navarra, y se les proporcionó documentación apropiada y material fotográfico.

Hubo que apañar aparentemente excursiones turísticas, gastronómicas o venatorias, con tal de cumplir el objetivo. Y hasta montar una agencia de viajes, denominada Aralar, con varios coches y camiones, a nombre de Garmendia. Entre junio y noviembre de 1942 los espías y sus aprendices enviaron a la Base varios informes, acompañados de fotos y croquis, sobre los campos oficiales de aterrizaje de Vitoria, Tudela, Recajo y el Soto de Ansoain, más los posibles de Ira-

che, Izu-Loza, Larraga, Berbinzana, Olite, Ancín-Murieta, Ororbia, Abárzuza, Alloz, Piedramillera, Sangüesa, polígono Tafalla-Andosilla-Carcastillo, y varios más de Álava y Burgos.

Al mismo tiempo remitieron una relación sobre lugares estratégicos para la aviación y las comunicaciones, como Montejurra, Mañeru (Santa Bárbara), Peñas de San Fausto, Ujué, San Martín de Unx, Monjardín, Puerto de Lizarraga, Urbasa, Aralar y Peñacerrada. Llevaron a cabo visitas de información por Álava, Guipúzcoa, Vizcaya, Burgos y el Pirineo navarro, y la *inteligencia* británica les apremió a buscar caseríos capaces de alojar grupos humanos y depósitos clandestinos de gasolina.

Antonio Moscoso fue enviado a Cataluña en misión de propaganda y de contactos con carlistas catalanes y eclesiásticos. En Navarra y Álava, y también en Guipuzcoa y Vizcaya, los contactos se hicieron con significados curas carlistas, casi todos ex capellanes de requetés en la guerra de liberación y con jefes locales tradicionalistas de algunos pueblos en posición estratégica, siempre con el objetivo hipotético de una posible restauración de la dinastía legítima, o frente a una probable invasión comunista o nazi en España. En el documento nº 3, aportado por Jato, aparecen párrocos o coadjutores de Andosilla, Ujué, Lesaca, Olite, Vidángoz (Pascasio Osácar, buen amigo de Erice y Solabre), Lezaun, San Martín de Unx, Bearin, Ancín y Acedo. Y los nombres de renombrados cabecillas carlistas como José Oroquieta, de Metauten; Román Burguete, Lumbier; Domingo Nagore, Aoiz; Fausto Lacalle, Villatuerta; Gabiel Irisarri, Ororbia; Severino Murillo, Ochagavía; José Lázaro, Lerín; Gonzalo Fernández, Echauri; Leopoldo Pellejero, Lodosa, Victoriano Martínez, Viana; Jesús Larrainzar, Estella, o Víctor Martínez, de Ayegui.

Llegado el caso, Joaquín Baleztena daría la señal de actuar.

Los sobrinos del párroco de Berriozar se fueron de la lengua y la trama llegó a oídos del obispo de Pamplona, don Marcelino Olaechea. La policía andaba tras los pasos de Martínez. Éste regresó a Madrid y las emisoras fueron cuidadosamente escondidas: las más en el antiguo sumidero de la cuadra; la más pequeña, junto al sagrario, en el altar mayor de la iglesia. Cada uno de los compinchados hizo lo propio.

En la capitanía general de Burgos fueron juzgados los principales responsables de la conspiración navarra. Los tres curas, Erice, Solabre y Osácar fueron condenados a una reclusión de tres meses en sus parroquias respectivas, de abril a julio de 1946.

HOMBRES CON MÁSCARAS Y HOMBRES-MÁSCARA

Vamos a la exposición de *Máscaras y Ocultamientos*, luminosa e iluminada en la planta oscura del Pabellón de Mixtos de la Ciudadela.

Tras el catálogo goyesco de la última exposición sobre el toro y el hombre –*Fiesta*–, despiadada y sutil, nos trae ahora Mariano Sinués, madurado por los años, por el arte y también por el dolor, sus últimas creaciones, no menos despiadadas y sutiles, y más, si cabe, porque ahora son muchas máscaras del hombre, no sólo las tauromáquicas.

Son días de precarnavales –si es que ya se distingue el carnaval del pre y del post carnaval– y de fiestas de máscaras (del árabe *masjara*, antifaz, bufonada).

La Noche Vieja se ha convertido en noche de antifaces. La víspera de Reyes, aparecen las máscaras de los cencerreros, y la misma cabalgata de los Magos es, parcialmente, una fiesta de enmascarados, reales y cortesanos, pero enmascarados.

El carnaval, callejero o mundano señoritil, es ante todo y sobre todo, y como soporte de todo, desfile de disfraces y disfrazados.

El vocabulario carnavelesco es extenso pero casi siempre coincidente: *máscaras*, *mascaretas*, *mascarutas*, *carátulas*, *caratuleros*, *mozorros y mozorrotes* (careta y máscara), *muxixarcos y muxigardas* (de *muxarenga*: máscara), *momotxorros* (fantasmas locos), *zarratracos*, *cachimorreros*, *cachiburreros*, *zomorros* (espantajos, duendes), *moros*, *morros*, *morrotes*, *zamarreros y zamarrones* (chamarra, frontal), *zaborreros*, *zarramantas*, *txantxos y txatxos* (máscaras), *cipoteros*, *borregazos*, *cascabobos*, *txatarrak* (trapos, remiendos), *toricos*, *cachirulos*, *zirinuak y zirinos* (turbulentos), *chitarros*, *ñañarros* (enanos) . . .

Todos estos personajes pueden y suelen ser follones y descomedidos, hasta brutales, pero lo son porque van disfrados, y es lo que, primeramente, dicen los nombres.

Desde trapos y arpilleras hasta los vestidos y trajes más sofisticados, elegantes o ridículos, todo es válido para el disfraz.

Siguen siendo muy generales los travestimientos sexuales, sociales, eclesiásticos, brujeriles, o animales: lobo, zorro, toro, oso . . .

No hemos inventado nada o casi nada. Desde el paleolítico las máscaras fueron símbolos elocuentes de mitos e historias, utilizados en los ritos de iniciación, danzas rituales, fiestas agrícolas y venatorias. Divinidades, animales fabulosos, personajes históricos o imaginarios, elementos primigenios, la génesis del mundo, el poder, el terror, la vida y la muerte. . . , todo el ancho mundo de las representaciones simbólicas hallaba viva expresión en el disfraz.

Las más antiguas máscaras griegas presentaban aspecto terrorífico y traducían las voces y la fuerza de la naturaleza desencadenada o de los dioses airados. Así, la Gorgona, representada en los escudos y en las armas, con su lengua colgante y cabellera erizada de serpientes, capaz de fascinar y petrificar al enemigo. O el dios Diónisos, dios disfrazado por excelencia, patrón de la naturaleza y de la vida sil-

vestre, cuyos compañeros, silenos y sátiros, aparecían enmascarados. Enmascarados dirigían el culto del dios: de aquí nació el teatro de antifaces.

Los etruscos utilizaron máscaras funerarias, que luego copiaron los romanos. Los aztecas las cosían en la cara del muerto. En Perú las colocaban en el rostro de las momias. Hojas de oro o yeso coloreado reproducían fielmente en Egipto las facciones del difunto.

Los romanos vistieron antifaces guerreros en guisa terrorífica, y pronto les imitaron celtas y germanos.

La Iglesia prohibió el uso de máscaras en la alta edad media, aunque subsistieron en los misterios, milagros y dramas morales, que solían celebrarse en los atrios de las iglesias. En los siglos XVI y XVII se popularizaron en Italia por medio de la *comedia dell'arte*, en la que personajes estereotipados llevaban medias máscaras desprovistas de significado.

El Carnaval extendió por todo el mundo la máscara, que no perdió del todo el primitivo poder mágico de evocar un espíritu o transformarse en otra persona. Todo disfrazado se transforma o quiere transformarse en otra persona que no sea la suya –conocida de todos, incluso de sí misma–, en un afán irreprimible de nueva libertad, de nueva personalidad.

Uno de los mejores pintores belgas contemporáneos, James Ensor (1860-1949), retrató ese supremo empeño, casi nunca conseguido, en sus terribles cuadros, especialmente *Lás máscaras*, expuesto en el Museo de Amberes.

Salvador Martín Cruz, en su presentación escrita, subraya que el pintor pamplonés sigue haciendo esa pintura suya, difícil y ácida, que le hizo *del todo diferente dentro del panorama navarro*, y que enlaza con una de las maneras más genuinas y más tradicionalmente españolas del mundo de las artes: desde la Picaresca hasta Julio Martín Caro, pasando por Goya, Gutiérrez Solana y Lorenzo Goñi. Ha-

bría que extenderla a los capiteles y miniaturas medievales –que tanto inspiraron al Bosco– y traerla hasta *Ops* y *El Roto*.

Ahí está ese hombre-caracol erguido, multicolor. O ese hombre solo –*Soledad*–, busto cubierto de venas azules y arterias rojas, rodeado de muebles y abierto a una ventana que no da a ninguna parte.

Los Cómicos es un remozado carromato de gente alegre, montada ahora en licornios o centauros, con sus coronas, violines, trompetas, disfraces esperpénticos. . ., disfrazada de sí misma.

El músico ambulante es otro de los personajes clásicos de la farándula, que se va con la música a otra parte, sus alegres monigotes bailándole a la espalda, mientras dos baquetas de timbal, una en cada mano, llevan, a modo de batuta, el ritmo de su paso ligero.

Volvemos en *El abrazo mortal* al bestiario medieval y de todos los tiempos: dos bestias, amarilla y roja, se abrazan y, abrazadas, una engulle la cabeza de la otra.

En cambio, en *El dolor que no cesa* no es necesaria la máscara. Es el mismo hombre enfermo, amrillo de consunción, postrado y derrotado sobre su lecho, cercado por los ventanucos de una UCI cualquiera, entre colores verde oscuro, verde negro, azul pálido y grises varios.

Como contraste, *El baile,* con pocos personajes, como en todos los cuadros de la muestra, es un vértigo de miembros, líneas y volúmenes, confusos y entre las luces psicalípticas del salón del mundo.

¿Y esa gran cabeza de pájaro con cintas en el occipucio, largo pico amarillo y ojo avizor, cuerpo de percha con muchas ropas, y pies humanos?

Otro dibujo de pájaro se nos aparece ahora, en blanco y negro –técnica mixa sobre tabla–, llenando el hueco del collado entre dos peñascos, reflejada su larga cola en el espejp de la arena: pájaro centinela, pájaro esfinge, pájaro paisaje, pájaro espejismo. . . Y, junto a él, en la misma textura, el hombre-pájaro, el hombre-caballo, el hombre-toro y, a la vera de tanto sueño de fuerza y de poder, el hombre-apoyado: todo debilidad (im-becilidad) y bastones.

En la sala adjunta sobresale la *Serie Máscaras*, óleos sobre lienzo, que es la parte central de la exposición, a la que todo el resto sirve, sin subordinarse, de contorno. Aquí el hombre no se esconde tras el disfraz; no aparece disfrazado de pájaro, toro, caracol o cómico. Aquí es ya disfraz, máscara, deformación, o destrucción de sí mismo, hombre-monstruo, hombre no persona, no hombre, que es la máscara metafísica, que va más allá de la apariencia física. Hombre no-ser de hombre: como agente, actor y autor de su propia vida.

Y como introducción, ese ojo en rostro amarillo tras el hueco superior de unas tablas verdiamarillas: jaula, tapia, cuba, cárcel. Y esa copa colmada con ojo amarillo en medio. O ese cuadro, titulado *Corrida*, que parece legado de la anterior exposición, como si la resumiera toda: el toro triunfal, erguido y casi rampante, con todas las gamas del rojo, pasando al violeta, cárdeno y negro, y, en los cuernos altivos y victoriosos, los despojos pálidos y desbaratados del hombre víctima: quién sabe si los mismos espectadores de la corrida!

Tras unos cuellos delgados, ligeros, casi femeninos, de color amarillo o rojo vivos, sobre unos hombros esquemáticos, emergen unas cabezas cubiertas con paños morados o rojos púrpura, o verde claro, por donde asoman unos ojos doloridos o acongojados en medio de un rostro amarillo de muerte. En ocasiones la cabeza está compuesta de varios planos, uno de los cuales son los ojos; o va metida en una gran bota al revés; o está inmersa en una especie de máscara llena de tubos; o todo el rostro se terrifica con dos grandes ojos desorbitados en torno a una boca sima en remolino que amenaza con tragarse a la misma persona.

Y, en fin, esos dos cuadros oníricos, superrealistas, donde un ángel sorosado, desde el ángulo altísimo de un cubo negro, parece recoger o salvar a una blanca creatura (¿alma?) a punto de ser devorada por la boca triangular de un monstruo negriamarillo, de ojo-caracol solar (casi como en los cuadros infantiles del ángel de la guarda), O donde el ángel o diablo espera o castiga a esa figura blanca abandonada o caída en el fondo de la escalera. ¿O es el pobre Lázaro (el San Lázaro medieval) ante el rico Epulón?

¿Y si uno viera al final de la exposición al hombre i-real, desamparado y des-asido de su fundamento fundante, de su *última* rea-

lidad constitutiva, que llamamos Dios; hombre perdido en su agnosía, en su des-preocupación o en su in-diferencia, queriendo buscar, queriendo ser y queriendo vivir?

A la salida o a la entrada, o a las dos, nos saluda el cuadro de las brujas con sus patines o avionetas sobre los tejados del viejo Pamplona.

En un bestiario no suelen faltar las brujas. Y donde hay máscaras tampoco.

¿Por qué las brujas lo son?
Porque son tontos los hombres.

Y malos, podría decir alguien con la historia en la mano.

LOS BELENES DE LOS BELENISTAS

Si el P. Alejandro, autor del famoso "belén de los Escolapios", se hubiera sentado en su silla-observatorio para mirar los defectos de la obra, que le ha sobrevivido largamente, hubiera reparado a escape en la mula labradora que no quiere andar. Su constructor la hizo viva y activa, e iba y venía a placer de quien la llevaba de derecha a izquierda y de izquierda a derecha:

– Buisque!
– Bullao!

Pero hoy no arranca. Espero a que el belén se encienda de nuevo, a ver si no he visto bien, No, no arranca.

Sí se mueve, en cambio, el caballo que hace mover la noria. Los patos andan veloces en el estanque, en el que desemboca un regato vertical y bullanguero. Dos caballitos blancos arrastran gallardamente un carro de gruesas ruedas de madera. Pesca pensativo el pescador. El molino, añadido, gira que gira. Una pareja de joteros, también reciente, se dan la vuelta, airosos, después de cantar la jota imaginada.

Los belenistas, que recibieron la donación de manos de un alumno del autor, añadieron sobre todo, como homenaje a los escolapios, la maqueta del colegio, levantado en la calle Olite el año 1931, con su torrecilla pizpireta, coronada por un aireado San Miguel de Aralar.

En un hueco lateral está el Nacimiento y en el otro la Anunciación.

El ángel aparece y desaparece encima de una palmera.

– ¿A dónde se va el ángel? –le pregunto a una chiquilla, que no me deja casi ver la escena.

– A las montañas.

– No, que se queda en el mismo sitio –replica otra más observadora.

El templo románico, con tres ábsides, es demasiado solemne para tan poca gente: dos bancos a cada lado, con niños y mujeres, y un monaguillo, de rojo pasando el plato.

¿Dónde están los varones? ¿Dónde "los hombres", como se dice habitualmente?

Quizás estén fuera. Quizás está fuera mucha gente.

El 26 de diciembre de 1945 escribía Angel María Pascual en sus *Glosas de la ciudad:*

Pero, a la salida de la Misa del Gallo, había por las calles un trasnocheo sorprendente. Borrachos abrazados cantando groserías. Hombres con los pantalones arremangados bailando torpemente y agitando botellas vacías. Otros, en mangas de camisa, toreaban a sus propias sombras. Y, por todas partes, canciones vinarias, jaleos de borrachera, como si fuera una noche de San Fermín. ¿Pero qué es esto?

Muchos chicos de aquellos años tenemos recuerdos similares de nuestros pueblos. Los excesos llegaban hasta el interior de las iglesias. Mejor, pues, estar pocos que muchos y mal acompañados.

No se sabe nunca a qué extremos puede llegar –concluia Pascual– *todo lo que no sea enteramente católico o enteramente civilizado*. Y confiaba en que eso hubiera ocurrido en Pamplona por última vez y que la Nochebuena volviera a ser *una pura noche de campanas y de estrellas. También Jesús nace en San Nicolás*. Son las once y cuarto en el reloj de la torre-fortaleza, guardada por un pararrayos moderno. Bajo los porches no se ve a nadie. Y en la plaza del mercadillo los puestos no están muy concurridos: gallinas y gallos, verduras, pescados, vasijería y cubertería. El hornillo de la castañera... Un rebaño de ovejas llega desde un inexistente Paseo de Sarasate.

El portal se abriga en un entresuelo abierto en la calle de San Miguel tras la columna que parece sostener dos pisos.

Y si en San Nicolás, ¿por qué no en San Cernin? Bajo las torres medievales y los porches enrejados, dentro de un escenario de ventanas y balcones de madera, está la cueva, en un rincón de las escaleras que bajan hacia la plaza de Santiago, a la vera de la farmacia Sánchez Ostiz.

Dan ganas de gritar con la letrilla de Rafael Alberti a los burgueses del Casco Viejo de Pamplona:

Abran las puertas, abran.
Pronto,
por favor;
que está la Madre de Dios!

Otros artistas se han ido más lejos a poner el belén. "El Nacimiento en Larrainzar" se ubica en el atrio cubierto de la iglesia. Ventanas iluminadas. La calle sube y baja entre casonas y balconazos. Una moza garrida. Unas ovejas. Un borriquillo. Y un paisano como pasmado por la luz que irradia el singular acontecimiento.

La Nochebuena no es mala
porque está llena de luz,

escribía Angel Urrutia en su *Canción de Navidad*.

Luz de nieve hay en Aralar, pero también luz de Belén. Junto a los sufridos y alabeados muros del templo, dos pastores-leñadores se quedan arrobados bajo un haya desnuda. Hacia ellos corren los demás. A ver si entre todos nos fijamos bien en el deterioro de las piedra, techos y paredes, y hacemos que los ángeles puedan posarse de nuevo allí y decir, junto al arcángel San Miguel, su mensaje navideño.

Alegría del campo
la flor del agua.
Alegría del campo
canción del alba (...)
Alegría del campo
cigüeñas blancas.
Alegría del campo
son las campanas (...)
Alegría del campo
la noche en guardia.
Alegría del campo
luz y esperanza.

Estos versos, un poco arreglados, son el prólogo de la "Navidad en la montaña". Fondo azul. Montañas altas. Un regato discurre entre la seroja del hayedo, que la *etxekoandre* se empeña en barrer cerca de la casa. Junto al portalón dovelado, en un alarde de buena intemperie, la figura moderna de José sostiene al niño, con la complacencia cómplice de María. En torno a la cuna, los útiles rústicos y carpinteriles.

Peor tiempo debe de hacer en el "Hogar roncalés", porque "el misterio" se adora en la gran cocina, con aparadores llenos de cacharrerías, fogón y gentes que van y vienen. El viejo pastor, tal vez el

amo de la casa, descubre reverencialmente la cabeza, y toca el pastor joven su caramillo. En la habitación contigua se entretiene platicando el mosén, cubierto con el gorro redondo de fieltro. Por las ventanas del casón se asoma el caserío y el típico pinar roncalés.

La buena noche es llegada,
pastores, la Noche buena.
Ya alumbra largos caminos
lumbre de largas hogueras.

escribió otro autor de muchos villancicos, José María Pérez Salazar.

Belenes de belenistas. De Angel Garayoa, José María Redín y otros muchos, algunos de ellos muy jóvenes, de entre los 150 miembros de la Asociación de Belenistas de Pamplona, que llevan 43 años de entusiasta y entusiasmante labor.

Un arte polifacético hecho con manos ingenieriles.

Una tradición. Una renovada emulación. Una memoria religiosa y cuasisacramental, que repite idealmente lo que conmemora: "la más alta ocasión que vieron los siglos".

Pongamos los beles,
que el mundo es un Belén,
que Dios entre nosotros
acaba de nacer.

ESTE AÑO 2000, AÑO JUBILAR

Salgo por los caminos familiares de la Cuenca de Pamplona en estas primeras y frías horas del año 2000, el último del siglo que termina y no el primero del siglo que comienza, ni el primero del nuevo milenio, que se abre justo el año que viene.

Como ya lo esperaba, todo es igual que ayer en el mundo, y aun en la Cuenca, pero algo distinto de hace hoy un año. Se han levantado muchas casas, han desaparecido algunos campos verdes, y nuevos solares van preparándose para bloques de pisos, viviendas unifamiliares, naves industriales, rondas y rotondas.

Jesús de Nazaret comenzó su ministerio en la sinagoga de Nazaret citando las palabras del profeta Isaías relacionadas con el jubileo:

El Espíritu del Señor sobre mí,
porque me ha ungido
para anunciar a los pobres la Buena Nueva,

me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos,
y proclamar un año de gracia del Señor.

La palabra griega que significa libertad (*áfesis*) significa también remisión de cuentas.

Se trató de dejar claro, desde el libro de *El Exodo* (siglos XVIII a. C.), el dominio absoluto de Dios sobre la Tierra Santa que Él dio a su pueblo. Hasta los campos, también los trigales y los viñedos, debían guardar, cada siete años, el sábado (año sabático). Los esclavos hebreos debían asimismo ser liberados al séptimo año de su servidumbre. Como esta prescripción apenas se observaba, se limitó, dos siglos después, a ciclos de cincuenta años: el año jubilar. Además del barbecho de los campos, implicaba una emancipación general de las personas y de los bienes, volviendo cada uno a su clan y haciéndose de nuevo con su propiedad. La finalidad de estas medidas era garantizar la estabilidad de una sociedad fundada sobre la familia y el patrimonio familiar:

Declararéis santo el año cincuenta, y proclamaréis en la tierra liberación para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo; cada uno recobrará su propiedad, y cada cual regresará a su familia (Levítico, 25).

Ese año, anunciado el día de la Expiación al toque de trompetas con el cuerno *(yôbel)* del carnero, es declarado santo.

Tierras y sobre todo hombres no son propiedad de nadie sino de Dios, quien libera de la esclavitud, como lo hizo en Egipto. Desgraciadamente, los extranjeros pobres comprados como esclavos quedan fuera de esta buena nueva de liberación.

Al decir de Sharon Ringe, las leyes jubilares eran una metáfora poderosa enraizada en una propuesta social, pero que no quedaba allí sino que la desbordaba como una posibilidad imaginativa, capaz

de cambiar el mundo. Ya el profeta Isaías, en el texto citado, asume un lenguaje de liberación más universal y de fuerza escatológica, que rebasa los textos jurídicos, hace soñar y tiene el poder de movilizar a los exiliados para que regresen a su tierra.

La metáfora santa y poderosa de la tierra (la riqueza de entonces) al servicio de los hombres, también de los pobres, y de la liberación de éstos de manos de quienes los compran y los venden, tiene una difícil comprensión entre nosotros.

Ya no hay siervos de la gleba entre nosotros, ni dentro ni fuera de la Cuenca, salvo casos extraordinarios. Todos, o casi todos, se fueron a las ciudades cercanas o lejanas, y allí han intentando redimirse. Los pobres que se quedaron en el campo han intentando mejorar su situación, pero a ninguno de ellos se le ha ocurrido esperar en ningún año sabático y ni siquiera en un jubileo a la manera bíblica. Tampoco ninguno de los propietarios de la tierra, especialmente los que han hecho fortunas vendiéndola en terrenos edificables, lo mismo en ciudades que en pueblos, ha leído contra sí mismo aquel famoso texto bíblico (*Levítico*, 25, 23): *La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía, ya que vosotros sois para mí como forasteros y huéspedes.*

Tampoco los dueños de fincas y otros bienes urbanos se han visto desasosegados por la inminencia jubilar. El mismo libro santo citado, al mencionar el caso de una vivienda en ciudad amurallada –no así las casas de las aldeas sin murallas–, sólo establece el derecho de su anterior morador a rescatarla hasta que se cumpla el año de su venta; pasado ese año, ya no quedará libre ni siquiera en el jubileo. Y es que cuando falta el espíritu *(la metáfora poderosa* y la *posibilidad imaginativa),* la letra deleznable deja pronto de regir.

Digámoslo todo. La original y revolucionaria legislación jubilar, según los prestigiosos comentaristas de la *Biblia de Jerusalén*, *sólo fue un esfuerzo tardío para hacer más eficaz la ley sabática, y no parece que la ley del año jubilar fuera jamás observada.*

El viajero pisa ahora los firmes y claros caminos de la Cuenca pero se sabe sobre todo habitante de este mundo, de este continente, de este país, de esta región.

Y en este mundo el 20% de la humanidad posee el 83% de los medios de vida (en 1970 era el 70%), y el 20% de los más pobres tienen que contentarse con sólo el l'4% (en 1960 era el 2'3%). Poco parecen decirnos estas cifras terribles. Tampoco nos conmueve más el oir que mil millones de personas viven en la extrema pobreza o que 40 millones mueren cada año de hambre.

Pero nos conmueva o no, lo importante es preguntarnos qué tipo de jubileo pueden soñar y querer los cristianos de nuestro tiempo. Algunos de ellos, situados en los puestos de avanzadilla, comenzando por el papa, hace tiempo que están haciendo las propuestas: el perdón de la deuda externa, la prometida ayuda del 0, 7 por ciento, etc.

No parece que la mejor y más actual versión del jubileo judeocristiano sea sólo la remisión de los pecados personales, dejando a un lado *la macro blasfemia* (Pedro Casaldáliga) o ese inmenso pecado *grave por el inmenso peso del sistema económico* (Luis de Sebastián).

O cambiamos o nos destruimos, dicen algunos teólogos, filósofos y sociólogos. Y que la era de la insensatez debe ser sustituída por la era de la sabiduría, por la civilización del religamiento. Y el teólogo y moralista brasileño Leonardo Boff piensa que una nueva civilización surge cuando se encuentran respuestas concretas a las siguientes preguntas:

¿Qué utopías nos abren el futuro? ¿Qué valores nuevos dan sentido a nuestra vida personal y social? ¿Qué prácticas nuevas cambian las relaciones sociales? ¿Qué cuidado tenemos con la naturaleza y qué benevolencia y compasión suscitamos con todos los seres de la creación? ¿Qué nuevas tecnologías estamos utilizando que no nieguen la poesía y la gratuidad? ¿Qué fraternidad establecemos entre todos los pueblos y culturas? ¿Qué nombre

damos al Misterio que nos circunda y con qué símbolos, fiestas y danzas lo celebramos? En una palabra, ¿ qué sueños nos dan esperanza?

Preguntarse por una nueva civilización y por sus fundamentos es entrar con buen pie en el espíritu del jubileo cristiano de hoy.

La mañanita de enero, purificada por el frío, tiene una cara nueva. O dos caras, mejor, porque el dios Jano, el bifacial, le concedió este privilegio. Con la una mira al año retorcido de nueves que acaba de expirar, y con la otra al año redondo de ceros que acaba de estrenarse.

La mañanita, en su ciego y automático devenir, no sabe nada de fechas. Yo, uno de los hombres que le dan razón y sentir de historia, le pongo a su sonrosada candidez el número del año 2000, año santo y jubilar.

Y me parece oír, aunque allí, muy lejos, las trompetas de cuerno de carnero.

CURAR, SANAR Y MORIR

La clínica tiene forma de avión de carga, con pico achatado y alas cortas, posado sobre la cima del talud, bajo el que discurre, hondo y silencioso, el río. Desde las tierras húmedas del cortado suben y se alzan ramas de agavanzos, saúcos, sauces, chopos y olmos. En las ramas secas de un olmo viejo se posan de día las picazas y al atardecer algunas rapaces antes de lanzarse sobre sus presas.

Por la ventana abierta de la habitación nos entraban, sobre todo en las noches de verano, todas las horas que da el reloj de la torre frontera, y nos tenían al tanto del ritmo del tiempo espacial y solar. También los gallos del parque próximo, que parecían los de nuestro pueblo, nos anunciaban el amanecer, antes de que viéramos el alba dudosa y su posterior rosadez sobre la línea gruesa del Lakarri. La noche del 2 de enero, durante la afanosa espera de la última operación, sobre el amplio belén nocturno de luces amarillentas, resplandían como ángeles anunciadores las iglesitas altas y lucíferas de Ansoain, Alzuza, Elcano y Gorraiz.

Si dos noches en la UCI bastaron para que la paciente tomara aquella amplia habitación medicalizada y silenciosa como *otra casa*, ahora las habitaciones de la planta, con su cama, sofá-cama, silla, cuarto de baño, puerta y ventana, televisor, crucifijo de cobre en la pared,

el cuadro de San Miguel de Aralar, visitas de médicos, enfermeras, enfermeros y personal de muy variados servicios, no podía ser menos. Nuestra habitación de la clínica, ora a un lado ora al otro, pasó a nuestra vida, incluido el poderoso imaginario, como *la otra casa*, a la que íbamos y de la que veníamos, con una muestra suficiente de experiencias extraordinarias como para no olvidarla nunca: *la casa blanca* de la paciente.

Desde el otro lado veíamos un rincón del pequeño jardín, con una rosaleda, un sauce, un magnolio, un níspero y un banco pintado de rojo, y oíamos el ruido técnico, monótono e insalvable de las obras que preparan una nueva y cercana urbanización dentro de la milla de oro de la urbanística comarcal Alzuza-Gorraiz-Olaz-Beloso Alto. Desde agosto ya no es tan fácil llegar al sendero que baja hasta el puente sobre el Arga, encontrarse con plácidos paseantes por el camino de las huertas y ripas burladesas, y trepar después hasta el fortín de la salud.

El ruido, decía, el ruido y la voz en grito, incluso en algunos centros hospitalarios, como si fuesen hoteles, la casa propia o el bar del pueblo o del barrio. España sigue siendo probablemente el país más ruidoso de Europa. *(¿Por qué habla tan alto el español?,* se preguntaba en un verso célebre el pobre León Felipe).

El silencio es general, con alguna inoportuna excepción, en esta clínica, sin demasiadas facilidades para reuniones masivas y con un cierto control de visitas y visitantes. Porque el silencio no suprime la amabilidad y la cordialidad, sino que las depura y potencia. El silencio propicia el reposo, el sueño, la reflexión, la lectura… Estamos demasiadas veces enfermos de ruido, vaciados por el ruido hecho habitud, vacíos de silencio, ignorantes de sublime mundo, que no es sólo, qué va, soledad, tristeza o aburrimiento.

La clínica, vocablo que hace referencia directa al lecho *(klíne*, en griego) es, como cualquier otro hospital, un lugar de prueba decisiva para cualquier paciente, pero también para las familias, los parentescos, las amistades. Dejando a un lado las comparaciones históricas, siempre demasiado generales e inexactas, también en nuestra sociedad los enfermos son considerados en muchos casos una desgracia, una carga, cuando no un horror.

Si se excluye un círculo íntimo, cuando existe, muchos enfermos quedan al margen, literalmente, de todo interés, de toda relevancia, y hasta de toda atención social. Desde el desconocimiento de la enfermedad, habitual en las ciudades, hasta las supuestas razones piadosas, estéticas o cínicas de quienes prefieren recordar a los enfermos en sus mejores tiempos y no verlos en su declive y deterioro, éstos van quedándose, en muchos casos, en las sapientes manos de médicos y enfermeras hasta llegar a manos de los nunca bien alabados servicios de tanatorios y de cementerios. Algunos temen que pronto los enfermos pasen a ser en no pocas ocasiones jurisdicción casi exclusiva de empresas de servicios que sustituyan por completo a lo que un día llamamos familia, amigos, compañeros, y vetusteces por el estilo.

No lo sé, me resisto a creerlo, pero la actitud habitual de huida de la muerte, de la ignorancia afectada de la muerte, de la irreal y cobarde negación de la muerte, guardando sólo las apariencias sociales – asistencia a funerales por compromiso, firmas cómodas en los pliegos de condolencias, charloteo en el tanatorio....– pueden llevar poco a poco a tales extremos que hoy pueden parecernos abominables.

La muerte, como nos enseñó Heidegger en un libro memorable, lanza su sombra por adelantado en la amenaza constante, en el dolor y en la enfermedad. La muerte cualifica la vida toda del hombre como vida finita, limitada, pasajera. En el fenómeno de la muerte el hombre llega a tomar conciencia de sí mismo, a experimentarse mortal, ser para la muerte (no sólo ni principalmente quizás para ella, pero siempre también para ella). Y ya que nadie experimenta su propia muerte, como ya lo dijo Epicuro, siempre nos sale al encuentro como muerte de otro. En esa muerte, sobre todo si es cercana, nos encontramos con algo íntimo de nosotros mismos y en ella se manifiesta nuestro propio tener que morir; que es una nota constituyente de nuestra vida: existencia dada y de la que no disponemos.

En la muerte de otro, y más si es persona querida, se nos regala de nuevo nuestra vida, como nuevo reto, como nuevo haz de posibilidades. Así que nadie muere sólo para sí mismo sino siempre, y de alguna manera servicialmente, también para los demás.

Nada más próximo a la muerte que el dolor, ese maleficio (*male-factum*), más que *mal físico* o *moral*, que causa la alteración de la plenitud armónica de nuestra integridad psicobiográfica. Sobre todo cuando nos cerca, nos invade, nos ocupa, nos tunde, nos enajena la conciencia, que parece dejar de ser nuestra y hacerse sólo conciencia de *algo*, del dolor. O cuando nos desnuda impotentes y dolorados ante la sustantividad dolorida del ser querido, y hacemos todo por eliminarlo, o, al menos, reducirlo, y hasta integrarlo, cuando nos es posible y tenemos nobles fundamentos para ello.

A la paciente todos los médicos le parecen listos, amables, bondadosos. Los enfermeros, fuertes, trabajadores y simpáticos. Las enfermeras y auxiliares jóvenes, guapas, cariñosas. Y todo es verdad. Aunque el sueño, el cansancio, la pena, la luz velada, la atención a los goteros, las innumerables pastillas de todos los colores (*noctamid*, *seguril*, *capotén*, *trangorex*…), el tormento de las comidas, la atención al teléfono y a la puerta… resten potencial de reconocimiento.

Lo cierto es que desde nuestra visión integral de la salud y la enfermedad, de la vida y de la muerte, y como la inmensa mayoría de los navarros, en ningún momento hemos sentido la tentación de sustituir la llamada medicina *de los hospitales* por la medicina *tradicional* o *alternativa*. Entendiendo la enfermedad como una desestabilización de las fuerzas de la vida, y la salud como un estado de bienestar físico, mental y social, es evidente que la mejor medicina contemporánea, como la que nosotros disfrutamos, con todo su saber-poder, intenta en las mejores situaciones no sólo curar (tratamiento de órganos y tejidos enfermos) sino también sanar, buscando el bienestar integral de la persona.

En centros como éste es real la relación humana de médicos y sanitarios con los pacientes; es fácil evitar la alienación de éstos y racionalizar cada uno de los casos de enfermedad. ¡Enfermos antes que enfermedades!

Habituado a identificarlo con el histórico monte Gargano; con el *Saint Michel* normando; con las ermitas o santuarios de Villatuerta, Aralar, o Ízaga; con los cuadros, tallas, imágenes, que sustituyeron al popular Hermes-Mercurio en toda la cristiandad, ahora lo identifico

ya con la modesta efigie de la modesta capilla de la clínica que le debe el nombre.

En los momentos límites de las operaciones y de los cuidados intensivos, allí estaba él, a la vera del Dios de vivos y no de muertos, y no se me ocurría otra cosa que decirle sin voz la coplilla que le cantaban los que serían un día mi padre y mi madre, cuando lo llevaban a pie y en caballería,de Mañeru hasta Artazu, por el collado occidental de Santa Bárbara.

DE ERRO A ERRO POR EL FUERTE

El débil y alimonado sol invernal ha desaparecido cuando llegamos al Valle de Erro, y el cielo se cubre con el capote gris de los días nublados.

En el anchurón central de Erro, convertido en plaza, unos abetos altos mantienen el honor perenne y verde de la naturaleza, junto a los plátanos podados, los rosales deshojados y las pitas sin flor.

Desde el alto frontón cerrado bajan los golpes secos de la pelota.

Un camino derecho sube la cuesta donde el poblado se acomoda. Sobre el olor de las alchirrias y de los cacabilcores predomina el olor masculino y amargo del boj, que será nuestro acompañante a lo largo de la travesía.

Cerca de una granja ganadera, un paisano anda sacando con un tractor el estiércol amontonado. Muchas pacas de paja, cubiertas de plástico negro, rodean la nave. Al oeste de Erro, el caserío rojiblanco de Olondriz, con la iglesita exenta.

Comenzamos a descender por una senda que se interna en el bosque de pinos, en el término de Añíbar, sobre la comba que hace el río Erro, que baja desde el Sorogain y se curva galantemente antes de llegar a las primeras casas del lugar capital del Valle. Poco antes recibe al arroyo Urrube, nacido bajo el macizo del mismo nombre y bajo los altos, más lejanos, de Sorolux, montes de robledal; antes de que se le eche en brazos, pasa ladeando el alto de Ezkiroz, nombre que evoca los tilos campestres.

Desde nuestra salida hasta el fin del recorrido nos cercan los pinos silvestres, albares o royos; algunos robles y quejigos; bojes pequeños y grandes; y en algunos tramos enebros, agavanzos, endrinos, zarzamoras y los ya florecidos y cardiotónicos eléboros u *osababas*, que son los primeros en florecer en el bosque. El pino silvestre, royo de color, es un colonizador nato y de gran vitalidad. Un día confinado a pasajes de suelo rocoso y a pequeños claros de hayas y robles, hoy ocupa largas extensiones que antaño fueron campos cultivados, pastizales y terrenos de frondosas. De la propiedad comunal, que abarca un 48'2% del territorio del Valle, 2.072 son hectáreas de pasto y 2.725 de monte maderable.

Pero a mis compañeros de esta tarde no les importan mucho los pinos albares ni los pastizales, porque les oigo hablar muy apasionadamente del *hombre del siglo:* que si Einstein, que si Hubble, el que descubrió que el mundo se expande indefinidamente, alejándose las galaxias unas de otras a velocidades fantásticas.

El suelo que vamos pisando está duro de hielo y muchos de los charcos también. Así que tenemos que bajar de las galaxias y mirar a los pies. *Kirrís*, *karrás*, hacen las botas. También la hierba de los ribazos, casi todos sombríos, está helada. El bosque, de suyo animado, está ahora helado, como encogido, imperturbable, pero tan misterioso como siempre.

Lo peor es el último repecho por una falda pinosa, donde el sendero casi desaparece y algunas vetas rocosas obstaculizan el ascenso. Tras la pechada se nos abre una amplia pista forestal que sube al pie del flanco occidental del Fuerte, oculto desde aquí por el pinar. La pista continúa en moderado ascenso. Nos detenemos un poco y echamos una ojeada sobre la vallonada de Bordaxar (cabaña

vieja) y de Elutseder, que dice hermosa umbría, como así es. Estamos en la parte más alta del recorrido, a unos 850 metros, y de pronto los fieles trazos verdes y blanco de los *Senderos por el Pirineo Navarro* nos llevan a un cómodo y decidido camino, bien abierto y bien marcado, que es nada menos que el Camino francés o de Santiago.

Viene la ruta de Roncesvalles, pasando, en el lugar más cercano, por Linzoain rumbo al Puerto de Erro y del legendario Zubiri. El viajero, que conoce mal a Einstein y a Hubble, pero mejor al primero que al segundo, rememora, nostálgico, aquella mañana de agosto de 1989 cuando pasó por aquí junto a peregrinos ilustres, rápidos y valerosos, y la tierra se le hace más blanda, también porque está ahuecada de hojas de robles y quejigos; entre los pinos ve y oye pasar unos reyezuelos listados; le vienen a la memoria-conciencia dulces canciones, y todo le parece menos frío, más universal y sacro.

El Camino jacobeo, que es aquí a la vez una *GR* (gran ruta), hace una ele mayúscula invertida, en el noroeste de nuestro mapa montañero. Al llegar al ángulo, que es el pequeño collado del Alto del Fuerte, vemos las viejas trincheras, todavía en pie: estacas de madera blanquecina y alambres de espino oxidado, junto a lazos corredizos de furtivos cazadores. El cogote es abrupto y calizo, sin apenas vegetación. Es un buen punto de observación sobre la carretera de Pamplona y vía segura de huida hacia Francia siguiendo el monte hacia el Tiratun (1217 m.), que tiene forma de otero relajado y es una de la ramificaciones del cercano Adi (1458 m).

El Valle de Erro sufrió muy de cerca los horrores de todas las guerras de todos los siglos: desde las de 1512-1521 a las guerras de la Convención, Independencia y Realista. Durante la primera guerra carlista el general Benito Eraso, jefe de operaciones de esta zona; el general Zumalacárregui, que pasó por Erro camino de Orbaiceta, y el general cristino Rodil, que perseguía al rey Carlos V, trajeron sus tropas por aquí. En la última guerra actuaron en la zona contingentes de ambos bandos. El palacio de Erro sirvió de cuartel para los dos. Al fi-

nal de la contienda Carlos VII se encontró en Espinal con su Estado Mayor el 26 de febrero de 1876.

Al llegar al collado que los peregrinos llamaron Paso de Roldán, las señales nos hacen desembocar en un sendero ancho, pedregoso y en fuerte descenso, que bordea, a ratos sinuosamente, el macizo más alto del trayecto, el Mendilaz (895'5 m.), y donde el pino se mezcla con el roble y el haya. Al fondo corre el regato Otsobi, que evoca los dos lobos de alguna leyenda o de algún suceso bosqueril. El término donde nos topamos con sus aguas lleva este mismo nombre. La primera vez saltamos deportivamente la regata, y la segunda, la seguimos sobre las piedras que han colocado diligentemente algunos de nuestros predecesores.

El bosque se nos va oscureciendo. Hace rato que pasamos despertando o alborotando los pájaros que apenas hemos visto y oído y que se recogen en los arbustos o en las ramas bajas de los pinos, de los robles y bojes: reyezuelos, pinzones, zorzales, petirrojos, mirlos, picapinos, pitosnegros, carboneros... Más altos también se mueven algunos, con estrépito: quizás ratoneros, cernícalos, búhos chicos... Es un rumor tenso de viento sorprendido y batido, como si el bosque temblase de vida escondida e insegura.

Pasamos por debajo de la nave ganadera, a la hora en que vuelve el rebaño, de cabezas ennegrecidas y de lana gruesa. Es una de las doscientas explotaciones del Valle. La cabaña caballar y ovina descienden y la vacuna se mantiene, según las cifras de los últimos cincuenta años.

Vemos las luces encendidas del frontón y de la iglesia de San Esteban. Varias veces le dije a mi amigo Pedro Murillo, durante muchos años buen alcalde del Valle, que donde estuvo la vieja iglesia debería haber estado la nueva (1964), de los arquitectos Tomás Arrarás y Marcelo Guibert, ligera y fina, con su piedra de almohadillado rústico y su torrecilla pirenáica. La mole del frontón no recuerda preci-

samente el templo románico. Pero para entonces ya no había remedio. Eso sí, donde está es más cómoda para todos.

Las casas se asientan en una especie de bancales o rellanos en la pendiente y en el llano de la plaza. Todo es subir y bajar y dar vueltas. Las casas, con fachadas en hastial, tres plantas y tejados a dos aguas, miran casi todas hacia poniente y algunas hacia el norte. La mayoría son de mediados del XIX y unas cuantas de finales del XVIII, la más antigua de 1726. Un feo muro de cemento armado sostiene el terreno de una casa alta.

Abundan los balcones corridos, con suelo y barandillas rehechos. Las puertas con arco de medio punto o escarzano. Los aleros dobles. Un escudo rococó con yelmo y león rampante anima la casa del Concejo. El que pudo ser el viejo palacio *de yuso* lleva leyenda de 1857.

Diversos servicios han ido instalándose en la carretera de Francia: la casa consistorial, el hostal, el centro rural de higiene, la caja rural, la carpintería, el taller mecánico... Otros, con la iglesia, el concejo y la escuela, en el casco viejo: la farmacia, el bar, el teléfono público, el taxi...

Tras la última casona, en el extremo oriental, una de las más hermosas e iluminadas, balan unos corderos que enternecen esta tarde/ noche fría y oscura de enero.

ANTES DE SANCHO EL MAYOR

Hemos entrado en el milenario de nuestro rey y señor Sancho Garcés III, apellidado *el Mayor*, entre las comunes penas y glorias de unos días cualesquiera de un año cualquiera. Una serie de conferencias dadas en la Real Academia de la Historia hace unos meses, por iniciativa de la Sociedad de Estudios Navarros, así como el ciclo de conferencias en el Ateneo Navarro y un racimo de artículos en la revista *Pregón* han servido de prólogo al acontecimiento, que atañe no sólo a los navarros, sino a todos los españoles.

Pero antes de intentar dibujar la figura del monarca hispano en el marco de su tiempo, déjeme el lector decir hoy algo sobre los tiempos que precedieron al tercero de los Sancho Garcés, y que suelen ser objeto de extrañas interpretaciones sin fundamento alguno.

Los wascones, como los llaman las fuentes francas, comenzaron atacando a sus vecinos los novempopulanos, defendidos éstos por los francos, pero hacia la cuarta década del siglo VII se asociaron a ellos y dieron origen al nombre de Wasconia, que ha perdurado en la actual Gascogne (Gascuña). Después, hacia la sexta década del mismo siglo, se unieron durante un siglo al Ducado de Aquitania El año 766, antes del final de la conquista de ese territorio por Pipino el Breve, los wascones del sudoeste de Francia, que solían proporcionar a los du-

ques aquitanos las mejores tropas, presentaron, sin que hubieran sido atacados, su sumisión al rey franco, gesto que repitieron dos y tres años más tarde. Descendientes de esos wascones formaron parte del ejército franco de los condes Ebro y Aznar, que se enfrentó a los vascones navarros en la segunda batalla de Roncesvalles, el año 824.

No puede defenderse hoy seriamente la tesis de la independencia de los vascones en general al sur de los Pirineos, y menos basándose en el supuesto silencio documental de los siglos VIII, IX y X. La integración de Álava y Vizcaya en el Reino de Asturias es la teoría que mejor puede argumentarse. De Guipúzcoa, como territorio distinto, no sabemos nada hasta el año 1025.

A partir del reinado de Alfonso I (739-757), considerado el creador del Reino de Asturias, tenemos numerosas noticias que lo relacionan con Vizcaya –todavía no erigido en señorío distinto– y con Álava. Por ejemplo, la repoblación de ciertas zonas, como las Encartaciones, hoy parte de Vizcaya y entonces territorio poco vascón, o las conquistas del rey asturiano a orillas del Ebro, entre ellas la de Velegia Alabense.

Según Armando Besga, buen conocedor de los orígenes de la monarquía asturiana, es muy probable que, ante el enemigo común musulmán, los vascones más occidentales, aun conservando su independencia social, llegaran a un acuerdo con el rey Alfonso, lo que explicaría mejor que cualquier otra hipótesis la extensión del Reino de Asturias por esas tierras vasconas. Ni es una contraprueba la posterior y fracasada rebelión de éstos contra el siguiente monarca Fruela I, y son indicios muy positivos el matrimonio de este rey con Munia, prisionera hecha en Álava, siguiendo una tradición de personajes vascones en la corte asturiana; o la participación del mismo soberano astur en la fundación, el año 759, del monasterio de san Miguel de Pedroso, al sur de las tierras alavesas, rodeado de monjas con nombres vascos y latinos, a la que seguirán después otras fundaciones.

Las posteriores rebeliones de algunos vascones contra los reyes astures, Ordoño I (850-866) o Alfonso III (866-910), pueden probar dificultades en la integración de una parte de los habitantes, pero no mucho más; que de rebeliones está lleno el siglo IX en toda clase de dominios y de reinos. Como hace años subrayó nuestro Al-

berto Cañada, "el enemigo" de los vascones occidentales durante este período no fueron los asturianos sino los musulmanes, que llevaron a cabo una veintena de campañas contra Álava, el territorio cristiano más atacado, en su frontera, aún muy insegura, con Castilla, y seguramente por formar parte del reino cristiano astur.

Además, los vascones occidentales no lucharon sólo junto a los asturianos contra los musulmanes sino también en las guerras civiles del reino ovetense, por ejemplo en la que enfrentó, el año 843, a Ramiro I y al rey legítimo Nepociano, de probable ascendencia vascona.

Durante el reinado de Sancho Garcés I (905-925), primer rey del Reino de Pamplona, pasó probablemente a éste la comarca que hoy es la Rioja alavesa, y que fue navarra hasta mediados del siglo XV.

Nada prueba en cuanto a incorporación de territorios el matrimonio, hacia el año 930, del conde Momo de Vizcaya, el más antiguo personaje histórico vizcaíno, con doña Belasquita, una de las hijas de nuestro rey Sancho Garcés I, que casó a sus muchos vástagos con toda clase de príncipes y señores: Ordoño II de León; Ramiro II de León; el conde castellano Fernán González; el conde de Álava, Álvaro Herramélliz... Los condes eran entonces, teóricamente, delegados nombrados libremente por el rey, elegidos generalmente entre los poderosos del lugar.

Por esas fechas Vizcaya, más pequeña que la actual, estaba organizada como condado, igual que en los siglos siguientes, e integrada, igual que la mayoría de la actual Álava, en el Reino de León. Más tarde ambos territorios pasarían a formar parte del Condado de Castilla.

A Sancho Garcés I, de la estirpe de los Jimeno, se debe la definitiva configuración del Reino de Pamplona, que nunca se llamó Reino vascón, de los vascones, ni nada parecido. Debido a la debilidad del Emirato cordobés, pudo desgastar durante unos años, con la ayuda de los reyes de León, a sus seculares enemigos-amigos los Banu Qasi, mientras el Reino astur-leonés aseguraba sus posiciones en el valle del Duero y aportaba un programa político de reconquista de la vieja Hispania, asumido plenamente, como veremos, por el Reino de Pamplona.

Los sucesores de Sancho Garcés I continuaron su programa de reconquista en unión con otros núcleos cristianos, especialmente leoneses y castellanos. Eso sí, con ciertos intervalos de colaboración interesada y hasta de pactos de sometimiento y capitulaciones con los califas de Córdoba, a causa de las múltiples y devastadoras aceifas musulmanas contra los reinos cristianos o debido a fuertes rivalidades entre éstos.

Mientras tanto, en tiempos de Sancho Garcés II, en el monasterio navarro de San Martín de Albelda, fundado por Sancho Garcés I, el monje Vigila, canonista, versificador y miniaturista, futuro abad del monasterio, dirigía un equipo de monjes, encargado por los reyes navarros de componer el llamado códice *Albeldense* o *Vigilano*. Terminado el año 976, en él se transcribieron importantes textos canónicos, jurídicos e históricos, latinos e hispanos, verdadero acervo literario e ideológico-simbólico, con el que la monarquía pamplonesa hace suyo el glorioso pasado romano-visigodo-hispano-cristiano, a través de la monarquía asturiana..

El mismo fin, años después, tendrán el códice *Emilianense*, preparado en San Millán, y el más importante aún, el llamado *Códice de Roda*, probablemente compuesto en Nájera hacia el año 990 por un grupo de clérigos, que incluía, entre otras, dos crónicas ovetenses y añadía las célebres genealogías de la monarquía pamplonesa: un entramado de progenies y enlaces con los reyes y condes hispanos y del sur de Francia.

Nada esencial distinguía entonces al Reino de Pamplona de otros reinos y condados de España.

SANCHO EL MAYOR DE PAMPLONA (1004-1035)

Al rey Sancho III Garcés, llamado posteriormente Sancho el Mayor (en el doble sentido de la palabra), rey de los pamploneses y conde de los aragoneses, se le conoce en toda España, al menos desde 1950, fecha del clásico libro de Fray Justo Pérez de Urbel, como el tronco y origen de las nuevas monarquías hispánicas. Desde entonces, y tras los estudios de Lacarra, Ubieto, Martín Duque, Orcástegui-Sarasa (y su nueva versión, publicada en Burgos el año 2000), Fortún, Valdeón, Benito Ruano, Suárez Fernández, Ladero Quesada... ¿qué se puede decir ahora que no se haya dicho ya, cuando tan pocos son los genuinos testimonios que nos quedan en diplomas, cartularios y crónicas?

Queda siempre la posibilidad del mejor estudio del personaje dentro de *su tiempo*. Siempre es posible, además, una *nueva lectura*, un nuevo análisis y una nueva interpretación de las fuentes, por escasas que sean. Y sobre todo, tanto para el lector como para el historiador de oficio, queda la posibilidad y hasta la necesidad, con todos los riesgos a-históricos o extra-históricos que eso conlleva, de mirar y ver al personaje *desde* un presente que siempre es distinto al anterior, desde el que otros lo miraron y vieron.

Vástago de la familia vascona Jimena, instalada en el trono con el primer rey pamplonés Sancho Garcés I, nuestro Sancho Garcés III fue hijo de García Sánchez, apodado el Tembloroso o el Trémulo (994-1000), y de la noble leonesa Jimena Fernández. Nieto por ende de Sancho Garcés II Abarca, y de la castellana Urraca Fernández, hija del célebre conde de Castilla Fernán González

A la muerte prematura de su padre, debía de tener Sancho unos diez años y quizás se confió la regencia a su tío por línea paterna, Sancho Ramírez, compartida con la madre del futuro rey, Jimena, y su abuela Urraca, asistidas por los obispos de Pamplona, Nájera y Aragón, las tres diócesis del Reino. Siguiendo la tradición de dos reinados en la monarquía pamplonesa, madre y abuela le buscaron esposa en tierras y gentes conocidas: Munia o Mayor Sánchez, hija del conde castellano Sancho García (995-1017)

Estaba aún reciente la última campaña de Almanzor, el año 1002, contra el reino de Pamplona, con el saqueo e incendio del monasterio de san Millán de la Cogolla. Su hijo Abd al-Maliq continuó durante siete años la política paterna de acoso contra los reinos cristianos del norte. Pero su muerte precipitó la disolución del Califato de Córdoba, sustituido por numerosos reinos "taifas" (facción), que buscaron la ayuda de los reyes cristianos para poder sobrevivir. Se invirtió entonces la relación de predominio del Islam sobre la España cristiana y se abrieron nuevas posibilidades económicas, sociales y culturales para todos los reinos hispánicos.

Sancho Garcés III tuvo que consolidar las fronteras para salvar el patrimonio recibido de sus predecesores, para lo que tuvo que acordar con su suegro castellano la fijación de límites de sus dominios; exigió de sus vecinos musulmanes la devolución de las fortalezas perdidas en tiempos de Almanzor en Valdonsella, Cinco Villas y valle de Funes; fortificó todas las fronteras, desde el Ebro hasta el Cinca, desde Arlas hasta Boltaña y Buil; acosó de continuo la taifa de Zaragoza; conquistó a los moros la parte meridional del Sobrarbe, y se hizo con el condado de Ribagorza, propiedad en parte de la familia de su mujer.

La familia condal castellana buscó la ayuda de su pariente el rey de Pamplona tras la muerte, en 1017, del conde Sancho García,

para proteger a su heredero el *infant* García, niño de siete años, ante la amenaza de la baja nobleza, dos veces baja, y las tradicionales ambiciones del vecino Reino de León. El monarca pamplonés consiguió con su presencia militar afianzar a su cuñado, el conde niño, y pacificar el territorio. Y ya que el rey leonés Alfonso V no pudo quedarse con las disputadas tierras entre el Cea y el Pisuerga, se quedó con la infanta Urraca, terreno más grato, hermana de Sancho el Mayor, a la que desposó el año 1023.

Tras el asesinato de García el 1029, la sucesión castellana recayó en su hermana doña Mayor. Sancho Garcés III tomó en nombre de su mujer el gobierno del condado, pero el título condal sólo lo llevará el segundo hijo de ambos, Fernando.

Por razones similares el rey pamplonés tuvo que emplearse a fondo en el Reino de León, a la muerte inesperada de su cuñado Alfonso V en 1028. A cambio de protección, el sucesor Vermudo III, un niño de 13 años, confió ciertas facultades de gobierno a su tío navarro. Tropas navarras pusieron orden en León, Astorga, Zamora... De nuevo los matrimonios fueron el mejor sello y la mejor garantía de lo que se acababa de hacer. Vermudo se llevó a Jimena, hija de Sancho el Mayor; y al infante navarro Fernando, conde ya de Castilla, le tocó la infanta leonesa Sancha, hermana del soberano leonés.

Todo parecía quedar bien agavillado y atado. Para rematar la faena en el campo eclesiástico, el rey de Pamplona creó la diócesis de Palencia en las tierras disputadas por las sedes de Burgos y León.

Los monasterios de San Martín de Albelda, San Millán de la Cogolla, San Juan de la Peña, San Salvador de Leire o San Pedro de Siresa, a los que se agregaron otros más pequeños, fueron ya desde el siglo X, junto a las sedes episcopales, los principales centros culturales del Reino, con sus buenas bibliotecas, activos escritorios y monjes –algunos, futuros obispos– sabios, escritores y artistas, como hemos visto. Dependían de los obispos diocesanos, que eran a la vez los consejeros natos de la monarquía navarra.

Nuestro rey Sancho hizo lo posible por reconstruirlos y dotarlos, pero sin conseguir que algunos de ellos recuperaran su antiguo esplendor. Fueron también ejemplo de renovación arquitectónica y

decorativa (románicas). Comenzando por San Juan de la Peña, animó en ellos su *benedictinización*, que entonces significaba su renovación eclesial y su europeización, siguiendo las pautas de Roma y de Cluny.

El monarca pamplonés no dividió ni repartió su Reino ni su extenso poder, como a veces se afirma, sino que se limitó a distribuir, según era costumbre, entre los hijos legítimos –incluido el primogénito que heredó el Reino de Pamplona– los derechos patrimoniales de doña Mayor sobre los condados de Castilla y Ribagorza. Pero, como resultado de los reiterados enlaces matrimoniales pamploneses con la dinastía regia leonesa y la condal castellana, el segundogénito Fernando, conde de Castilla, acabó ocupando el trono de León el año 1037.

Sancho Garcés III, rey de Pamplona y conde de Aragón, mereció así el sobrenombre *de rex ibericus*, que le dio su amigo y consejero Oliba, abad de Ripoll y obispo de Vic, y el que le regaló Bernardo, primer obispo de Palencia, de *rey de los reyes de España*. Pero no se quedó ahí ni su acción ni su fama de rey hispano-cristiano: mantuvo buenas relaciones personales con el rey Roberto II de Francia, con el duque Guillermo V de Aquitania, con la Sede romana y con el santo abad Odilón de Cluny.

Mil años hace ya del comienzo de su reinado.

EN SANGÜESA-ROCAFORTE

Sigue lloviendo. Como mis compañeros de Javeriada andan mucho más que yo, llegado antes de tiempo a la cita junto al puente nuevo de Sangüesa, me subo un rato a Rocaforte por el Camino de Santiago, que hoy está hecho un aguazal.

Mirando desde abajo, uno tiene la impresión de que el terroso hato de casas huye ordenadamente de los humos que le echa la factoría de Papelera Navarra, plantada ante sus narices. Pero no, no, nada de eso. Lo contrario.

El cabezo del castillo lo domina todo, lo amenaza todo, lo protege todo. Las primeras rocas falderas sostienen, hercúleas, las primeras casas el lugar. Desde arriba cuento en el artilugio ingenieril de la fábrica seis chimeneas bajas y dos altas, de las que sale esta mañana un humo blancuzco, vertical y decidido, que se confunde pronto con las nubes bajas de esta mañana plural y pluvial. Una vecina me dice que por las noches echan también un humo negro que les *pone perdidos*. En la parte posterior de la fábrica, depósitos de madera, residuos de pasta y rollos de papel.

Huele la Papelera a leño, a bosque, a selva, a corteza, a líber, a cambium, a albura, a duramen, a médula de tantos, innumerables, altos y bellos árboles olorosos. Elemental olor natural, vegetal, ma-

deral. Olor a tanino, aceite y resina, fresco e intenso, recio y saludable.

Por una calle harto empinada y bien pavimentada subo hasta el barrio alto, hasta el útimo lienzo en pie de la muralla norte, que sirve de pared septentrional al viejo cementerio ya abandonado, ocupado por hierbas altas, endrinas e hinojos; aún resisten algunas viejas lápidas inclinadas y algunas cruces de hierro oxidadas y torcidas. Bajeras y garajes se acomodan en viejas casetas, con techo de laja. Algunas casuchas cercanas al viejo fortín han sido rehechas en pura piedra y se adornan de parrales, rosales y tiestos con dalias y claveles chinos. Sobresale en el cabo oriental un edificio de dos plantas, larguirucho, muy retocado, con varias puertas cuadradas y una ventanita ajimezada. Una señora, que vive en Pamplona y viene los viernes a una de estas viviendas arriscadas, me dice que casa Pardiés fue antes una caserna y que era parte del castillo, igual que los cobertizos de piedra que tiene enfrente *(finiscasas)*. Me confiesa también que muchos sillares de la fortaleza se llevaron a Sangüesa para hacer iglesias y casas.

Vuelve a llover como si fuera un castigo, y me quedo mirando para los molinos de viento parados en el costillar de la sierra de Salajones, y para el Eremitorio franciscano de San Bartolomé, heredero del levantado en el siglo XIII, hoy huérfano desconsolado bajo el lluviazo, con su espadaña, sus muchas ventanas y puertas vacías y a la intemperie, rodeado –Solano del Oratorio– de unos pinos, unos almendros en flor, unos olivos, un áspero cantizal arenisco, una balsa artificial (de Papelera) y unos ribazos de espeso monte bajo. Hacia el Alto de Aibar sigue el ancho Camino Jacobeo, que viene de Jaca, entre la garriga, alguna pieza cultivada, unos pocos olivos, y la hondonada del barranco de la Fuente con un plumero de chopos.

Allí abajo, más acá de las nubes borrosas que velan Arangoiti y el serrazón de Leire, y más allá del creciente polígono industrial de Rocaforte– Sangüesa, avanza señorial el río Aragón con una corte de álamos lanzales, ya ungidos del ámbar primaveral. Y entre el tejerío rojizo y los nuevos bloques blanquizos de Sangüesa la Nueva nos envían las señales de la fe y de la esperanza las sabias torres de Santa María, San Salvador y Santiago.

Rocaforte, como sabe el lector, fue la primitiva Sangüesa, importante *tenencia* defensiva de la monarquía pamplonesa frente a la morería en los siglos X-XI, y después frente al reino de Aragón. Sus alcaides, bien conocidos, eran hombres de la suma confianza del poder real. Sólo comenzó a llamarse *Sangüesa la Vieja,* cuando el rey Sancho Ramírez fundó el burgo nuevo en el llano, al otro lado del río. Pero mucho antes, este lugar estratégico, bien defendido y cerca del curso fluvial, fue asiento de iberos y romanos, éstos últimos en Fuente Penosa, donde se recuperó un ara votiva y funeraria romana, con inscripción en sus dos lados, y se hallaron mosaicos. Monedas ibéricas y romanas fueron descubiertas en el solar del castillo.

En época medieval, el caserío, ya de por sí poco accesible, estaba protegido por la fortaleza roquera y por una iglesia alta dedicada a Santa María. El fuero de Jaca que le concedió el susodicho monarca, el año 1076, ratificado por Alfonso el Batallador en 1117, favoreció el asentamiento aquí de un grupo de francos. Dos apellidos *Franco,* en dos de las casas, que acogen hoy una sesentena de habitantes, puede recordarnos ese importante precedente. Señorío realengo, desde los tiempos del Príncipe de Viana estuvo en manos de los Garro por voluntad varios monarcas. En 1366 Rocaforte o Rocafort (*rocca*, palabra céltica) llegó a tener 30 vecinos. Hace siglo y medio los vecinos eran 12, y 124 las almas corporadas, que ocupaban las 16 casas del lugar, excluida la municipal que era la de todos.

Una ligera pared de cemento y alambre evita en el extremo sur el peligro de derrumbe de piedras desde el cerro rocoso donde se enrocó el castillo *Sancuesa*, llamado otras veces *Sancosa*, *Sancossa*, *Sangosa*, *Sanguosa* y *Sangüesa*.

–Y el Eremitorio, ¿ya lo conoce usted?

– Sí, ya me lo han explicado, ya.

– Lástima que no haya ya frailes p'habitarlo.

– Lástima.

Quedan sólo restos de muros del castillo, cubierto ahora el cabezo por hierbas, matorrales y lechetreznas. Fue demolido, con otros muchos como él, el año 1516. Felipe II pagó en 1561 a Jerónimo de

Garro, sucesor de León de Garro, 1000 ducados para compensarle los daños causados. Por el flanco norte y oeste circunda al cabezo una pared con yedra y unos cobertizos, patios y garajes. Una discreta y curiosa inscripción bilingüe en el muro, sin autor ni fecha, celebra a uno de nuestros primeros reyes: *Sangüesa-Rocaforte al rey Sancho Garcés, (905-925).* Pero en vascuence cambia curiosamente el texto y el sentido: *Zangoza-Rokaforte baskoi errezeari erregetze.* Tal como está escrito, no parece tener sentido. Pero lo que se quiere decir está claro: que Sancho Garcés fue el rey de los vascones. Algún historiador apuntó como posible que tan gran rey procediera de aquí, de donde salió su madrastra, la primera mujer de su padre García Ximénez, llamada Onneca o Íñiga Rebelle. Lo cierto es que Sancho tuvo por madre a Dadildis de Pallars. Y desde luego nunca fue rey de los vascones, sino rey de Pamplona, que es muy otra cosa. Un bromazo, como se ve, de *unos chicos de Sangüesa*, según me dicen.

La iglesia medieval de la Asunción, entre el barrio alto y el bajo, fue ampliada en el siglo XVI y equilibrada con altos contrafuertes, ahora amansados por las yedras. La torre prismática, con un surtido campanario, se alza sobre el ábside primitivo. Golpea la lluvia benéfica e implacable sobre sus muros de sillarejo, olvidado ya el *enajenamiento* del retablo renacentista, sustituido, qué remedio, por otro neogótico. El retablo manierista de San Francisco de Javier, con una escultura de bulto del santo, sigue en su sitio.

Debajo de la iglesia y de la carretera, donde corría antes la muralla, se ha hecho una buena obra de contención del terreno, adornada ahora con árboles y flores. Por debajo pasan los tubos que vienen desde el cimero depósito de agua. Las laderas al oeste del pueblo están remansadas de pinos y almendros. En la parte más abrigada se han construido o reconstruido media docena de pequeñas villas con jardín, en un apacible mirador.

Algunas casas de la calle Mayor, bella y lujosamente restauradas, han sacado a relucir sus escudos, imitando tal vez al Concejo, que luce en su casón, sobre cerámica colorista, el título de *Civitas Sancosa*, desacertado por el primer término y acertado por el segundo. Sobre la pendiente se abre la rectangular plaza Echarte (1995), entre pinos, aligustres y olivos, un espacio llano que se agradece mu-

cho. Los goterones ruidosos sobre el asfalto y las losas es el único ruido que oigo a estas horas en Rocaforte.

Ya en el barrio bajo, se apelotonan irregularmente en torno a la placita Mártires de la Patria unos cuantos edificios, algunos de nueva construcción o de profunda transformación. Veo una chimenea cilíndrica o pirenaica auténtica y dos de imitación. Una casona vacía luce un torreón y un portalón dovelado con anagrama gótico en la clave. Algunas casas deshabitadas y algún rincón mal mantenido. Vuelvo por el mismo Camino de Santiago, para llegarme hasta la carretera. Tengo que echar piedras en algunos tramos para poder pasar saltando. En el Camino de la Fuente, a la vera del barranco, se han construido tres chalecicos recientes.

Ahora que amaina el aguazón, veo venir a mis modelos andarines por el lado izquierdo de la carretera. Me saluda a lo lejos el grande, el veterano, el atleta Mariano.

–Venga, flojo –me digo a mí mismo–, hazte al camino.

FRANCISCO DE JAVIER EN PORTUGAL

Sin Portugal no habría sido posible el Francisco de Javier que fue. Sin Portugal fuera imposible su epopeya misionera.

Fue Portugal el primer pueblo europeo, después de Roma, con imperio en ultramar. Un pueblo de pescadores y marineros, que buscó en el mar lo que su tierra era incapaz de darle. Un pueblo de caballeros avezados a la cruzada contra los moros durante la Reconquista y dispuestos a evangelizarlos en su propio terreno. Un pueblo pobre, aventurero y buscador de lucros humanos y divinos, que encontró los caudillos que necesitaba en el Infante Don Enrique *el Navegante* (1394-1460) y su equipo de sabios, geógrafos y cartógrafos de la Escuela de Sagres; en los reyes Juan II, Manuel I o Juan III (1502-1551); en capitanes y descubridores, como Bartolomeu Dias, Vasco de Gama, Álvarez Cabral, Almeida o Albuquerque. Durante casi un siglo Portugal no tuvo rival, y en Oriente no lo tuvo hasta mediados del siglo XVII.

En la explanada lisboeta que precede al gigantesco monumento a los Descubridores *(Padrâo dos Descobrimentos),* erigido en 1960, quinto centenario de la muerte de Don Enrique, podemos ver sobre una rosa enorme y marmórea de los vientos los sucesivos descubrimientos y conquistas portugueses en el mundo, desde Ceuta en 1415 hasta Macao en 1557. Entre esos 33 descubridores arraci-

mados en la proa de piedra está el santo misionero navarro, arrodillado, el crucifijo al cuello, las manos en oración, y los ojos en el azul fluvial del cielo de Lisboa.

El comercio, la conquista y la evangelización no solían separarse en aquel tiempo. La presencia portuguesa se apoyó primeramente en la fundación de *feitorias* (factorías comerciales), centros de compra de mercancías –especias, mayormente–, que se enviaban a Lisboa, entonces emporio comercial de Europa y del mundo. La de Flandes, en Amberes, era el centro financiero y de distribución a los clientes europeos del Norte. Pero las factorías comerciales no habrían sido posibles sin las fortalezas, desde las que podía imponerse el monopolio del comercio con una política que alternaba la diplomacia con la guerra y que exigía buenos estrategos, como Almeida o Alburquerque, en todo el Oriente.

Los portugueses eran bien conscientes de que, con tres millones de población, no podían formar un imperio territorial hecho de colonias de repobladores, excepto en algunos puntos de África y en Brasil (desde 1530).

Con la conquista de Goa por Pedro de Albuquerque en 1510, la antigua posesión musulmana se convirtió en la capital portuguesa en todo el Oriente, desde Socotora a Malaca. Y al mismo tiempo en punto de partida de la expansión del catolicismo en todas aquellas latitudes.

El Maestro Francisco, que ansiaba ir a predicar a tierras de infieles, conoció en París y en Roma la aventura portuguesa en Oriente por boca de su amigo portugués Simon Rodrigues, joven alegre aunque enfermizo, nacido cerca de Viseu, uno de los primeros discípulos de Ignacio de Loyola. Así que cuando éste último, a petición del rey de Portugal y del Papa Paulo III, ofreció al navarro sustituir a su compañero castellano Nicolás Bobadilla, enfermo, en la misión de la India, contestó el navarro con alegre presteza:

–Pues ¡sus! henos aquí.

El 15 de marzo del año de gracia de 1540, tras recibir la bendición del Papa y despedirse del P. Ignacio y de los suyos, se dirigió el jesuita navarro a casa de su amigo don Pedro de Mascarenhas, embajador portugués ante el Papa y ante el Emperador, y futuro virrey de la India. Poco después salió de Roma a caballo, en el séquito del diplomático, por la puerta del Popolo.

Pasados tres meses de viaje, y tras detenerse en Loreto y Loyola, llegó el cortejo a Lisboa, en los últimos días de junio. Contaba la ciudad más de 60.000 habitantes, con una décima parte de esclavos. Se había rehecho a toda prisa del terremoto de 1531, que destruyó 1.500 casas. Simon Rodrigues y el italiano Misser Paulo, recién admitido en la Compañía como hermano coadjutor; habían llegado antes, en barco, desde Civitavechia.

Francisco se aposentó junto a sus dos hermanos en una casa que el rey les alquiló en la bellísima plaza do Rossio, (hoy plaza de Pedro IV), cerca del Palacio de los Estados, residencia real. A los pocos días de su llegada, le recibieron los jóvenes y piadosísimos reyes de Portugal don Juan y doña Catalina, hermana ésta del emperador Carlos, casado a la vez con Isabel, hermana del rey portugués. Escribía Francisco a Ignacio y Bobadilla: *Cossa es mucho para maravillar* (...) *en ver quan zelosso de la gloria de Dios nuestro Señor sea el Rey, y quánto sea affectado a todas cosas pías y buenas; y todos los de la Compañía le devemos mucho por una buena voluntad que nos tiene, assy a todos los de allá como a los de acá.*

Para no perder sus hábitos de pobreza, los tres religiosos mendigaban su sustento diario, declinando el alimento que quisieron enviarles desde el palacio. Hasta que, agobiados por su trabajo apostólico en la Corte (incluida la familia real), hospitales, cárceles, iglesias y calles, redujeron la mendicidad a dos días por semana, entregando lo recogido a los hospitales.

En atención a don Pedro, que vivía enfrente del templo, el jesuita navarro decía con preferencia la misa en la iglesia do Carmo

(del Carmen), en el altar de Nuestra Señora de la Encarnación. Nos acercamos hoy a la iglesia, en la linde del Bairro Alto, a la vera de una plaza rectangular, holgada y tranquila, con antiguas casas señoriales, palmeras, jacarandos y tilos. La iglesia fue destruida, como casi todas, por el terremoto de 1755. Los altos muros góticos aún en pie, destartalado navío con algunos mástiles alzados, uno de los símbolos lisboetas, acogen el museo arqueológico de la ciudad. En el transepto encontramos la tumba de la Infanta doña Catarina, hija del rey don Duarte y doña Leonor, esposada con el Príncipe Carlos de Navarra y Aragón, fallecida el 17 de junio de 1463.

El rey encomendó también a los jesuitas el cuidado espiritual de unos setenta presos del Tribunal de la Fe (Inquisición), establecido, después de varios intentos, en 1536. A los dos jesuitas les tocó asistir a dos reos quemados en la hoguera en el primer Auto de Fe tenido en Portugal, el 26 de septiembre de 1540, en la Plaza de la Ribeira, junto al mar.

Vamos a ver, en el mismo Bairro Alto, la iglesia de San Roque, protector contra la peste, iglesia de la Compañía. Modelo arquitectónico en todo el imperio portugués, fue construida a finales del XVI sobre la capilla del mismo nombre, que existía desde comienzos del mismo siglo junto al cementerio de los apestados, fuera de los muros de la ciudad. En ella y en la plaza adjunta, a la sombra de los olivos (*oliveiras*), predicó probablemente Francisco de Javier a niños y mayores. En el retablo principal del templo están las tallas de los santos jesuitas españoles Ignacio de Loyola, Francisco de Javier, Francisco de Borja y el italiano Luis de Gonzaga. El santo navarro tiene también dedicada una rica capilla, construida en 1623 y decorada con pinturas alusivas al envío de los primeros jesuitas a la India por Paulo III y al adiós del santo al rey Juan III.

Bajo el altar de la Anunciación está enterrado el filósofo jesuita español Francisco Suárez (1548-1617), que enseñó también en Coimbra y murió en Lisboa. En el muro del evangelio de la iglesia,

junto al altar, una placa en latín señala el lugar de *los huesos* del P. Rodrígues, el amigo de Francisco y fundador de la Provincia jesuítica portuguesa, muerto en esta casa el año 1579.

El museo adjunto guarda pinturas y esculturas muy interesantes sobre san Ignacio de Loyola y san Francisco de Javier en Portugal.

Señor de Palma era el título más antiguo de don Pedro de Mascarenhas. Había nacido hacia el año 1483 y murió siendo virrey de la India en 1555. Su padre fue capitán y él, dejando el aburrido oficio de paje de la reina Leonor, se fue con sus tres hermanos a luchar contra los moros en África. Llegó a ser consejero real y caballerizo mayor de Juan III, y embajador ante el emperador (1529), a quien acompañó no pocas veces y de quien supo granjearse el respeto y hasta la amistad. Caballero de las Órdenes de Santiago y de Cristo, Carlos V le quiso como preceptor del príncipe, pero Mascarenhas lo rehusó.

Hombre de mucha piedad, vio de cerca la catástrofe que supuso el protestantismo en Alemania y eso le hizo muy severo frente a los herejes. Sufrió harto en la corte romana, a la que retrata cono venal y corrupta: él mismo se gastó una fortuna en dádivas y prebendas: *ésta es la costumbre de la tierra y nadie se escandaliza por ello*. No llegó a sacar adelante algunos de sus objetivos, como destinar a la defensa de la India los diezmos obligatorios del clero portugués para la lucha contra el turco.

Su estancia en la corte romana se le hacía insufrible. Logró por fin volver a su patria, después de dejar amigos entre los insaciables prelados curiales y de tratar a los nuevos jesuitas venidos de París, aquellos *clérigos letrados y hombres de buena vida*, que Juan III quería enviar a la India.

Cuando el jesuita Simon Rodrigues, enfermo de fiebre, llegó con su correligionario italiano a Lisboa, declinaron la invitación del

representante del rey, que salió a recogerlos, y se trasladaron a la casa del embajador Mascarenhas en su señorío de Palma, hoy a 63 kilómetros al sur de Lisboa, donde les cuidó su esposa doña Helena, hija de un capitán portugués en ultramar. Pero a los pocos días el rey les mandó ir a la corte y les hizo aposentar en una casa de la plaza del Rossio, como ya hemos visto.

Llegado que hubo el munificente don Pedro a la capital lusa, se llevó a los tres religiosos por unos días a su finca. Volvieron después a Lisboa donde continuaron sus tareas.

A Palma volvió Francisco a comienzos de octubre, antes de ir con la corte real a la residencia de invierno. El camino pasaba por Palmela, sede desde 1423 de los caballeros de Santiago, establecidos allí en 1186, en el castillo arrancado a los moros poco antes, y de donde partieron las cabalgadas para expulsarlos del sur del país. Venía luego la ciudad portuaria y pesquera de Setúbal, la antigua Cetóbriga, de ascendencia fenicia y cartaginesa, hoy una ciudad industrial, naval y conservera (de pescado), en el estuario del río Sado, bajo el castillo de San Felipe, ahora hotel de lujo, que Felipe II mandó construir en 1590 frente a los ingleses.

Aquí también poseía don Pedro una casa con jardín en el arrabal del poniente y probablemente vino a ella con sus tres amigos jesuitas. Desde la animada plaza Bocage (del poeta José María Barbosa do Bocage), entre palmeras, es fácil visitar sus bonitos museos y las tres iglesias de aquel tiempo, Santa María de Gracia, San Julián y sobre todas la grandiosa iglesia manuelina de Jesús, un tanto descuidada hoy, construida por Boytac, el primer arquitecto de los Jerónimos. Es tradición que el santo misionero, desde 1703 patrono de la ciudad, desembarcó aquí, atravesó sus calles y celebró la misa en una alguna de sus iglesias. En el lindo parque de Luisa Todi se le ha erigido una estatua gallarda en bronce, mostrando el crucifijo con su mano derecha alzada, delante de un arco que recoge fechas, lugares y símbolos de su vida misionera.

Vamos por tierras del Alentejo entre grandes masas de pinos, piñoneros, olivos y alcornoques, que con sus parasoles se alivian del solazo estival. Entre las sierras do Loureiro y la de Palma está el palacio del mismo nombre, indicado en algunos mapas. Palma era en

1540 una aldea, con su castillo o torre y la iglesia. Era también una larga extensión de tierra, con mucha caza, bosques de alcornoques, viñedos, olivares, campos de labranza y prados pantanosos. Por un camino terroso entramos en una especie de anchurón rectangular, con una hilada de casas sencillas de un piso, propias de colonos, bien caleadas, entre las que hay un bar, un café y una escuela. Cerca de la entrada al poblado y tras pasar un arco con escudos señoriales, una mansión cuadrada, reciente o muy renovada, con cuatro chimeneas y cuatro pináculos piramidales en cada una de las esquinas. No hay hoy nadie. En el extremo oriental, en un altozano se yergue la pequeña iglesia antigua, ahora en restauración.

Un paisano nos dice que los señores suelen vivir aquí y en Sintra, típica ciudad residencial de lujo, y que cuando la Revolución les vendieron las casas y algunas tierras.

A 17 kilómetros de Palma está la antigua ciudad romana de *Salacia Urbs Imperatoris*, ciudad espiscopal visigótica y plaza fuerte musulmana, ahora Alcácer do Sal, que se mira blanca, roja y lineal en el espejo azogueño del río Sado, que señorea sus campos, vasto, lucífero y nutricio. No lejos está Grándola, la *villa morena*, santo y seña de la *revolución de los claveles*. Los padres del embajador Mascarenhas habían edificado allí, en 1524, como panteón de la familia, la iglesia de san Antonio y después el convento de franciscanos observantes. Juan III regaló a su fiel servidor una casa junto al castillo, mitad moro mitad cristiano, muy reconstruido hoy, con sus murallas, sus ruinas, su iglesia de Santa María con nidos de cigüeñas en la espadaña, y un lujoso parador.

Tres puentes cruzan el río Sado, uno de ellos levadizo, y más allá se dilatan campos de arrozales, sombreados de alcornocales y olivares. Pequeños pueblos pintados de cal anidan en las laderas circundantes. Encima del poblado medieval, en torno al castillo, crece una nueva población en urbanizaciones modernas y elegantes. Alcácer es hoy el primer productor nacional de arroz, corcho y piñones.

Al otro lado de la carretera, la iglesia de San Antonio, donde otros muchos hidalgos encontraron reposo, muestra su bonita portada renacentista. Al lado de la nave central, don Pedro de Mascarenhas y su segunda mujer Helena hicieron construir la capilla de las Once Mil Vírgenes con mármol blanco y rayado de Estremoz, revestida de azulejos, y con cimborrio de jaspe fino y transparente.

Guiados por doña Rosinda, la mujer voluntaria que cuida la iglesia, leemos con emoción: *Aquí jaz D. Pedro de Mascarenhas, o qual traxe de Roma as reliquias das Santas Virgens* (...) *e com ele jaz a sua segunda mulher Dona Helena Mascasrenhas.*

A mediados de mismo mes de octubre ya estaba el Maestro Francisco en Lisboa. Los reyes don Juan y doña Catalina fueron aquel año más tarde de lo que hubieran querido a su palacio de invierno de Almeirim, a 80 kilómetros de la capital. Era el segundo año de sequía, el hambre grande y no había lugar para regocijos cortesanos. Pero a comienzos de ese mismo mes llegaron las lluvias. El día 20, el Infante don Duarte, hermano del rey, tras unos días de fiebre infecciosa, murió santamente en la flor de sus 25 años, lo que retrasó de nuevo el desplazamiento. Para colmo la flota portuguesa hubo de proteger las costas africanas de los corsarios franceses.

El palacio de Almeirim *(Paço real)*, en la orilla izquierda del Tajo, había sido construido por el rey don Juan I en 1411 y la población del lugar no llegaba al medio millar de habitantes. La lujosa residencia regia había sido ampliada y fortificada con un castillo por su sucesor Manuel I. A los tres jesuitas y al Maestro Gonzalo Medeiros, el estudiante portugués que acababa de añadírseles, les asignó el rey una vivienda. Decían misa en la capilla de san Roque, en un extremo del pueblo junto al hospital, y se pasaban el día y parte de la noche oyendo confesiones sin tener tiempo para predicar, pero aún les quedaba algo para adoctrinar a los niños de la ciudad vecina de Santarem. Recorremos ahora la pequeña capital del Ribatejo, alta, famosa por su plaza de toros y sus corridas, llena de iglesias románicas,

góticas floridas y manuelinas; en Santa María da Graça nos recogemos ante la lápida tumbal de Álvarez Cabral, descubridor del Brasil.

Pero en Almeirim, al que se llega por un espectacular puente que cruza el Tajo, y entre maizales, viñedos y huertos, no encontramos nada. Preguntamos por el viejo palacio y nos encaminan al *Paço dos Negros*, que aparece en los indicadores. Corremos kilómetros a lo largo de largas calles y avenidas, con muchas villas, encendidas de sol blanco, y largos jardines; llegamos al municipio Façendas de Almeirim y seguimos buscando. Por fin, a unos 13 kilómetros del centro de Almeirim, nos aseguran en una gasolinera que junto al cruce de la carretera que va a Marianos está *el palacio de don Manuel*. Ay, Dios mío, ¡si esto es el palacio de Don Manuel...! Entre maizales y cañaverales, en el llamado Casal dos Frades, hay unas naves nuevas y entre ellas un trozo de paño viejo de muralla con entrada en arco de medio punto, con seis merlones manuelinos y un escudo, y, dentro de un gran patio, una pequeña capilla con cruz de teja vieja y rojiza. Unos paisanos pobres, de una granja cercana, nos miran con extrañeza y hasta con suspicacia. Les preguntamos si aquí hubo aquí un palacio y nos dicen que sí, pero sin muchas ganas, y, sin duda, con muchas de que nos vayamos.

Luego nos dirá el bibliotecario don Antonio Nunes do Carmo, que del palacio de invierno de Almeirim no queda resto alguno y que el *Palacio dos Negros*, llamado así por la presencia de unos esclavos negros traídos por don Manuel, se llamó originariamente *Paço da Ribeira de Muge*, *o Paço de Muge*, que un día debió de ser río abundante, cuando abundaba también la caza, lo que unido al buen clima y a la cercanía del Tajo, navegable desde Lisboa, hacía las delicias de la Corte.

Estando en la residencia real de invierno, les llegó a los jesuitas la buena noticia de la aprobación de la Compañía por el Papa. Poco más tarde Ignacio decidió que Francisco fuese a la India y Rodrigues quedase en Portugal para fundar un Colegio en Coimbra que preparase a los futuros misioneros en Oriente.

Cosa curiosa: el primo del jesuita de Javier, el célebre catedrático de cánones en la vecina Coimbra, Martín de Azpilcueta, no logró convencer a Francisco para que fuera a verle a la ciudad univer-

sitaria. Y tampoco aquél se acercó a Lisboa o Almeirim, pese a su cordial relación con Juan III. Azpilcueta, de 48 años, estaba dispuesto a ir con su primo a la India, una vez terminados sus compromisos de cátedra. Francisco le contestaba, en carta de despedida, agradeciéndoselo pero haciéndole ver que ya era "*viejo y flaco*" para los trabajos apostólicos en la India, a la vez que le daba ánimos para que soportase con paciencia la separación y se consolase con la esperanza de volver a verse en el cielo.

Tornó el Maestro Francisco de Almeirim a Lisboa para preparar el viaje a la India. No quiso llevar criado alguno con él, y sólo aceptó un vestido de paño burdo y unos libros. El rey le hizo viajar en la nao del nuevo gobernador Martín Affonso de Sousa, llamada Almirante o Capitana. Era éste un hombre joven, generoso, sabio y prudente. Casado con una rica dama salmantina, había luchado con el emperador en la conquista de Fuenterrabía, prestado grandes servicios al rey portugués en Brasil y había sido ya capitán general del Mar de las Indias. Miembro del Real Consejo y de la Orden de Cristo, era por entonces un segundo Albuquerque. *Es hombre mucho de bien* –escribía Francisco a Ignacio el 18 de marzo de 1841–. *Tal fama tiene en toda esta corte y allí en las Indias muy quisto de todos*.

A primeros de marzo de ese año el rey convocó a los tres jesuitas que partían hacia la India. En las últimas semanas se les unió al Maestro Francisco y a Miser Paulo un nuevo compañero portugués, Francisco Mansilhas, con más vocación que luces y ordenado en la India cuatro años más tarde. El rey les entregó los cuatro *Breves* llegados de Roma: el Papa nombraba al misionero navarro nuncio pontificio en Oriente con todas las facultades inherentes al cargo y le recomendaba al cristiano rey David de Etiopía y a todos los Príncipes orientales.

La pérdida de la fortaleza de Gué, el 12 de marzo de ese año –la primera plaza caída en el Norte de África en manos de moros– retrasó la salida de las naves. Hasta que al fin, el día 7 de abril, se cantó

en la iglesia de los Jerónimos una misa solemne en presencia de los reyes. Allí mismo el Maestro Francisco dijo su última misa en Portugal. Se despidió después de sus amigos de Lisboa y Almeirim, y su fiel Simon Rodrigues, transido de lágrimas, le acompañó en la chalupa que los llevó hasta la nao.

Desde la terraza del *Padrao dos Descobrimentos* vemos también nosotros partir, por la vasta y refulgente desembocadura del Tajo –digno vestíbulo del mar–, las cinco naos viajeras, las velas desplegadas al cierzo y empenachadas con la cruz de Cristo. El lugar convida muchas memorias gloriosas. Y despedimos con júbilo a los misioneros jesuitas europeos, a los que iremos a recibir dentro de poco en las riberas del viejo puerto de la Velha Goa.

No. Sin Portugal Francisco de Javier no hubiera sido el misionero que fue.

CAMINOS DE PRIMAVERA

El cementerio de Roncal, que ya describió en su día el viajero, está limpio y poblado. Parecen más altos e impertérritos los cipreses. Un coche, con matricula de Madrid, está aparcado junto a la tapia.

Bajamos por un sendero, sobre la regata Chanca, que va directa, sin rodeos, y ciega, sin vacilaciones, al río Esca. El sendero lleva a un camino pedregoso, entre robles, espinos, bojes, olmos y... charcas. Un corral, la Borda de Pilar, y unos hortancos a la vera del cauce. La carretera corre paralela por el otro flanco y no le envidiamos ni el asfalto ni los coches ni la velocidad.

Estamos en el término de Beorteguia, sitio de yeguas, de yeguadas. Ahí cerca se ensancha la presa de Garde, salto hidroeléctrico que lleva la energía al pueblo, lejano de aquí: *Central Municipal de Garde*. Está muy deteriorada le vieja rampa de cemento para el paso de las almadías, y es bien visible la escala para las truchas y otras especies que desovan aguas arriba, buscando silencio y frescura. Una casona caleada, puerta y postigos verdes, balcón corrido, mirador, torre, y amplios ventanales al oeste.

Contemplamos las primeras primaveras, de amarillo naciente. Otro pequeño arroyo entre piedras, pero seguro y terne. Huele la tarde a boj.

Se levanta un vientecillo fresco, sospechoso, y empieza a emborronarse el cielo. Los sauces mimbreños y los chopos de las orillas visten ya un verde primaveral y recién estrenado. A nuestra derecha se abre un raso, que sin duda fue hasta hace no mucho tiempo campo de cultivo, rodeado de pinos y ollagares, al pie de unas peñas gemelas. El río hace sobre los guijarros encajes de plata para volver enseguida a desencajarlos. Cantan los mirlos con la voz ya casi limpia, a punto casi de flauta..

La barranca de Anzka, ancha y de mucho fuelle, que ha hecho un gran barillón, nos obliga a pasar por un puentecillo y a remontar un breve repecho en las estribaciones del monte Arbea, o falda bajo la roca, que llega casi a los mil metros. Estamos fronteros a la fábrica de quesos Enaquesa, con siete naves, dos almacenes longos y una alta chimenea con pararrayos. Una casa grande en hastial al otro borde de la carretera, pintada de verde, y otra pequeña junto a ella. Tienen cercanos unos árboles de adorno y un pequeño jardín con cipreses y abetos.

Otro raso en el bosque, una diablura de agricultores locales, y más allá de un cerro, un repetidor. ¿Qué es eso? El camino se hace sendero y sube. Caminamos sobre pedruscos grandes y pequeños. Nos internamos en el bosque a la par de la desembocadura del arroyo Gardalar y de la carretera de Garde. El Esca se hace hondo y suena ya lejano, como una voz que fuera apagándose. Unas escabiosas moradas, tan sencillas y camineras, nos alegran el rápido caminar, mientras la tarde se va tenebreciendo. Vuelven los mirlos a regocijarnos, acompañándonos un rato. Los altos pinos royos también huelen a perfume natural, hecho de madera y cierzo. Alto bojeral. El sendero es casi regacho. Seguimos todavía un rato, a paso cada vez más ligero. El indicador nos hace volver. El sendero bendito y paciente sigue hasta Burgui.

Ya está el cielo apretado y oscuro. Apretado de nubes nimbadas, pesadas, morachas. Nos amenaza el vientillo fresco y cosquilleante

de las tormentas. Volvemos al murmullo del río, que sigue seguro, brillante. Se nos descubren unos molsos de violetas. Cumplen su estricto horario los húmedos limacos. Vemos allí lejos y allí arriba un pico de nieve, que es mucho más blanco que las nubes que nos lo dejan fugazmente ver.

Todo huele a lluvia. Se huele la lluvia. Olemos la lluvia. Es un olor entre vegetal y atmosférico. Hasta que la lluvia comienza a caer de puntillas.

Los olmos están entreabriendo las primeras hojas. Los cipreses del cementerio son seis blandones. Seis plegarias. Seis pararrayos bosqueriles. Seis atalayas de esperanza. Seis llamas verdes incombustibles.

En el anchurón que precede al cementerio, sobre tres gradas y dos columnas nos convoca el busto que esculpió Fructuoso Orduna, escultor local y nacional, de Valentín Gayarre Arregui (1870-1938), nacido también en Roncal, único sobrino carnal de Julián. Influyente político liberal; tres veces diputado a Cortes; cinco, senador, y una, subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros. Se diría que nadie haya visto el monumento.

Un indicador próximo al pueblo nos advierte con un candor de sabio antiguo: *No dejes que alguien diga, y lo diga para tu vergüenza, que todo era aquí bello hasta que tú llegaste.*

Al volver por la carretera hacia Pamplona, vemos que bajo el repetidor, que no nos cabía en la cabeza, hay una granja con dos silos.

Dos semanas más tarde, arrancamos del lugar llamado El Alto, junto a otro cementerio, esta vez de Biskarreta-Gerendiain o Viscarret-Guerendiain. Hoy no sólo se huele a lluvia sino que llovisquea. Pasa de largo y de ancho un grupo de peregrinos a Santiago, mujeres y varones, enfundados en chubasqueros amarillos.

Vamos ladeando un espeso robledal montañoso, entre montes similares, con topónimos que hablan en vascuence y en castellano

de bosques, montes, praderas y carasoles. Comenzamos viendo cerezos y espinos navarros o albares en flor, y pronto brezos, brecinas, cárices y lúzulas. Revuelan y revelan la mañana muchos pájaros canoros: mirlos, bisbitas... En el robledal no sólo hay robles albares y peludos, sino también americanos, hayas, avellanos y pinos.

Junto al extremo sur del recorrido, tras pasar con dificultad algunos tramos encharcados, nos damos en Ohianzelai (o pradera del bosque) con el río Erro, que baja señorón, abriéndose paso entre espesas orillas de hayas, tilos y fresnos. El camino es por aquí pésimo, o los charcos óptimos. Hayas, avellanos, helechales, juncales, viboreras, grandes limacos y dos mozos con mochila a este lado. Y al otro, prados con vacas.

Pasado el regatón de Artazubi, que se clava sin miramientos en el río, salimos por fin a un camino llano y seco, y pronto, en un cruce de caminos con varios indicadores de madera, escogemos uno ancho que nos lleva... a Ureta. Es, como se sabe, un bello lugar y paraje, que el viajero conoció de cerca haciendo el Camino de Santiago, que pasa por aquí. Lo que quiere decir al mismo tiempo que nos hemos perdido.

Hasta que salimos a la carretera y llegamos al Barrio jacobeo de Biskarreta-Viscarret, con media docena de casas dignas de una exposición universal.

Y luego, tiqui-taca, hasta el coche. Con hora y media de retraso.

LAS "MISIONES" DE CUARESMA

La Cuaresma cristiana –la preparación de cuarenta días para la Pascua–, mucho menos austera que el Ramadán islámico, nos adiestra, como reza la fórmula de la imposición de la ceniza, en la conversión y en la fe en el Evangelio. Antes nos decían más rudamente que somos polvo y que en polvo nos convertiremos, cosa que repite la Biblia a cada paso. Polvo: imagen de la trivialidad, del anonimato, de la futilidad, de la apariencia-desapariencia. Hierba del campo, aliento vacío, ser de dolores, de pecados y de muerte... Pero polvo redimido por el Cristo que se nos acerca, levantándonos del lodo que somos por nosotros mismos hacia Él y con Él.

Eso lo aprendimos generaciones enteras, con viva e inolvidable emoción, en aquellos triduos, novenarios, ejercicios, y en aquellas *misiones*, que eran la solemne, pública e intensa potenciación de esas más comunes devociones, y que nos llegaban a parroquias, pueblos y ciudades con un ritmo de gracia, como un supremo regalo espiritual colectivo.

Fue la Congregación de la Misión, fundada el 17 de abril de 1625 por el francés san Vicente de Paúl (los Paúles) la que, recogiendo de los jesuitas del siglo XVI el concepto y la palabra, tan evangélicos, hizo popular en Europa la *misión* entre cristianos, y partiendo de los *ejercicios* ignacianos, se llamaron las *misiones*, adaptándolas

a cada tiempo, lugar y fieles, como se ha hace hoy mismo en muchos sitios con éxito notable.

Después de nuestra guerra de 1936-1939 disminuyeron los ejercicios espirituales y aumentaron las misiones. Muchos recordarán la misión de Pamplona, dada por los paúles, o la de Estella, por los capuchinos. O las grandes y resonantes misiones de Bilbao, Barcelona, Sevilla, Valencia, Zaragoza... Pero en poblaciones menores las misiones tuvieron una resonancia y una influencia tal vez mayores, y que a millones de navarros, españoles y cristianos de todo el mundo nos durará para siempre. Todavía en muchas iglesias de Navarra he visto, dentro o fuera del templo, o en el mismo cancel, una cruz de piedra, cemento, o de madera, color marrón o negro, con la fecha de la *Santa Misión* y los nombres genéricos de los misioneros: paúles, jesuitas, capuchinos, pasionistas, redentoristas...

Las misiones solían (y suelen) celebrarse durante el *tiempo fuerte* de Cuaresma, aunque también, y según las zonas agrícolas o calendarios laborales, se aprovechaba el *tiempo fuerte* del Adviento o los plácidos meses de septiembre y octubre, allí donde no había vendimia.

No había uvas que recoger, entre el 17 y el 25 de septiembre de 1932, en Urraúl Alto, pero faltaba aún mucho por trillar aquel año, y sin embargo se celebraron esa semana las Misiones en todo el Valle, predicada por los padres capuchinos de la residencia de Pamplona. Adoain, pueblo del Venerable capuchino P. Esteban, le tocó al P. Mariano de Sangüesa.

Muy de madrugada había rosario, misa y plática para todos. Al corresponsal del diario se le metieron en el alma cánticos misionales como el *Viva María*, *Pastora Divina*, y *aquella Salve preciosa y conmovedora*, *coreada por todo el pueblo*. De once a doce de la mañana se daba la catequesis a los chicos y chicas. De siete a ocho de la tarde, la conferencia para las Hijas de María, seguida por el ensayo de los cantos. A las ocho era el acto central y general de la Misión, con sermón

sobre las verdades eternas, al que seguía una breve plática familiar para jóvenes y padres de familia. Aquel año, los actos de las Misiones de todos los pueblos del Valle culminaron en la *grandiosa misa* celebrada en la basílica de Santa Fe, de Ezpároz, la mañana del domingo 25. Pero ya veremos cómo el sábado anterior los de Adoain la semi clausuraron a su manera.

Durante la misión en Arbeiza y Zubielqui, donde predicó el jesuita P. Dávila, la primera semana de marzo de 1934, de clima inclemente, hicieron la primera comunión 11 niños, y las Hijas de María, dirigidas por las señoritas Emilia y Mary de Arteaga, cantaron la misa *S. Josephi Calasantii*, a dos voces mixtas, de Ravanello.

Entre las crónicas de las fiestas de San Veremundo, en Villatuerta, y de la fiesta de los Mártires de la Tradición en Peralta, en 1933, el corresponsal de *Diario de Navarra* en Urbiola dedicaba una columna a la *Santa Misión* celebrada en el pueblo, donde no se celebraba *desde tiempo inmemorial*. Pero con ocasión del XIX Centenario de la Redención, *una persona piadosa* y anónima se ofreció a sufragar los gastos. Y llegaron los misioneros redentoristas PP. Pinedo y Ramos en los primeros días de marzo de ese mismo año, dentro del semestre más tranquilo de toda la República. A Urbiola acudieron vecinos de Luquin, Barbarin, Villamayor, Ázqueta, y hasta de Olejua, distante cinco kilómetros. Lo que más les conmovió a todos fue la comunión de los niños y de los hombres. ¿Quién dijo que España había dejado de ser católica? *Hasta el corazón berroqueño de Azaña, que un día se atrevió a fustigar con ese trallazo el rostro de la España católica, se habría conmovido al ver a estos hombres fornidos como los robles de sus montañas, de rostro curtido por el sol y la cellisca, y de fe robusta y firme como las rocas de sus ruinas, acercarse cual mansos corderitos a nutrir sus almas con el Pan de la vida.*

Pero nadie como *J.A.*, que escribe desde Arre, en febrero de 1934, para exaltar en los términos más entusiastas la elocuencia y la unción sagradas de los capuchinos PP. Ricardo de Lizaso y Gumersindo de Estella, que predicaron en el lugar, del 17 al 25 de ese mes, y hasta la *inspiración divina* del párroco don Guillermo Jabat que los llamó. El pueblo respondió en masa y acudieron muchos fieles devotos desde Villava y Oricain. La apoteosis tuvo lugar la tarde del

domingo, con el sermón del P. Gumersindo, las promesas del bautismo y el himno, cantado por todos, del *Christus vincit...*, que *elevó nuestro pensamiento en un éxtasis angelical a las regiones sublimes de lo maravilloso*.

Al cronista de Arre la misión le parece *un paso más en la vanguardia de la fe*, ante *esa apostasía incomprensible de tantos católicos*, y una prueba de un *resurgir religioso* frente al *negro borrón de la impiedad* caído sobre las páginas de nuestra historia. Sabía demasiado bien lo que decía. Al final, mucha gente acompañó a los misioneros hasta los límites municipales, y hasta allá se oían las campanas, *que doblaban compungidas ante este acto emocionante de la despedida*.

Los fervorosos fieles de Adoain, como he dicho, quisieron hacer una de las suyas. El día anterior a la clausura solemne en Santa Fe de la misiones en todo el Valle, se congregaron los paisanos en el atrio de la iglesia al alegre volteo de las campanas y de allí partieron todos, a pie o en mulos, camino de la sierra, rezando y cantando el santo rosario.

Los mozos y hombres del pueblo llevaban por delante a hombros una gigantesca cruz, con el *Christus vincit*, *Christus regnat*, pintado en el frontis, además del recuerdo de la Misión, *predicada por un capuchino*, y la fecha: 24.IX.1932. Las Hijas de María la llevaron durante un cuarto de hora. Cuando la cruz fue fijada en el risco de Aldatxur, a 1.200 metros de altura, una nutrida salva de aplausos, cohetes y tiros de escopeta *saludó al signo de nuestra Redención*, *atronando todo el Valle de Urraúl Alto*, *que debió sentirse en aquellos momentos fuertemente estremecido*.

"MIRAD EL ÁRBOL DE LA CRUZ…"

Antes, mucho antes de que veneraran nuestros mayores los Cristos de nuestras catedrales e iglesias, los Cristos barrocos, renacentistas, góticos, románicos, bizantinos…, fueron las cruces, las simples cruces escritas, marcadas, pintadas, esculpidas, forjadas, grabadas… en fachadas y estancias de casas, escuelas, casas consistoriales, hospicios, hospitales, santuarios, ermitas, iglesias, cementerios, entradas y salidas de pueblos y ciudades, cruces de caminos, cimas de montes, o cabañas de campo; en cartas, testamentos, contratos, libros, estampas, cuadros, invitaciones o recordatorios; en medallas, pulseras, pendientes, colgantes o vestidos…

Son costumbres antiquísimas. Los cristianos comenzaron a llevar cruces por devoción desde la paz constantiniana (año 313); en ese mismo siglo se adoptó el plano cruciforme de las iglesias. No mucho más tarde se comenzó a poner cruces en todas partes y se enviaron a distintos lugares reliquias de la *vera cruz*. Mucho más tarde, como sustitución de las peregrinaciones a Tierra Santa, en el siglo XV, se introdujo en Europa la bellísima devoción del vía crucis. Y hasta el fundador de la Cruz Roja, símbolo universal hospitalario, se inspiró en la antigua cruz roja de los camilos, popular desde el siglo XVII.

El misterio cristiano por excelencia – misterio como eternidad en el tiempo– es que la voluntad salvadora de Dios se reveló en la crucifixión y resurrección de Cristo; revelación todavía velada hasta el *último día* de la manifestación gloriosa.

¿Qué es este nuevo misterio?, se pregunta un primitivo himno cristiano:

Lo invisible es contemplado sin vergüenza alguna.
Lo inasible es asido sin ninguna indignación.
Lo impasible sufre y no se venga por eso.
Lo inmortal muere y no se resiste.

La cruz fue un popular motivo ornamental y simbólico en pueblos tan antiguos como China, Egipto, Creta o Babilonia. Como instrumento de suplicio, de origen persa, lo utilizaron, más cerca de nosotros, griegos y romanos. Pero desde los primeros siglos los cristianos vieron en la cruz, en aquella cruz brutal y escandalosa, el símbolo de un amor que transfigura el horror en belleza y denuncia el pecado en el mismo momento en que lo perdona. Y, además de ese símbolo fundamental, también el cruce de los dos grandes círculos del cielo, el ecuador y el elíptico, formando una *X*, en torno a la cual gira toda la bóveda celeste (alma del mundo), como lo describió Platón, varios siglos antes, en las páginas oscuras del *Timeo*.

Para algunos de los primeros Padres de la Iglesia, como san Justino o san Ireneo (s. II p. C.), esa *X* platónica es la prefiguración del Logos de Dios creador, que, clavado en el leño, abraza al mundo entero, iluminando sus cuatro dimensiones, imprimiendo en todas las cosas la marca de esa cruz y congregando todo lo que está disperso en torno al Padre celeste. La cruz aparece, pues, como recapitulación de la obra creadora, signo sencillo, símbolo sensible del misterio de la creación y de la salvación.

Dios ha abierto sus manos en la cruz para contener los límites de la Ecumene, y por esto el monte Gólgota es el polo del mundo, dice san Cirilo de Jerusalén a los bautizados en la basílica de la Santa Cruz. *Oh, cruz, reconciliación del cosmos* –canta un panegírico bizantino de Andrés

de Creta–, *límite del espacio terrestre*, *altura del cielo*, *profundidad de la tierra*, *vínculo de la creación*, *extensión de todo lo visible*, *anchura de la Ecumene*.

Y porque la cruz es síntesis de la ley creadora y redentora del mundo, aparecerá bien visible en el cielo al final de los tiempos, como la gran señal restallante que precederá a la venida de Cristo glorificado, a la manera de la enseña regia que precede al cortejo real.

En la fiesta alegre de la exaltación de la Santa Cruz (14 de septiembre) o en la solemne adoración de la cruz, la tarde del Viernes Santo, los cristianos celebramos con alegría anticipada la victoria final de la cruz de Cristo sobre la muerte:

Mirad el árbol de la cruz,
donde estuvo clavada la salvación del mundo.

En las actas, algunas apócrifas, de los mártires se habla del árbol de la cruz, plantado en tierra, que alza sus frutos hasta el cielo, que abarca al mundo en su totalidad, que levanta al hombre caído y lo conduce a la gloria.

Por todas partes veían los antiguos cristianos la cruz: en el hombre que ora con los brazos extendidos; en el vuelo de los pájaros; en ciertos útiles agrícolas, como el arado; en el mástil de los barcos; en los trofeos y estandartes de los ejércitos…

Un autor anónimo griego del siglo IV contrapone el árbol de la cruz a Helios (Sol), el dios supremo de los misterios paganos. De la cruz –árbol y lanza– se sirvió Dios para vencer a los ídolos. Cristo crucificado es el *verdadero Orfeo*, que fue a buscar a su esposa, la humanidad, en las profundidades del Hades sombrío.

He aquí, pues, la cruz, que de instrumento de dolor y de muerte ha sido elevada por la fuerza del simbolismo cristiano a punto central de la historia de la salvación, llevada a cabo por Dios desde el origen del mundo.

Fue uno de los principios de la teología simbólica del cristianismo primitivo que todo lo que Dios había revelado en el Antiguo Testamento era prefiguración de la salvación futura por medio de la Sabiduría encarnada y crucificada. Y así *el árbol de la vida,* símbolo de inmortalidad, plantado en medio del paraíso, rodeado del río de cuatro brazos, e imaginado por los profetas en medio del templo de Jerusalén, es figura principal de la salvación mesiánica. El libro del *Apocalipsis* (Revelación) celebra a través de la misma imagen los frutos de vida inmortal que reciben los cristianos vencedores, testigos de la victoria de Cristo. Entre estos dos árboles de la vida, entre el comienzo y el fin de la historia, está el árbol de la cruz del Gólgota, árbol del Nuevo Adán, contra figura o antítesis del Viejo, en la rica contraposición de muerte-vida, pecado-gracia, que recorre toda la rica literatura cristiana.

Las frecuentes representaciones pictóricas medievales del cráneo de Adán al pie del árbol de la cruz simbolizan todo esto, lo mismo que las fantásticas leyendas en torno al árbol de la vida.

Prefiguraciones menores de la cruz son también los dinteles de las casas judías en Egipto marcados cruciformemente con la sangre del cordero pascual; la madera del Arca de la Alianza; la vara de Moisés, que hace brotar agua de la roca; el palo del que estaba suspendida la serpiente de bronce…, símbolos bíblicos frecuentes tanto en la historia de la mística como en la historia del arte.

Al juglar y poeta italiano Venancio Fortunato (c.530- c.600), obispo de Poitiers, le debemos el precioso himno *Vexilla regis prodeunt, / fulget crucis mysterium,* donde se encuentra el célebre verso *O crux, ave, spes unica,* y que canta al árbol santo como altar, como víctima, como gloria de la pasión, en la que la Vida sufrió la muerte y con

esa muerte nos devolvió la vida. Árbol bello y luminoso, adornado con la sangre del rey, elegido de la mejor estirpe para poder tocar miembros tan santos.

Varios siglos después, para nuestro Berceo la cruz resume todo:

Siquier los sacrificios, sequier las prophecias,
Lo que Daniel dixo, e lo que Iheremias,
E lo que Abacuc, e lo que Ysayas,
Todo se ençierra en la cruz de Messias.

El Dante, en el canto XIV de su *Paradiso*, ve en la cruz, sobre la que centellea Cristo, el paraíso de los elegidos, el símbolo de la gloria eterna que, tras el paso por un generoso sacrificio, culmina en una visión extática. El poeta queda enamorado y raptado por la melodía de alta alabanza desprendida por la cruz, entre las luces que se le aparecen, sin que pueda entender la letra del himno:

così da lumi che lì m'apparinno
s'accogliea per la croce una melode
che mi rapiva, sanza intender l'inno.

De la cruz a la luz. Dos símbolos universales, sin los cuales no se comprende el mundo.

DIARIO DE UNA PENA Y DE UN GOZO

El domingo de ramos, o de palmas en otros sitios, amaneció jubiloso y nos fuimos con el carrito de cuatro ruedas a la iglesia cercana de la Casa de Misericordia. Mi madre vivió gozosamente la bella, y siempre bien llevada allí, celebración dominical, y luego tomamos el sol y la primavera irrumpiente en un parterre del jardín con narcisos coquetos y pensamientos extrovertidos.

La mañana del martes santo, aunque soleada, salió fresca, así que no paseamos ese día por los glacis de la Vuelta del Castillo, sino que fuimos directamente a misa de doce a la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Paz. Como había perdido un poco el oído con tanta operación, pastillas y cosas, buscamos sitio junto a uno de los altavoces, y la audición fue perfecta. Aprendimos pues dónde colocarnos en la celebración del próximo Jueves Santo.

Todo el miércoles fue un día normal y ordinario dentro de su progresivo restablecimiento. Lo extraordinario, la visita de dos primas y vecinas; las tres repasaron una parte de su historia común en el pueblo, se rieron mucho, y, además, nos dejaron en casa pastas, pimientos y dulce de membrillo. Después de cenar, vimos la última parte del partido España-Holanda y el telediario de la 2. Luego terminó ella de leer el diario, el último número de *Vida Nueva*, y repa-

só lo que más le gustaba de *Sueño de un anciano,* de J. H. cardenal Newman, antes de hacer en común la oración litúrgica de la noche.

Un ronquido abrupto me arrancó del sueño a la madrugada, en una hora no prevista, y vi acongojado sus ojos desorbitados, su boca abierta, la respiración fatigosa. Esta vez parecía mucho peor que otras parecidas. ¿Sacarla o no de casa? Las vecinas y amigas, allí presentes, sabían que le daban, al salir, el último beso. El viaje en ambulancia, sin poder ir al lado de la enferma, se me hizo cruel.

Volvíamos a la clínica, que había sido durante semanas nuestra morada en los últimos trece meses. Esta vez ya no pudo ver a sus médicos, enfermeras y ayudantes, que siempre le parecieron encantadores. Enfrente estaban los mismos montes, el mismo poblachón, el mismo polideportivo, las mismas riberas, ya abrileñizadas, del río, pero ahora desdibujado todo por la neblina de la tristeza, y como último decorado meramente exterior del drama de una vida.

Fueron, no es menester decirlo, las horas más duras de mi vida. Mi madre, que perdió a la suya a los 5 años, las había pasado más amargas todavía a la cabecera de su marido y mi padre, herido grave en la guerra, que se le murió pocos días después en un hospital a los 26 años, y tan amargas a la vera de tres de sus hermanas y de su padre, fallecidos a una edad avanzada. De ella aprendí la preparación para *una buena muerte*; y de su propia *recomendación del alma*, expresada en voz alta en uno de sus soliloquios tras la última operación, sus oraciones preferidas, sus santos más cercanos, sus difuntos predilectos.

Si la clínica y el tanatorio me libraron de sentir el desgarro que mi madre y yo sentimos cuando sacaban de nuestra casa del pueblo el cadáver del abuelo, no pudieron evitarme, naturalmente, el desgarro mayor. Me pareció también entonces, como escribía santa Teresa acerca de la muerte de su padre, que *se arrancava mi alma cuando vía acabar su vida*, *porque le quería mucho*.

Familiares, amigos y vecinos nos encontramos pronto en otro lugar tantas veces frecuentado, el tanatorio, que nunca elogiaremos

bastante. Viernes Santo: día propicio para velar el cadáver de nuestro ser querido y pensar, en medio de encuentros emocionados y consoladores, en su recreación por el Señor, muerto y resucitado *por* todos nosotros. Aquel día y medio de tanatorio era otra *estación* dolorosa en el camino de nuestra vida, y los que allí velábamos, enlutados por el dolor, la tristeza y el llanto, llevábamos con pesadumbre, pero a la vez con gozo íntimo y agradecido, el *paso* del sepulcro de nuestra amiga, tía, prima y madre.

Fue también para nosotros, en la fe esperanzada, un Sábado de *gloria*. Sobre el ataúd dejé las dos primeras flores con que nos sorprendió la azalea de nuestra terracilla, mientras rebrotan lentamente los geranios helados en diciembre. Los salmos, himnos y oraciones que recitamos, las vivas y calurosas palabras que escuchamos de nuestros amigos, desde cerca y desde lejos, nos ayudaron a no llorar o a no lamentarnos *como los que no tienen esperanza*.

En el camposanto de Pamplona, donde "descansan" dos de sus hermanos, quedó por unas horas su cuerpo mortal, que no su *cuerpo espiritual*, en expresión de san Pablo, quien no distinguía tanto el cuerpo del alma como Platón o Descartes.

Tú que habitas un cuerpo glorioso,
y que hablas el lenguaje del misterio,
me dirás las ubérrimas palabras
del sabio diccionario del silencio,

gemía cantando la primera estrofa del poema final que le dedicamos.

Concluido el Triduo Pascual, elegimos la iglesia parroquial de N.S. de la Paz, que fue para ella su segunda casa, para celebrar la Pascua del Señor, su *paso* de la muerte a la vida, de la cruz a la gloria, llevándonos a todos con Él.

La última oración de *El Cristo de Velázquez*, de Miguel de Unamuno –probablemente el poema más acabado sobre Cristo en cruz, entre los escritos en cualquier lengua–, que a mi madre le impresionaba tanto, nos arrojó el chorro humanísimo y divinal de sus versos manantiales:

(…) ¡Dame,
Señor, que cuando al fin vaya perdido
a salir de esta noche tenebrosa
en que soñando el corazón se acorcha,
me entre en el claro día que no acaba,
fijos mis ojos en tu blanco cuerpo,
Hijo del Hombre, Humanidad completa,
en la increada luz que nunca muere;
mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,
mi mirada anegada en Ti, Señor!

Dos fechas más tarde, llovía con lentitud abrileña en Pamplona. Estaba por llover en Mañeru y de la mano húmeda del cierzo esparcí sus cenizas en el camposanto donde están o estuvieron los restos de sus seres más queridos, la mayoría de ellos en un fraternal anonimato. Qué distinto, ahora tan florido y humanizado, de aquel corral de hierbas, que se cortaban los días de entierro y "el día de almas" en mis años jóvenes. Brillaban de alegría pluvial los herbales circundantes. Pinos y cipreses, cruces, lápidas y estelas, fueron testigos de un nuevo cuerpo de corrupción sembrado para la incorrupción.

Poco después, en el monte de la ermita de Santa Bárbara, patrona y símbolo de la villa, el viento era más recio y favorable. Me sostenía sobre la base sur del fortín, en el que pelearon por Dios, la Patria y el Rey nuestros bisabuelos carlistas, a los que heredaron nuestros padres requetés, cerca de la cruz que rememora su sacrificio. Las nubes cercaban ya la serrezuela de Miranda y la borrasca amorataba Montejurra, la más alta torre de señales y de símbolos de la comarca.

Por fin, el sábado siguiente, la iglesia de nuestro pueblo, don-

de ella vivió los primeros 53 años de su vida, se incensó de su recuerdo y sobre todo de la acción de gracias a Dios por su vida humilde y servicial. Como la de tantas madres que, en medio de la pobreza y de sobradas dificultades, vivieron una vida entregada y de una limpia y contagiante felicidad.

Un viejo himno cristiano, que solía recitar, como tantos otros, de memoria, nos sirvió de oración final comunitaria:

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Al volver esa noche a Pamplona, sentí en el hondón de mi ser que habían pasado ya siglos desde la muerte de mi madre: los siglos de la sufriente y esperanzada humanidad.

AMORES DE ABRIL Y MAYO

Director, por rotación, de la revista de poesía *Río Arga*, decana de las revistas españolas del género, a punto de cumplir sus bodas de plata y de publicar su número 100, me llegan muchos poemas desde dentro y fuera de Navarra, especialmente de autores jóvenes, que después serán valorados por el consejo de redacción.

A primeros de abril me llegó un breve poema, una canción vigorosa y alada, transposición a nuestro tiempo de una vieja canción goliárdica, canción de danza primaveral.

Sostienen algunos autores, y aquí me importa poco la razón o sinrazón de su tesis, que los orígenes de la lírica medieval están inseparablemente ligados con las fiestas de primavera. Las canciones llamadas *pastorelas*, *debates* o *albadas* (canciones de alba), *canciones de danza*, etc., no serían sino especies de las primitivas canciones primaverales, llamadas en Francia *reverdies* y también "canciones de mayo", muy populares a fines del siglo XII y comienzos del XIII: una invitación al amor en *las kalendas mayas* o *maieroles* –aún vivas en algunos lugares del Baztán–, fiestas consagradas a Venus:

Mout en ai le cuer gai
Compaignon, or dou chanter
En l'onor de mai.

Las primitivas canciones primaverales en toda Europa – también nuestras canciones *d'amigo*, jarchas, zéjeles, villancetes, villancicos– son casi siempre canciones de amor. En el siglo XII la poesía erótica –de recia tradición en todas las literaturas antiguas, también en la griega y latina–, amortiguada o espiritualizada por los monjes de la alta Edad Media, irrumpe juvenilmente alcanzando un alto grado en la expresión del sentimiento íntimo y en la técnica formal. Sus principales autores se llaman trovadores y se llaman goliardos.

El jesuita de Los Arcos, Ricardo García Villoslada (1900-1991), historiador especialista en la época del Humanismo y del Renacimiento, a quien tuve como profesor de historia en Roma, publicó el año 1975 un curioso libro *La poesía rítmica de los goliardos medievales*, que va mucho más allá de los autores y poemas recogidos en el popular *Codex Buranus*, que contiene los célebres *Carmina Burana*, compilado hacia el primer tercio del siglo XIII en el monasterio bávaro de Benediktbeuern.

La aparición en el siglo XII de las universidades europeas y el auge de las sociedades urbanas ofrecieron amplias posibilidades a los viejos clérigos vagos (*clérigo* era todo aquél, eclesiástico o laico, que estudiaba), vagabundos, pobres y apicarados, abundantes sobre todo en tierras de Alemania y Francia, gente de buen gaznate y excelente tragadera *(geule*, en francés), llamados *guliarts* o *goliarts*, palabra latinizada como *goliardus*.

Su poesía, *goliárdica* o *goliardesca*, exclusivamente lírica y escrita en latín, toca varios registros. Canta los placeres de la taberna y del juego o es rudamente crítica con todos los estamentos establecidos. Pero sobre todo se dedica a celebrar las delicias de la relación amorosa en el marco del reverdecimiento primaveral, aprovechando en ocasiones una fraseología bíblica y litúrgica, cuando no hasta los mismos, hermosos y abundantes, himnos y secuencias litúrgicos en latín que los compositores goliardos conocen bien. Todas las posibilidades métricas son buenas para ellos, pero utilizan sobre todo la rima consonante y los versos de siete más seis sílabas.

En España, la patria del goliárdico Arcipreste, sobresalió su antecesor, un monje de Ripoll, llamado *Anónimo Enamorado*, no recogido en el *Codex Buranus*, cantor de la belleza corporal de la mujer y autor de aquellos lindos tercetos monorrimos:

Aprilis tempore, quo nemus frondibus
et pratum roseis ornatur floribus
juventus tenera fervet amoribus.
Fervet amoribus juventus tenera
pie cum concinit avícula
et cantat dulciter silvestris merula.

(En el mes de abril, cuando el bosque se engalana de hojas y el prado de flores, la tierna juventud hierve de amores. Hierve de amores la tierna juventud cuando las avecillas cantan suavemente y el mirlo gorjea con dulzura).

Y nos relata pormenorizadamente cómo fue su caza amorosa, una tarde en que volvía de cazar, guiado por Cupido, el hijo de Venus.

En su breve pastorela *De somno* (Sobre el sueño), y en dísticos de factura clásica, nos canta su despertar sobre la pradera verde junto a una joven hermosa, un día de abril. Claro que nos ha dicho al comienzo que, si fuesen realidad sus sueños, estaría perennemente rebosando de gozo:

Si vera somnia forent quae somnio
magno perenniter replerer gaudio.

No sólo en abril. Un día de mayo florido tropezó con una apetecible doncella de la comitiva de Venus Citerea. Esta vez nos lo cuenta en cuartetos monorrimos octosilábicos:

Maio mense, dum per pratum
pulchris floribus ornatum.

Irem forte spatiatum
vidi quiddam mihi gratum.

Cogía flores para llenar su canastillo. Era honesta y noble, pudorosa, incapaz de despertar sospechas o de molestar a nadie. Sus ojos relucientes, níveos sus dientes, sus pechos poco abultados y blancos como la nieve. Judit era su nombre:

Oculi sunt relucentes
nivei sunt ejus dentes.
Nec papillae sunt tumentes
sed sunt quasi nix candentes.

En versos semejantes a los empleados por ilustres poetas eclesiásticos, entre ellos Padres de la Iglesia, el osado Anónimo Enamorado describe los encantos (*laudes)* de su amiga:

Sidus clarum | puellarum | flos et decus omnium | rosa veris | quae videris | clarior quam lilium (…)

Tibi dentes | sunt candentes | pulchre sedent labia | quae si quando | ore tango | mellea dant savia.

Et tuarum | papillarum | forma satis parvula | non tumescit | sed albescit | nive magis candida.

(Claro lucero de las doncellas, flor gloriosa de todas ellas, rosa primaveral, que pareces más blanca que el lirio (…) Tus dientes son muy blancos, tus labios tan hermosos, y si los rozan mis labios, destilan suave miel. La forma menudita de tus pechos no hace bulto, pero albea más que la nieve)

Cuando llega a las piernas, exclama: *para qué más*. Su amiga, en fin, vence a las diosas celestes y terrestres en hermosura y en linaje.

Hasta hace unos pocos años se mantenía en Pamplona un concurso titulado *Versos para una primavera*. En muchos colegios y centros culturales es el tiempo de los certámenes poéticos. ¿Quién no escribió y escribe por estas hierbas versos primaverales?

Un poema latino, de origen francés, compuesto hacia el año 1000, enlaza los encantos del paisaje primaveral con la soledad de una joven que suspira por su amor. Cuando ella siente el suave céfiro y el tibio sol, y ve la tierra salpicada de flores, y oye a las aves que hacen sus nidos cantando entre los árboles en flor, palidece y aunque levante la cabeza nada oye ni ve. Sólo pide a su amado que por gracia de la primavera le oiga y contemple la fronda, las flores y la grama, que ella desfallece:

Cum mihi sola sedeo
et haec revolvens palleo,
si forte caput sublevo
nec audio nec video.

Delicioso llama otra canción goliárdica al tiempo en que trina el ruiseñor, abrasa el amor cuerpos y almas, y el amante se siente florecer:

Tempus est jocundum, / o virgines. / Modo congaudete, / vos juvenes.

O, o, totus floreo! / Jam amore virginali / totus ardeo; / novus novus amor/ est quo pereo.

Todo el campo reverdece en abril y mayo, gorjea una última canción goliardesca. La alondra canta, la pequeña corneja grazna, la golondrina trisa, el dulce cisne parpa, y el cuclillo cucúa por los bosques en flor. El tilo expande sus anchas frondas; debajo crece el tomillo entre la verde hierba, donde la danza acaba de empezar.

OTRA VEZ A RONCESVALLES

Bajo un cielo de uralita salimos, este primer domingo de junio, de Pamplona. Chispea cuando llegamos al arranque de la carretera de Garralda, en Arrobi, donde romeras y romeros de Aézcoa toman la vialicia y se visten para marchar en procesión hacia Roncesvalles. Si no la más penitente ni esforzada, o tal vez por eso, es la romería más vistosa de todas. Al cabo de unos años, coincidimos con ella.

Como ya apunté en un trabajo anterior, las iglesias del Valle figuran ya en la dotación hecha por el obispo de Pamplona, Sancho Larrosa, fundador de la cofradía para cuidar del hospital de Roncesvalles o de la Caridad, el año 1127. A mediados del siglo XIII ya hay hermanos del hospital, o cofrades, en los valles cercanos, como Aézcoa, y hasta en más lejanos como Roncal o Arriasgoiti.

La pecha de tres cenas, equivalente a treinta libras, pagada por los aezcoanos al rey, fue destinada por Felipe el Largo, en 1319, para mantener capellanías y aniversarios en dicho hospital, y desde el siglo XIII se dedicaba para ello casi la mitad del canon que el Valle

pagaba por los Puertos Grandes, hasta la cesión del Monte en 1784, cuando se convino que cien florines fueran para el rey y otros tantos para la Colegiata.

Incontables son, por otra parte, las donaciones de las gentes de Aézcoa a Roncesvalles, donde frecuentemente hubo canónigos del Valle pirenaico, y a donde acuden miles de cofrades y de devotos en las fiestas de San Quirico y Santa Julita (16 de julio) y sobre todo en la fiesta de Natividad de la Virgen (8 de septiembre).

La reforma tridentina, según Miguel Larrambebere, que ha estudiado bien la cosa, vino a cambiar la trayectoria. El Sínodo de Pamplona de 1590, acordó suspender todas aquellas romerías de las que no pudiera volver el mismo día, y fijó un determinado límite en el recorrido procesional. Por evitar abusos y hasta desmanes, se provocaron protestas, denuncias y pleitos. Lo cierto es que, a partir de finales del XVII, la mayoría de los pueblos dejó de acudir a Roncesvalles, aunque algunas localidades mantuvieran la cofradía hasta 1716, y Aria hasta 1765.

Llegaron después tiempos recios de guerras, invasiones, desamortizaciones, persecuciones y exilios. Pero, tras el restablecimiento definitivo del cabildo en el santuario (1887), volvieron los peregrinos a pedir a la Virgen de Orreaga, por ejemplo, protección contra el cólera (1858 y 1885), hasta llegar a las grandes jornadas peregrinas de finales de siglo y comienzos del siguiente. La coronación canónica de Nuestra Señora de Roncesvalles, el 8 de septiembre de 1960, será cifra y símbolo de casi 900 años de piedad mariana y de cristiana peregrinación.

En el camping Urrobi andan preparando la carrera ciclista de juveniles.

Burguete que ha crecido de estar junto al Camino, canta un verso de Eduardo Marquina.

No hay un alma en el pequeño burgo, este domingo lascarro. Es

cosa de ver cómo corre el agua junto a las aceras, después del arreglo de las calles. Salen unos paisanos de casa con paraguas. Pero antes han salido las flores de los tiestos, geranios mayormente, también alegrías o laureles manchados, que han madrugado más que sus dueños. Dejamos el coche en la calle lateral de San Nicolás, donde hay muchos coches aparcados. Y encontramos por fin dónde desayunarnos.

Pasa ahora la carrera, que se adelanta a la romería: motos, altavoces, coches, ciclistas. Sale la gente a balcones y ventanas. No suele ser corriente que una prueba deportiva sea el prólogo de una devoción tradicional. Hay también espectadores en las bocacalles. Orvalla sobre la calle-camino secular de Burguete, pasto de las llamas a finales del XVIII, y sobre los paraguas abiertos.

Pero se oye ya por el altavoz la voz alta del almífico José Luis, que anima la romería de Aézcoa.

Saludan a los peregrinos las campanas de la villa por donde pasa la romería: madrugadoras, rápidas, contenidas.

Abre la marcha el pendón del Valle. Y tras él, las nueve cruces parroquiales de las viejas parroquias aezcoanas, tan roncesvalleras, como hemos visto, portadas por adultos, con dos monaguillos a los lados. Detrás de las cruces, grupos de pastoricas y pastoricos, vestidos a la vieja usanza.

A los dos lados, los romeros entunicados, con la cruz de madera, asida por las manos altas sobre los hombros. Los siguen unas filas de chicos grandes y hombres maduros, y hasta ancianos, con trajes entre deportivos y domingueros.

Tras los pastores, en el centro del cortejo, llegan los regidores o alcaldes de los nueve ayuntamientos, más el presidente de la Junta del Valle, a los que acaba de saludar su colega de Burguete: calzones, chalecos y chaquetas negros; la ongarina también negra, de mangas perdidas, ribeteadas de colores vivos encarnados, pendiendo sobre la espalda una larga capucha; sobre los hombros un pechero de lino blanco, atado por delante con un cordón rojo; faja de lana negra; medias negras de algodón, zapatos negros, y sombrero de medio queso, del mismo color, con alas vueltas hacia arriba. En la mano, el chuzo, primitivo símbolo de autoridad, rematado en punta de lanza, y

colgando del cuello la medalla de la coronación de la Virgen de Roncesvalles.

Regidores, relucientes, cimbreños, mayúsculos.

Siguen a los mandatarios los estandartes blancos y azules de las Hijas de María de las nueve parroquias, llevadas por mujeres mozas, símbolos clásicos del pueblo, revestidas con el traje típico aezcoano: faldas plisadas de paño negro; camisas blancas de lino; justillo sin mangas de pañete con motivos geométricos azules, verdes y blancos; zapatos negros y medias blancas de hilo. Y las mujeres casadas, con sus justillos de paño negro con vivos encarnados, y sayas, zapatos y medias negras.

Qué coloriadas, rozagantes, festinadas, jarifas, marchan las romeras aezcoanas!

Perdidas entre ellas, cuatro caminan descalzas, cubierta la cabeza con un velo negro.

Los entunicados se relajan cuando terminan de pasar Burguete, y con ellos todos los demás. La romería entonces se hace, a paso ligero pero sin prisas, comitiva familiar y sosegada. Los sacerdotes que animan la marcha leen en cada misterio del Rosario un trozo del evangelio, lo comentan brevemente, dirigen el rezo y entonan las ave-marías tradicionales

– *Santa, Santa María...*

El aguarrucio es tan fino que casi no se nota. Van desapareciendo los paraguas. Una Virgen del Pilar protege la fachada del cuartel de la guardia civil.

Está el bosque en su ubérrima plenitud. Hayas, robles, fresnos, arces, pinos, tienen la primavera cabal en la savia y forman el semi arco más largo y vistoso sobre una procesión en Navarra

– *Roncesvalles, pequeña Jerusalén celestial, símbolo del cielo...*

Pasamos entre las orillas del bosque, generosas de flores delicadas y exquisitas: ranúnculos, murajes, acederillas, collejas, cuajaleches, aliarias, globularias, toronjiles... Junio es el mes más bello en el norte de Navarra.

Voy repasando la áspera historia del Valle de Aézcoa, y entre viendo su humanidad desnuda bajo las ongarinas, los justillos, los trajes de domingo, las túnicas de los peregrinos:

Pastores, ganaderos, artesanos, leñadores, labradores de tiempos antiguos, muy anteriores a las *tenencias* del reino pamplonés, en tensa relación ya con los vecinos de los valles vecinos, a este y al otro lado de la muga, y entre ellos mismos por motivo de pasto y reses. Guardianes personales del rey Sancho el Fuerte. Arqueros y ballesteros de los ejércitos reales navarros. Partidarios, forzosos muchas veces, de Agramont o Beaumont. Víctimas infelices de represiones brujeriles. Exportadores de pan, vino y ganado a Ultrapuertos y Bearne, arriesgando vida y hacienda en los pasadizos de los Puertos. Reacios a los llamamientos bélicos de los virreyes, pero obligados defensores de sus tierras y pueblos para impedir el robo, la violación, la destrucción, el incendio y el crimen. Emigrantes a las Américas, a Francia, a otras tierras de Navarra. Pastores, ganaderos, agricultores, leñadores, barranqueadores, transportistas, empresarios, profesores, mujeres y varones del común...!

La romería llega al santuario. Entre las filas de los que esperan –hoy, menos, por el mal tiempo–, la letanía se espesa en siglos, se potencia en millones de súplicas, se eleva a ritual que envuelve y rebasa a cada peregrino penitente y agradeciente.

Retintinean de júbilo las campanas nivales de la Colegiata.

Y luego, la salve sobrecogedora, de la que otro día hablé; el caldo cálido, el trajamandeo, la parletería, la misa, el aperitivo, la comida, la parranda, la despedida a la Virgen a las cuatro y media, y la marcha de vuelta hasta Arrobi, el punto de partida.

EN VIANA, CON FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

Con el libro, recién publicado, de Carlos Mata Ilundáin ya podemos saber por fin quién fue el escritor y político navarro Francisco Navarro Villoslada y Navarro Villoslada.

Así que me voy con él a Viana, a recordar al novelista vianés y a rendirle mi particular homenaje en este primer centenario de su muerte, viejo lector de sus obras como soy.

Pocos sitios como Viana, si es que hay otro igual en Navarra, nos meten de bruces en un pasado fascinante; en este caso, nos suben, remontando el altirón, superando lo que queda de muralla, o hace sus veces, de la vieja plaza fuerte; nos abren luego un portal, siempre abierto, y nos introducen en un bien diseñado laberinto de calles, callejos, cielos altos, prietos urbanismos, oasis de plazas y anchurones al sol, portalones, ventanas, balcones, aleros, galerías, escudos, inscripciones, memorias, fantasmas, y gentes, más reales aún de tanta historia como llevan.

Pero antes me he detenido a contemplar el horizonte atardeciente que circunda la fortaleza de Viana: una última cenefa de boiras, tras las cuales veo brillar la nieve cruda de San Lorenzo. El oscuro espaldar de Cantabria. La raya recta de la carretera de Logroño,

a la que llega como un afluente la de Moreda. La furiosa Peña de la Población, que es, si bien se mira, una incandescente hoguera geológica. Las sernas ya verdes. Los montecillos morachos de febrero. El polideportivo verdigrís. El polígono industrial y levantisco de muebles, galletas y otras cosas de comer y vivir, junto a las domésticas y domadas viviendas sub-urbanas que viven de él.

Resisto el hechizo perpendicular y hondo de las calles Abajo y Medio de San Pedro y voy directamente a la casa nº 26 de la calle que lleva ahora el nombre del escritor –antes Mayor de San Pedro–, donde éste nació, vivió y murió, como recuerda la placa de mármol blanco fijada en la pared, con un busto en bajo relieve.

Alta y estrecha, lleva piedra en el entresuelo y ladrillo en la parte superior. La puerta de madera, bajo el dintel de piedra, con clavos grandes de forja y un cerrojo con candado. Balcón semivolado en el primer piso, con media puerta-ventana abierta. Otro más pequeño en el segundo cuerpo, también de hierro, con los postigos cerrados. Dos ventanitas en el tercero, una con cristales rotos y otra a la intemperie.

Aquí nació don Francisco el 9 de octubre de 1818. Segundo de ocho hermanos, su padre, don Manuel era propietario de tierras y un activo administrador de varios bienes señoriales, eclesiásticos y municipales. Subteniente de la Guardia Nacional, estaba autorizado a tener en casa un fusil inglés con su bayoneta.

En esta ciudad hizo el crío sus primeros estudios. Fue monaguillo de la vecina parroquia de San Pedro y se aventuró alguna vez con sus compañeros por la cornisa del campanario.

A los 11 años salió Francisco para Santiago de Compostela donde tenía dos tíos canónigos, en cuya casa vivió. Estudió derecho en la universidad y luego teología en el seminario. A los doce empezó a escribir versos y prosas, y ya no pararía nunca de escribir.

La guerra civil ardía también en Navarra. Por el Portal de la So-

lana entró con 500 hombres, a primeros de octubre de 1833, el general carlista don Santos Ladrón de Cegama, recién sublevado en La Rioja. Pronto fue aniquilado en Los Arcos.

Tras su derrota por Zumalacárregui en las Peñas de San Fausto, el 19 de agosto de 1834, el barón de Carondelet fue destituido del mando de la sexta división del ejército del Norte y pasó a mandar la caballería de la Reina que acampaba en las inmediaciones de Viana. El día 4 del mes siguiente cayó sobre ella *el tío Tomás* con los batallones navarros, las compañías de Guías y el flamante escuadrón de lanceros arrollando y dispersando a la flor y nata de la guardia real.

El 16 de noviembre llegó don Carlos a Viana, casi por sorpresa, procedente de Asarta. Las autoridades salieron a recibirle a las puertas de la ciudad, pero más de mil personas fueron a su encuentro y le alcanzaron a media legua: Unos le besaban el capote –cuenta una de las crónicas–, *otros las manos*, *algunos el caballo*, *apenas le permitían andar*... Nadie había visto hasta entonces cosa semejante.

Al otro día, don Carlos, acompañado de Zumalacárregui, visitó las iglesias de la ciudad, y más de 300 mozos se le ofrecieron, ingresando allí mismo en el Batallón de Guías.

Al cabo de dos años, un tío de Francisco muere en una emboscada carlista, mientras escolta el correo de Viana a Logroño. El estudiante que llega de Santiago a Viana, tiene ya 18 años y hace guardias como miembro de la Milicia Nacional en las fortificaciones de San Pedro, del Castillo y del Cueto. Es alto, delgado, muy moreno, negros y hermosos ojancos. Escribe poco más tarde el poema *Luchana*, en el que exalta a Espartero, el caudillo liberal frente a los *facciosos*. En agosto de 1838 toma parte activa en una acción bélica contra los carlistas que asedian la ciudad, en la que entrarán, por poco tiempo, en marzo próximo.

Antes de terminar la guerra, Francisco Navarro Villoslada ingresa en la Escuela Científica de Telégrafos de Logroño, sede ahora

del cuartel general de Espartero, y desempeña importantes misiones en ese campo. Desde la capital riojana canta la paz conseguida en el Convenio de Vergara y compone un himno al duque de la Victoria, solicitado por la esposa de éste. Vuelve luego a Viana como oficial segundo de la oficina local de telégrafos, pero pronto se va a Madrid a estudiar leyes y abrirse un camino en el mundo de las letras.

Incansable periodista y escritor en verso y en prosa, autor de tres novelas grandes, vive también una intensa vida política. Tres veces diputado por Estella y Pamplona, dentro del Partido Moderado, la Revolución del 68 le echa, junto a otros *neo-católicos,* en brazos de don Carlos.

En 1870 es nombrado secretario particular del rey carlista, con el que viaja por toda Europa. Un año más tarde es elegido senador por Barcelona. Pero pronto tiene graves desaveniencias con el entorno regio y, además, no es partidario del levantamiento armado que se prepara. Se retira entonces de la política: vive en Madrid y pasa algunas temporadas en su pueblo.

En 1873 muere su padre. Los días 30 y 31 de agosto del año siguiente, los batallones del general Ollo se acercan a Viana. El coronel vianés Simón Montoya, junto con otros muchos paisanos, entran por el Portal de la Trinidad. Hostigados por soldados liberales desde la torre de Santa María, avanzan Rúa adelante por las medianerías de las casas e incendian la Casa del Diezmo, fortín de la guarnición liberal. Aceptada la capitulación, salen los rendidos hacia Logroño. Pero hasta el fin del conflicto sufrirá Viana todas las trágicas inclemencias que traen las guerras civiles.

Sobre una plancha de metal, que semicierra un portalón gótico abierto cerca de la puerta barroca de San Pedro, un cartel ya muy descolorido grita todavía: *Basta ya* (*Montejurra 94).*

Terminada la guerra, una revista, *La Ciencia Cristiana*, comienza a publicar la obra más conocida del novelista navarro, *Amaya*, que se editará en 1879. *El poema idealista de los vascos y singularmente de los navarros*, la llamará Campión.

Aunque declina la invitación de don Carlos para reorganizar el partido, por motivos de salud, la acepta años más tarde, muerto ya Nocedal, con el que nunca se entendió, y el rey le nombra su representante en España. Pronto su quebrada salud y las intrigas de los nocedalianos integristas le impelen a abandonar definitivamente la labor política.

En Viana, ya muy baldarro, se dedica a sus propiedades, a sus lecturas y a sus devociones. Muere de un ataque de bronquitis, el 29 de agosto de 1895. *Cristianamente*, como dice la inscripción de su casa. Rodeado de sus hermanos, hijas, yernos y nieto. Don Carlos llora en su telegrama, *al caballero cristiano y al español que honra las letras patrias*.

Pegado a la puerta de la casa paredaña, un letrero anuncia la próxima charla sobre la *Alternatiba Demokratikoa*, que tiene como fin *la solución del conflicto entre Hego Euskalherría y el Estado Español*.

¡Y don Francisco Navarro Villoslada, *cantor de la raza vasca*, que escribió *Amaya*: *o los vascos en el siglo VIII*, para demostrar que godos y vascos fundieron su sangre y su destino a fin de formar la unidad católica española!

Salgo por donde entré y me quedo mirando los macizos contrafuertes que sostienen la poderosa barbacana de San Pedro, sobre la que despunta, tímida, la copa de un abeto.

–Lo llamaban el cementerio –me dice un paisano.

Sobre la torre desmochada se ve un majestuoso nido de cigüeña, que parece vacío.

– Lo aborrecieron ya hace años.

No saben las cigüeñas lo que se pierden.

ÍNDICE

Nuestra Señora de Idoya 7
En la reserva natural de Arbayún 12
San Isidro de Ibiricu 17
En Torres del Río, con el P. Valeriano 21
Villamayor de Monjardín 26
En el palacio decanal de Tudela 31
Osés y San Martín de Arrossa 36
Por la sierra de Andía 41
¿Por qué Hermes? 46
Por la autovía de Leizarán 50
Luto en Orbaiceta 58
La princesa de Beira atraviesa Ultrapuertos 62
Beintza-Labaien 67
En San Zoilo de Cáseda 72
En Zenarruza 78

En Uztárroz 82
Requetés en la Barranca 87
Las Agustinas de Aldatz 100
Otoño en la gruta Massabielle 106
En el hospital San Juan de Dios 112
Camposanto junto al río 116
Carrascal de Rípodas 119
Espías contra Hitler en Navarra 124
Hombres con máscaras y hombres-máscara 132
Los belenes de los belenistas 138
Este año 2000, año jubilar 143
Curar, sanar y morir 148
De Erro a Erro por el Fuerte 153
Antes de Sancho el Mayor 158
Sancho el Mayor de Pamplona (1004-1035) 162
En Sangüesa-Rocaforte 166
Francisco de Javier en Portugal 171
Caminos de primavera 182
Las “misiones” de Cuaresma 186
“Mirad el árbol de la cruz...” 190
Diario de una pena y de un gozo 195
Amores de abril y mayo 200
Otra vez a Roncervalles 205
En Viana, con Francisco Navarro Villoslada 210

POR NAVARRA

Títulos publicados

Tomo I: DE LEYRE A MAÑERU. Prólogo de José María Areilza.
Tomo II: DE BURLADA A SUMBILLA. Prólogo de Julio Caro Baroja.
Tomo III: DE ESTELLA A RONCESVALLES. Prólogo de Camilo José Cela.
Tomo IV: DE FITERO A LARRA. Prólogo de Alfredo Floristán.
Tomo V: DE ABLITAS A LESAKA. Prólogo de José Javier Uranga.
Tomo VI: DE PAMPLONA A AÉZKOA. Prólogo de Francisco Yndurain.
Tomo VII: DE BAZTÁN A TUDELA. Prólogo de Xabier Rubert de Ventós.
Tomo VIII: DE VALCARLOS A SANGÜESA. Prólogo de Fernando Morán.
Tomo IX: DE IRÁNOZ A PADERBORN. Prólogo de Ángel Aguirre Baztán.
Tomo X: DE JAVIER AL SAHARA. Prólogo de Ángel Martín Duque.
Tomo XI: DE LIZOAIN A TAFALLA.
Tomo XII: DE TORRALBA A LAS BARDENAS.
Tomo XIII: DE ETXARRI-ARANATZ A BAZTANGOIZA.
Tomo XIV: DE ISABA A VIANA.